

Sylvia Iparraguirre

Encuentro con Munch



Lectulandia

En octubre de 2000, la protagonista de esta historia —la propia autora— es invitada a ser madrina de un barco en Noruega, donde coincidentemente vive desde hace años su amiga de la infancia. Las peripecias de ese viaje inusual se le revelan al lector al mismo tiempo que a la viajera, quien lo hace su cómplice y su testigo.

Los aeropuertos, las escalas, las ciudades apenas entrevistadas, los personajes ocasionales van marcando las etapas del relato, que llega, en Oslo, a un punto crucial: la visión de la obra de Edvard Munch, el gran pintor noruego.

Espacio de tránsito, de aventura y de reflexión, el viaje es contado paso a paso en una libreta. Y esa escritura justifica la travesía para la protagonista, quien ya de regreso volverá a esas notas para descifrar su significado. A caballo entre la autobiografía, la crónica y la ficción, este texto intenso, atrapante y original desafía las etiquetas del género y nos transmite una particular experiencia de libertad, de revelación y de encuentro con el sentido profundo del arte.

Lectulandia

Sylvia Iparraguirre

Encuentro con Munch

ePub r1.0

Titivillus 28.02.16

Título original: *Encuentro con Munch*
Sylvia Iparraguirre, 2013
Diseño de cubierta: Claudio Carrizo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Abelardo. A Cecilia Gowar,
por la amistad, que admite la ficción.*

Prólogo

Fue para la primavera del milenio, cuando los viajeros volaban alrededor del planeta con cierta despreocupación, imaginando que inauguraban un siglo menos cruel que el que dejaban atrás. En el aeropuerto, antes del embarque, la mujer hojeaba distraída un libro del puesto de diarios y revistas, cuando cayó sobre una frase que le llamó la atención. Volvió a leerla. Cambiándole sólo detalles —hizo la prueba—, la frase diría: *Una espléndida mañana de primavera, en el umbral del siglo XXI, una mujer de aspecto normal recibió un billete para desplazarse al norte de Europa, a Escandinavia.* No hay reglas acerca de cómo empezar un relato y esa frase de Walter Scott, citada en el libro que terminó comprando nada más que por eso, bien podía ser un comienzo. Aunque menor, se trataba de otra coincidencia: viajaba al norte de Europa, había recibido *un billete* y era primavera. Toda la serie de hechos que culminaba en el viaje iba adquiriendo un sentido que estaba fuera de su alcance. No podía dejar de advertirlo, sin que eso le revelara nada. Salvo la decisión de escribir. Porque lo que debía anotar, aunque más no fuera para no olvidarlo o para poder descifrarlo después, era el sorprendente cruce de casualidad, azar e ironía, que había intervenido en el origen de este viaje insólito, en el cual Corina, su amiga de toda la vida, sin participar y sin saberlo, había jugado un papel fundamental.

En una librería de la calle Solís había comprado una libreta del tamaño justo, con una cubierta símil cuero suavemente acolchada que le encantó al tacto. En esas páginas en blanco se prometía ser la cronista de sus propios pasos.

El viaje

LA cena fue servida temprano, aunque temprano es una categoría relativa en un avión. Comí salmón con corazón de alcauciles; no comí postre, no me gustan las frambuesas cubiertas con un líquido rojo parecido a jarabe. Entre susurros educados, terminó el servicio. Primera clase. No todos los lugares están ocupados, hay espacio de sobra. Adelante, como una isla cromada y negra, un pequeño bar. Mi lugar es un cubículo privado; afortunadamente no tengo que hacerme cargo de ningún compañero de asiento, mi vecino más próximo está a dos metros de distancia. El espacio entre las personas es una prerrogativa del dinero y en esta clase, excepción hecha de mi caso, no es precisamente lo que falta. La azafata me entrega una almohada, una manta suave, medias. Me ofrece y acepto champagne. Es como un juego, por única vez, primera clase. Innecesario decir que me pagan el pasaje.

Escribo, pero el relato atrasa unos diez minutos, lo que va del suceso a su escritura. A lo largo del viaje, el tiempo transcurrido entre una cosa y otra podrá ser mayor; en la lectura parecerá que es inmediato. Se trata de un artificio: la ilusión de un encadenamiento causal, como si un hecho fuera consecuencia necesaria de algo anterior. Lo cierto es que voy relacionando las cosas y los recuerdos como vienen. Aclaraciones que hago o explicaciones que me doy en la necesidad de contar la verdad de mi viaje. Sin Corina esperándome en el aeropuerto de Oslo, sin su complicidad, el viaje se me vuelve por fin más íntimo y personal. Más solitario y propio.

Escribo como si hablara conmigo misma. O mejor, como si hablara en voz baja en el oído de alguien desconocido. Creo que esta última idea es la que más me gusta.

Entonces, ahora, Corina. ¿Por dónde empezar? Corina y su vida. Y la mía, entrelazadas, paralelas; amigas desde la infancia, nacidas en una ciudad de provincia. Voy a alguna escena que nos muestre: Semana Santa. Las dos con veinte años, después de visitar a nuestros padres volvemos a Buenos Aires en un tren atestado, tanto, que viajamos paradas casi todo el trayecto al acecho de un asiento. Se libera uno y ella lo consigue cruzando sin consideración por encima de los respaldos, con la lámpara en alto. Corina viaja con una lámpara de pie que le dejó su recién fallecida abuela; yo, con un atado considerable de ramas de eucaliptus. Elementos para decorar nuestros departamentos de estudiantes que compartimos ella con su hermano, yo con mis primas, a dos cuerdas de distancia uno del otro. Algunos nos insultan; ella devuelve los insultos con placer. Nada le gusta más a Corina que un pleito. Las imágenes llegan en tropel; me doy cuenta de que podría barajar escenas durante toda la noche y en realidad me gusta hacerlo: Corina bailando y cantando en la ópera rock *Hair*; en una fiesta, durante la secundaria, haciendo gestos a espaldas del chico con el

que yo bailo y con el que me voy a poner de novia esa noche; Corina dando materias en antropología, pero aprendiendo danza árabe; de mesera en una taberna griega (su primer viaje) empujando marineros borrachos a la hora de cerrar; su apariencia delicada en flagrante contraste con su temperamento y su lenguaje soez, desvergonzado, que dejaba a más de uno con la boca abierta en una época en que ese lenguaje no era habitual en una chica y causaba un pequeño escándalo; su manera concentrada de mirarme cuando hablábamos. Las dos en aquellos ruidosos y sucios trenes, con baños malolientes, que paraban en todas las estaciones, con pasillos donde en verano volaban los panaderos. Trenes que, lo pienso ahora, de algún modo sintetizaban nuestra historia. Pero sobre todo y a pesar de lo que creíamos, las dos bastante ingenuas, formales, lo que acentuaría nuestro encanto juvenil o lo esfumaría en una explosión de fastidio. Crédulas de una manera sonsa; a la manera de los que todavía no han vivido en las grandes ciudades y se sorprenden ante el cinismo urbano. En suma, dos aventadas que se creían divinas, como sintetizaría cortésmente A. Y éramos así, un poco aventadas, un poco tontas. Más bien inseguras. Años después, la realidad se vuelve lúgubre. En una madrugada del 76, desaparición y muerte de su gran amor, Manuel (*parece que fue un error, según se dijo, no se detuvo a dar los documentos cuando se los pidieron*), era rebelde y músico; había bajado a comprarle a Corina pastillas para la garganta. De algún modo sigue la vida y más adelante, una noche, las dos emocionadas y levemente borrachas en su despedida, cuando se iba a vivir a Italia con Max, su marido. Viaje lleno de incertidumbre, de salto al vacío, en el que sucederían traslados y mejoras; así miraba Corina esos años por venir. Lo enunciado hasta acá podría tal vez dar una idea, pero es una idea parcial, inexacta, injusta, de ella, de su vida. La cuestión ahora, el hecho fundamental era que Corina desde hacía dos años vivía en Oslo, hacia donde yo me dirigía en este avión, y estaba pasando por momentos difíciles.

Me distrae la azafata, que parece estar a mi entera disposición. Me alcanza protectores para los oídos (que pierdo de vista enseguida), me indica que pruebe mi luz personal; me señala el control remoto de mi pantalla individual. Diez minutos después abandono las maravillas que me corresponden para echar una mirada a mis compañeros de viaje. Dos hombres solos, de trajes grises, de cuarenta a cuarenta y cinco, cada uno en su cubículo; una pareja joven convencional, él, extrovertido, chistoso, habla todas las veces que puede con la azafata; una pareja anciana; una chica adolescente, de *jeans* ajustados, zapatillas, pelo largo y sola, y yo. Bastante anodinos todos, bastante comunes, salvo tal vez uno de los de traje, un rubio alto de pelo ondulado, inquieto, de mirada brillante y como a la expectativa. No sé por qué se me ocurre que es ruso (podría hacer un buen conde Vronsky), pero desconfío de mis corazonadas siempre intervenidas por los libros. Lo más probable es que sea de Barrio Norte o de Toay, en la provincia de La Pampa. Salvo yo en este momento, nadie mira a nadie, la indiferencia parece ser otra ley de la *first class* a la que me

entrego plenamente. Corina, pienso de golpe e imagino la expresión de su cara cuando le cuente la increíble casualidad de este viaje que después de dos años de no vernos me lleva a Oslo, adonde ahora ella no está. Me quito los zapatos, me pongo las medias y me cubro con la manta extraordinariamente suave que hará más placentera la noche. Son las nueve y veinte en mi reloj, que sigue dando con fidelidad la hora de Buenos Aires. Atravesamos husos horarios, los gajos dentro de los cuales la hora vuelve atrás o va hacia adelante según la dirección del viaje. El lugar donde el tiempo empieza a comportarse de manera extraña. Mi destino es Bergen, Noruega, y un bautismo en el mar: voy a ser madrina de un barco. Me estiro en el comfortable asiento-cama envuelta en suavidades como el gusano de seda en su capullo y cierro los ojos. Giran en mi cabeza imágenes de una botella estallando contra el casco de un barco. O rebotando intacta, cosa que también puede suceder. La complicidad de Corina en ese acto, que yo descontaba y que ahora sólo será su ausencia.

Desayuné y perdí otra vez los anteojos; caso recurrente cuando viajo en avión. Los volví a encontrar, azafata mediante, debajo del asiento y con un solo vidrio. Impido con incomodidad que la azafata siga buscando el vidrio perdido, me perturba tanta amabilidad. Parece adiestrada para satisfacer a gente rica y caprichosa. Momento indeciso que ella sortea con gran profesionalismo. Aunque sonrío, su radar debe indicarle algo y se aleja solícita hacia el asiento del chistoso, a todas luces alguien más compatible que yo. Supuestamente es la mañana. La adolescente duerme enroscada y de antifaz, el pelo lacio y revuelto; no quiso desayunar, apenas un gesto de fastidio a la azafata, algo de malcriada que no quiere que se inmiscuyan en su metro cúbico privado. Su estilo es un catálogo de lo que se debe llevar: sus auriculares personales, su bolso, su pelo oscuro y lacio hasta la mitad de la espalda, sus pulseras. Muy pocas cosas logran sacarla de su indiferencia, una indiferencia tan completa que parece haber sido adoptada y perfeccionada desde la infancia; los demás ya me aburren. A mí también me atrapa la indiferencia, al fin y al cabo una condición necesaria para ocupar este lugar.

Anoté más arriba que voy a ser madrina de un barco en Bergen. La invitación, anticipada en el contestador del teléfono, fue confirmada después con más detalles; mi respuesta fue algo que debí resolver en horas. A la sorpresa inicial, siguieron días que se fueron en consultas y trámites. Cuando se materializó en mi mano el pasaje con destino a Oslo, empecé a darme cuenta de la magnitud que habían tomado los hechos. Extraños giros que dispone la realidad manipulada por el destino, el azar, los hados, o no importa qué, que me disponían a un paso de viajar al otro lado del Atlántico, al extremo norte del hemisferio norte. O quizá deba referirme a correspondencias más personales y sorprendentes: lo que me lleva al antiguo país de los hiperbóreos, la causa primera, anterior a la enfermedad de Corina y a los trámites de pasaporte, es un libro que sucede en el hemisferio opuesto del planeta, en su

extremo sur, equidistante e igualmente frío. En mi microcosmos mítico-literario el que me lleva de verdad al Norte es Jemmy Button, uno de los protagonistas —el real— de ese libro. Tal vez lo explique más tarde; o tal vez no. Corina lo hubiera aceptado en el acto pidiéndome que no lo explique porque explicándolo lo falseo. A. hubiera dicho que sólo se falsea lo que se explica mal. En dos palabras: por virtud de ese libro, una empresa naval patagónica me consideró la mujer indicada para amadrinar un barco, el *Boreas-Austral*, construido en uno de los astilleros más prestigiosos del mundo, en Bergen, Noruega. El *Boreas-Austral* debía bautizarse, botarse al mar, y salir de inmediato rumbo al hemisferio sur, a la Argentina, a la Tierra del Fuego.

Quedo absurda escribiendo con un ojo cerrado. No encontré el vidrio y, aunque nadie me mira, me siento observada. En México, D. F., una vez, corriendo por el aeropuerto infinito, buscando un *drugstore* para comprar anteojos de farmacia, los de graduación fija, que dan un gran contento al principio hasta que uno nota que está por quedarse ciego. Faltan cuarenta minutos para que aterricemos en París y mi lapicera empieza a sufrir ese extraño efecto que también padecen tubos de dentífrico y potes de crema: se inflan y tienden a expulsar lo que tienen dentro. Uso pluma fuente, una lapicera que quiero de verdad: mi Harley-Davidson, de las que se cargan con un pequeño émbolo: uno ve subir la tinta por el tubito transparente siempre con una inexplicable satisfacción, quizá por la sencillez del mecanismo y la gratificación inmediata al apoyar la pluma sobre la microgota de tinta, lo que hace fácil el dibujo de las palabras. Me espera una escala de tres horas en el aeropuerto Charles De Gaulle y un próximo vuelo de otras tres horas a Oslo. Los navieros no me han dado demasiadas precisiones. Tampoco las pedí. Me gusta conservar cierto espacio en blanco, un lugar que dé pie a lo imprevisto, a cierto tipo de aventura, por decirlo así. Uno de los encantos de los viajes es la esperada irrupción de lo inesperado.

Dormí poco. Una y treinta, la última vez que miré el reloj. La vez siguiente, cinco y treinta, cuando nos despertaron con el desayuno. En un momento, cerca de la medianoche, fui al bar sólo por ir, por tomar algo ahí, en medio de la noche, volando sobre el Atlántico. También con la idea de que tal vez en ese espacio acogedor y a la vez superfluo o vagamente excesivo podía poner algún orden en la secuencia, pensar en lo azaroso de este viaje. En el extremo de la minúscula barra, el rubio ondulado y el ejecutivo bajo hablan en un susurro mientras beben sus whiskies. Al sentarme descubro mi desapego, mi falta de naturalidad. El lugar tiene la capacidad de objetivarme: soy alguien extraño, un bicho raro, y esto empieza con la percepción consciente de que *estoy ahí*, de que la realidad ha hecho una bifurcación, un desfasaje que me ha eyectado hasta esta barra de vidrio negro donde mis manos se apoyan y donde se reflejan mi cara y las copas colgadas boca abajo. Soy alguien fuera de lugar, lo que me causa un agudo placer: gozo de la plena libertad del marginal. Cosa, por

otra parte, de la que nadie se entera.

Entonces, ahora sí, los hechos. Un año atrás, una noche, Corina me había llamado por teléfono. Estaba enferma. Un análisis de rutina había dado un resultado alarmante; en la consulta, al día siguiente, le explicarían los detalles, pero la intervención era segura y urgente. Corina pronunció la palabra cáncer con naturalidad; no había nada forzado en cómo me estaba explicando las cosas. La que se había quedado sin habla era yo. La muerte viajando desnuda por el cable del teléfono, la muerte con su agujijón de pánico fue lo que me atravesó a la distancia. Cuando pude reaccionar le pedí precisiones, horarios, fechas, frases para ganar tiempo y saber exactamente qué debía decirle. Pero Corina es valiente. Había pasado dos noches consecutivas en vela, haciendo como que dormía hasta que la respiración de Max le indicó que podía escabullirse a hacerse un té a su cocina de Oslo, a considerar todas las posibilidades, absolutamente todas las posibilidades. Y yo la escuchaba de este lado sin poder dejar de verla en la silla, con las rodillas recogidas debajo del camisón tirante, como cuando se quedaba a dormir en casa o yo en la de ella y esperábamos a que sus padres o los míos se durmieran y sin despertar a mi hermana más chica nos íbamos descalzas a la cocina a fumar, mientras hablábamos de cualquier cosa, las rodillas bajo los camiones, echando el humo hacia arriba, como Corina decía que había que fumar para no parecer un «pendejo borracho». Hacía mucho tiempo que habíamos dejado atrás los camiones y fumábamos con naturalidad, pero yo la veía así en su cocina de Oslo, Corina sola de amigos y tan lejos, las rodillas pegadas al pecho. Meses más adelante, asombrosamente, me escribiría desde la sala de espera de un consultorio: «Para cuando me toca entrar, lo único en lo que puedo pensar es en irme rápido. Tomarme un café, continuar con mi vida. No tengo paciencia para el cáncer». Y aclaraba que lo decía humildemente, para no desafiar a los demonios. Pero no es esa historia la que corresponde contar acá. Esos hechos le pertenecen exclusivamente a ella, a Corina. El compartirlos conmigo a larga distancia le daba a la vez que el alivio de la confesión, una extraña superficie de relato objetivo, de volcar lo anárquico del dolor y la impotencia en palabras ordenadas, en descripciones de cuartos de espera, de salas inhóspitas, de consuelos a Max, que de pronto se desmoronaba en los lugares más imprevistos, y se recomponía. Me limito a anotar que la enfermedad se había superado. Se superó. Sólo que en los últimos meses había surgido una duda, una mínima duda, y la batalla había recommenzado. Pero Corina es de las que ponen el pecho y su estoicismo había vuelto a aflorar, intacto. Las cosas así, hasta que una tarde, hacía de esto exactamente una semana, yo recibía la inesperada invitación a ser madrina de un barco que iba a botarse en Bergen, Noruega. En la urgencia de los preparativos imaginé no decirle nada, darle la sorpresa. La llamaría desde París, la escala: «¡Acá estoy, a tres horas de tu casa!». Ella me esperaría en el aeropuerto de Oslo, me contaría todo: yo la confortaría y ella me iba a acompañar, si es que era cierto lo que me decía de que estaba perfectamente bien, al lanzamiento de la botella.

Seríamos cómplices una vez más de circunstancias de nuestras vidas que por una vuelta inexplicable del azar hacían que yo, del extremo sur del hemisferio sur, me trasladara al extremo norte del hemisferio norte, donde ella vivía. Dos días antes del viaje, abro un correo de Corina: «¡¡Todo bien!! Tomografías, consultas, análisis. ¡¡Todo bien!! Después te llamo, ahora es muy tarde. Nos vamos a Grecia por diez días. Nos vamos pasado mañana. ¡Al fin libre, me voy al sol!». Sentí que el aire era más extenso y que llegaba a mi plexo con una dimensión gloriosa. Contesté de inmediato. De mi viaje en cuarenta y ocho horas, ni una palabra, porque Corina entonces no iría a Grecia. Cuando colgué, me quedé en blanco. Yo, que había entrevisto este viaje como una suerte de coronación de nuestra antigua complicidad, sentí el vacío. El viaje había quedado de algún modo huérfano. Fue un sentimiento ambivalente, que debí superar. Busqué el consejo de A. «No todos los días lo invitan a uno a ser madrina de un barco», dijo. En definitiva, emprender el viaje como si Corina no hubiera vivido nunca en Noruega. Es un ejercicio mental que puedo hacer si me lo propongo: cerrar o abrir puertas mentales. Acomodarme al viaje como si nada hubiera sucedido, como si ese pliegue en el encadenamiento de los hechos se desvaneciera. Y con él su justificación primera.

De vuelta del pequeño bar y en mi asiento otra vez, miro la hora: una y media. Abro el libro que compré en el aeropuerto, el *best seller* telúrico argentino, dejo atrás la frase de Walter Scott e intento seguir adelante. Ni siquiera por curiosidad malsana (la misma que me hizo estirar la mano y sacarlo del exhibidor) puedo continuar. Crimen pasional en la alta burguesía terrateniente argentina del siglo XIX. Estancias, vacas, amores contrariados y gauchos cimarrones. Lo guardo. Cierro los ojos y dejo que la música de los auriculares me lleve.

Alguien acomoda mi almohada y me avisa en un susurro que en breve se servirá el desayuno. Me despierto con dolor en el cuello. Pese a todas las comodidades de *first class* terminé durmiendo con la cabeza hacia un costado, al estilo tren a Junín. Miro la hora: cinco y media. Al volver del baño tiendo una mirada rasante sobre mis compañeros de vuelo: ninguna novedad. Me entrego al suntuoso servicio de desayuno.

De golpe, en medio del inocente gesto de poner mermelada sobre la medialuna, suena una estridente alarma mental. Un empujón de ansiedad que me despabila y sobresalta. Por primera vez desde que A. me despidió en el aeropuerto o desde mucho antes, tomo conciencia completa de la finalidad del viaje: hacia dónde voy y con qué propósito. Un artero golpe en el estómago justo cuando estoy desayunando. Reúno, caóticamente, todo lo que sé de Noruega: Grieg, Ibsen, Bjørnson, Hamsun, la ocupación nazi en el 40 (¿o era en el 43?), Edvard Munch, los *vikings*, Erik el Rojo, el que descubrió América, las edas y sagas antiguas, el Príncipe Valiente (no era exactamente noruego pero las Islas Afortunadas, la Última Thule estaban por allá),

las kenningar, metáforas de metáforas, difundidas por Borges. Traída por asociaciones desconocidas aparece en mi mente *La danza de la vida*. ¿Dónde había visto por primera vez una reproducción de ese cuadro de Munch? Por lo pronto, hace mucho, muchísimo tiempo. ¿Y por qué me había impresionado a tal punto que ahora volvía rodeada de aquella vieja sugestión? Vi el cuadro en mi mente. Una sugestión si se quiere misteriosa ya que iba unida a la imposibilidad de entenderlo del todo, algo contradictorio que quedaba en una zona intermedia en razón de que a primera vista parecía un cuadro accesible, es decir, su trazo figurativo, las figuras femeninas, el baile, los colores, ese pequeño universo de cuatro personajes en primer plano debió de tener un encanto evidente en el formato de una ilustración, pero, al mismo tiempo, contenía algo más difícil de explicar, una leve distorsión que sucedía por el centro de la tela y que lo volvía amenazante. Y esa contradicción entre belleza y amenaza había permanecido unida al cuadro a lo largo del tiempo y se superponía a él cada vez que lo veía. Lo veía y lo perdía, pero siempre quedaba su densidad profunda. La misma densidad de otro cuadro enigmático, *Noche en St. Cloud*. No había hablado nunca de Munch con Corina desde que ella vivía en Noruega. A Corina no le interesa la pintura como a mí; ella ama cierta música medieval, yo no. Ella había reunido un repertorio considerable de antiguas baladas inglesas y escocesas que cantaba con su voz cristalina, de agudos altos, pero yo nunca le había preguntado por Munch, si lo había ido a ver. Por lo que puedo recordar, la impresión que dejó en mí *La danza de la vida* es algo muy viejo, una de esas imágenes que quedan como experiencias primarias. Tal vez la haya visto en las ilustraciones de la Enciclopedia Espasa Calpe, en la casa de mi abuela, entre mis nueve y diez años. La casa de mi abuela, en un pueblo de provincia perdido en el tiempo, en la que pasábamos los veranos. Las palabras me alcanzan como un conjuro, como un sésamo ábrete que cala un círculo parpadeante de película antigua donde se desarrolla una escena. En la escena, hay un tren que se detiene en la noche, las ventanillas empañadas por el frío duro de agosto. Mi hermana y yo con nuestros padres de los años cincuenta bajamos del tren, él con mi hermana dormida alzada en un brazo, en la otra mano, una valija; yo, de la mano de mi madre. Dejamos atrás la estación, estoy demasiado excitada para tener sueño. Son cuatro cuadras hasta la casa de mi abuela y mi padre, como vuelve al pueblo de su infancia y juventud al que siempre quiso, prefiere recorrerlas caminando, aunque como ahora, haga frío, sea de madrugada y haya un taxi en la estación. Siempre encuentra algo de qué admirarse, algo nuevo que indica el progreso de su pueblo, que él quiere remarcar. Hace observaciones o preguntas retóricas a mi madre a medida que pasamos frente a distintas puertas cerradas: «¿Vivirá todavía el viejito Varela?» o «Este negocio es nuevo, el año pasado no estaba». Atrás, el tren se hunde en la noche invernal con una larga llamada que me electriza. No hay un alma en la calle; doblamos. Junto a la puerta doble de cedro, el banco en la vereda señala la casa, que es muy grande, pero que fue enorme en el pasado, con un espacio de media manzana, con cuartos de techos altos, sala, patios y traspatios, como decían mis tías. Mis

padres, contentos, hablan entre sí, apuestan a que una de mis tías ha permanecido en vela y a que otra de mis tías ha estado levantándose sin cesar, atenta al sonido del tren en la noche, a la llegada a horario. Son casi las dos de la madrugada del 23 de agosto, la víspera del cumpleaños de mi abuela. En esa fecha, la familia acude desde todas partes. Nos detenemos frente al zaguán y mi padre da dos golpes leves con el llamador: una mano que sostiene una bola de bronce. Abre mi tía bajita, la alegre, la de las cosquillas, la del chocolate a escondidas y los disfraces, la que más queremos todos, exclamaciones, abrazos, aparece otra de mis tías con una redecilla en la cabeza. Las dos usan largos camisones y chales sobre los hombros. Soy estrujada y besada y me dicen que hay chocolate caliente, que nos espera a mí y a mi hermana a quien ahora mi padre deposita en el suelo y que termina de despertarse y se contagia de mí. Vamos cuchicheando por pasillos y cuartos. Mi madre nos desabrocha y quita los abrigos por arriba mientras habla con mis tías y se entera de quiénes han llegado ya, quiénes no todavía, qué novedades hay, interrumpiéndose una a la otra, entre explosiones de risas sofocadas. Mi padre pregunta por el asador para el mediodía, si consiguieron a Tovar. Está hablado desde hace meses. ¿Las tortas y postres?, de lo de Amanda, como toda la vida. Perfecciono el placer del recuerdo, vuelvo a él, a su centro luminoso de perduración, desde que se abre el zaguán del frío exterior a la cálida luz de adentro. Extrema felicidad, una felicidad que no se conoce a sí misma, una felicidad que sólo se siente; vamos zigzagueando hacia la cocina, susurrando, casi a oscuras: la sala, la biblioteca, el escritorio, el comedor, la enorme cocina de dos aparadores, con la mesa puesta para cuatro, manteles, servilleteros. En mi casa no usábamos servilleteros pero en lo de mi abuela hay una gran variedad, como hay variedad de fundas para las bolsas de agua caliente, esos y otros detalles ponen la casa de mi abuela en una dimensión superior, casi mágica. Me siento importante en la maniobra de sacar mi servilleta enrollada dentro del aro plateado. Mis padres hablan bajo y con exclamaciones ahogadas, los demás duermen distribuidos en los cuartos enormes. Mi hermana y yo apenas nos tenemos en las sillas preguntando por nuestros primos. Mis tías, con diligencia de hadas madrinas, sirven la cena mantenida a fuego bajo, el primer plato se le alcanza a mi padre, el menor, el preferido de sus muchas hermanas. Pero no es por ser el preferido, sino porque en la casa de mi abuela se conserva el protocolo patriarcal y así ha sido con mi abuelo, a quien no conocimos, y con sus hijos varones. Mi hermana se duerme, la cara de costado sobre la mesa, al lado del plato. A mis padres les toca la habitación al lado del baño grande; mi hermana y yo, en el gran cuarto donde las camas de los chicos se suceden una al lado de la otra. Y a la mañana esto es lo mejor: saltar de una cama a la otra como fantasmas alegres que se reproducen en las lunas de los roperos. Hay tanto para hacer. Vuelve un perfume de mi infancia con una fuerza que no puedo creer perdure en mi memoria y me alcance en este lugar impersonal y mecánico: es el aroma de mi abuela, el de sus pañuelos de mano: agua D'Alibour. Los cajones con su ropa y sus camisones huelen a alcanfor, a agua D'Alibour. A los ocho años no sé qué significa el

amor, nadie me ha hablado de él, pero yo siento amor por mi abuela. Era así el mundo, una casa grande, con patios y baúles recónditos; era así el mundo, de una credulidad candorosa, de una alegría inmediata y así persiste en el recuerdo. Nos piden que enderecemos los asientos y abrochemos los cinturones. Podía haber sido, entonces, en la biblioteca de la casa de mi abuela, en la Espasa Calpe y seguramente a la hora de la siesta, donde yo había visto por primera vez una reproducción de *La danza de la vida* o quizá de *Noche en St. Cloud*. Las ilustraciones de la Espasa: caracoles del fondo del mar, orquídeas de la selva, pájaros, cubiertas por una página de papel de seda. Y reproducciones de cuadros. En la página de papel de seda quedaba impreso de forma desvaída una suerte de fantasma de la ilustración. Pero es imposible, pienso con los ojos cerrados, mientras escucho la voz de la azafata informando que en veinte minutos aterrizaremos en el aeropuerto Charles De Gaulle y da la temperatura en tierra y siento en el cuerpo el descenso del avión, es imposible por la sencilla razón de que aquella Espasa Calpe debía ser una edición de alrededor de 1913 o 1915, cuando mis abuelos construyeron la casa. En esos años, Edvard Munch no había ingresado a las enciclopedias, y menos que menos a una española. ¿O era un prejuicio? Faltaba todavía para que Munch fuera Munch. Y algo que ahora se me hace evidente: aunque el cuadro es anterior a esa fecha, era definitivamente, demasiado moderno para la Espasa Calpe. Por lo tanto, no era posible que en la casa de mis abuelos yo hubiera visto por primera vez una reproducción de *La danza de la vida*. Como todo el mundo, había visto *El grito* cientos de veces, pero la sensación de brumoso vacío alrededor de *La danza de la vida*, como de recuerdo remoto, ¿de dónde provenía? Era raro, ahora que lo pensaba, esto de Munch, su persistencia. De los pintores, no era el que más me había gustado o el que más me conmovía.

Aeropuerto Charles De Gaulle

ATERRIZAMOS en París. Horario cumplido. Tres horas de espera antes del vuelo a Oslo, de las que, entre trámites y acomodados, ya se fue una. Mi reloj sigue por su cuenta su curiosa precisión del pasado: medir un tiempo que es otro. Desde aquí pensaba yo darle la sorpresa a Corina, desde algunas de esas cabinas telefónicas, anunciándole mi llegada. Se desocupa una y en un impulso entro igual, a llamar a A. Lo pactado es que lo llame a final de destino, sana y salva, pero tengo ganas de llamar ahora. Marco y espero. Me atiende el contestador. Dejo un mensaje. Salgo de la cabina y voy a un kiosco; compro *Newsweek*. A los del trasbordo a Oslo nos advirtieron que no debemos alejarnos demasiado: va a haber una llamada especial. Busco algún café cercano y me decido por uno de aspecto tranquilo, con mozas (no autoservicio) y revestimientos de madera. Mientras me desplazo hasta ahí —ésa es la palabra, ya que caminar implica algo más dinámico, más voluntarioso, y yo voy como si la corriente me arrastrara—, imagino a A. leyendo o jugando al ajedrez con la máquina y a medida que me alejo de la imagen y del mensaje empiezo a notar que bordeo algo parecido a un agujero negro, un lugar donde el tiempo se estira y se acorta como chicle. Busco la hora a la manera de un naufrago que desde la isla otea el horizonte del mar. En el inmenso *hall*, al fondo, hay un reloj grande, digital, pero no alcanzo a distinguir los números. Llego al bar y derivo por las mesas; elijo una cerca de la línea que da al *hall* para escuchar la llamada. Jugo de tomate no hay; cambio a jugo de naranja y un café doble cortado. Un discreto reloj detrás de la barra me informa que en París y en toda Francia en este momento son las doce del mediodía. Suspiro satisfecha: me gusta viajar, me gusta la impersonalidad de los aeropuertos, me gusta este espacio neutro, de tránsito; me descansa estar entre desconocidos. Insidiosamente, cuando ya hice el pedido a la camarera, el zumbido hace su aparición; es un zumbido bajo, semejante al ruido blanco, instalado por la zona de la nuca y que indica por sí solo lo lejos que queda mi país de casi cualquier lugar, el tiempo de avión necesario para recorrer esa distancia. Si no lo tomo en cuenta, no existe. Me quedo absorta y digo para mí: el Tiempo. O eternidad o infinito, la materia impalpable, el fluido invisible dentro del que transcurre todo, dentro del cual vivimos y a causa del cual nos modificamos. De algún modo el viaje, el tránsito de un lugar a otro, arroja al viajero fuera del reloj. Si no viaja por trabajo o ceñido a algún compromiso. Mi viaje estaba fuera del tiempo de los relojes, o empezaba a estarlo, y yo empezaba a regirme de una manera más primitiva por el día y la noche, la luz y la oscuridad. Una actitud más natural. Había viajado de noche, ahora en otro continente era de día, sólo que no podía percibirlo, la luz a pleno de este espacio de tránsito es puro neón. Los relojes inventaron el tiempo. No hacía mucho había leído algo al respecto, algo bien interesante. Lewis Mumford consideraba que el elemento fundamental de la Revolución Industrial no había sido la máquina a vapor sino el

reloj. «El tiempo es dinero», era la ley máxima acuñada en ese período. Hay que ver que es cierto, pienso, hundiendo la mirada en los espacios encadenados en serie, *hall* tras *hall*, llenos hasta el tope de luz artificial. Si estuviéramos en algún punto del año 1200, mi aldea se regiría por el reloj de sol: una cuña de piedra en el centro de un círculo de metal sobre un pedestal: la sombra de la cuña indica la hora. Pero en el semicírculo marcado con los números hay nada más que 12 horas: los límites del reloj son la salida y la puesta del sol. La noche no existe como tiempo y tampoco la diferencia de horas más largas en verano y más cortas en invierno. También están las campanadas, cierto, pero bastante inseguras, el diácono puede enfermarse, la soga cortarse. Desde el año 1300 —argumentaba el artículo y yo llamo a la camarera para pagar— la vida cambia, y ¡de qué manera! (esto es mío): se emplazan los relojes mecánicos en los campanarios y el reloj comienza a hacer su trabajo de apresar el tiempo, de repartirlo en porciones iguales. A partir de allí, una cuadrícula cae sobre la Historia: el día tiene ahora 24 partes. La gente, la sociedad, el trabajo tuvieron que domesticarse, encorsetarse en fragmentos de tiempo pautados. Y desde entonces, me digo como si me contara un cuento, fuimos presa de los relojes. ¿Explicaba esto la naturaleza del tiempo? De ninguna manera, pero era una historia sugestiva que, en última instancia, tenía que ver conmigo porque yo, con cierta omnipotencia asumida, en este viaje me proponía prescindir de los relojes. En ese momento, escucho la llamada: «Pasajeros en tránsito que embarcan con destino a Oslo, favor de presentarse en puerta ocho», y se repite mientras levanto mis cosas y me apuro a llegar al punto de encuentro, donde ya se ha reunido un grupo de aspecto inquisitivo.

Antes de que podamos preguntar nada, sin transición, iniciamos una travesía con dos empleados de la aerolínea al frente del pelotón. Nos indican sin más ni más que debemos seguirlos: una joven y un joven impecables, que de inmediato empiezan a hablar entre sí y nos ignoran; cada tanto, giran la cabeza y nos miran como hacen los maestros con un contingente de niños, vigilando que ninguno se pierda, que nadie nos pise. Perdí de vista caras que me acompañaron desde Sudamérica hasta Francia: la chica de los *jeans* ajustados, el ejecutivo rubio con aspecto de ruso, la pareja mayor desaparecieron para siempre de mi vida y tomo contacto visual con viajeros nuevos. Más frescos y animados que yo, más aliñados y con el pelo mejor arreglado. Y seguramente con los dientes recién cepillados. Así vamos por pasillos, vestíbulos, entregas de equipajes y salas de espera cada vez menos extraordinarios, cada vez menos iluminados y glamorosos, como si nos dirigiéramos hacia las dependencias subalternas de un palacio frío e impersonal, con repentinas corrientes de aire. Experimento uno de esos chuchos de frío que le dan al que ha pasado toda la noche viajando y a la mañana tiene que rehacerse de algún modo y continuar viaje, incomodidad que acentúa lo absurdo del caminar en tropel, una mezcla de indignación y ridículo, que no se manifiesta sólo porque gana el cansancio. Nuestros equipajes nos siguen por alguna ruta invisible y se reunirán con nosotros a final de

destino, alguien dice que dijeron. En el trayecto somos testigos de diversas escenas: encuentros efusivos o miradas solitarias y errantes. Yo también soy mirada de manera casual, sin interés: soy nadie. Aquí nadie sabe quién es el otro. Aquí, en el incesante transitar tras los jóvenes empleados de la aerolínea bajo la fuerte luz fluorescente, no se sabe si es de día o de noche. Yo sé que es mediodía. La puerta de embarque hacia la cual nos dirigimos está en los confines, pero, como todo en la vida, finalmente, llega; y allí nos detenemos a la espera del bus que nos conduzca por la pista hasta el avión. Nos sentamos, nos recomponemos de los kilómetros recorridos. Quedo suspendida en un limbo de inacción y me dejo estar, acunada por la luz mortecina de este suburbio gaulleano.

Tras las puertas de vidrio, me alcanza al fin la pálida luz del otoño europeo. Es la última semana de octubre y vuelvo a sentir frío. Esa luz tamizada de afuera que lucha con el neón de adentro es la luz de París. Como todos, Munch había estado en París. Había venido a beber de las fuentes. Pegado a mi corazón, Van Gogh: ver de cerca el trazo del pincel cargado en *Noche estrellada*, como ver el simio aullante, enjaulado, de Bacon, o el feto adulto bajo la lamparita, te hace tocar algo, llegar a un lugar desconocido, algo más acá de las palabras y que sucede entre el ojo y la mente; o entre el ojo y el alma. Munch, otra cosa. Ni siquiera podía decir qué. Pero bien, aquí, a poca distancia de mi asiento, digamos a unos cinco o seis kilómetros, la pensión barata, con palmatoria y vela y estufa de parafina donde se aloja el noruego desconocido de veintidós años. El precoz neurótico queda trastornado por los retratos de Manet (¿de dónde sé esto?). Nuestro ómnibus se ha detenido tras las puertas vidriadas sobre un horizonte de asfalto. Un empleado anuncia el embarque. Ya con los pasaportes en la mano, el arrastrar de pies se detiene. Un carrito eléctrico de los de seguridad del aeropuerto ha doblado a bastante velocidad por el pasillo y deposita al tope de la fila a una mujer con la cabeza envuelta en un chal que le oculta parte de la cara y sus tres niños pequeños; uno, en brazos, los otros dos aferrados a la pollera, que le llega apenas arriba de los tobillos; tiene aspecto campesino. Hay un conciliábulo al frente. Todos quieren avanzar, pero la mujer pakistaní (la noticia de su procedencia recorre la fila y me alcanza) permanece inmóvil, clavada en el primer puesto, con sus tres chicos, los del piso, un varón y una nena, la cara hacia arriba; la nena, de unos cuatro años, con pañuelo en la cabeza. La empleada le señala la puerta vidriada y el bus afuera, que abre y cierra las puertas con rugir de motor como si estuviera en la línea de largada de un circuito de carreras. ¿Por qué el chofer hace una cosa tan imbécil? La mujer se niega a subir; está primera, junto a la puerta y vuelve a negarse. Inquietud general. Se organiza la búsqueda frenética de un intérprete: la mujer no habla otra cosa que pakistaní. Apresurada concurrencia de un joven oficial aeronáutico (viene corriendo, pero, ignoro por qué, como tratando de disimular que corre); el oficial la escucha y traduce: ella no subirá a un ómnibus ya que su marido (que trabaja en Oslo y los ha mandado a buscar) le ha dicho que, desde acá, debe

viajar en avión. Se conoce la noticia que provoca desconcierto general. Una gorda que está delante de mí en la fila, se da vuelta y me mira. ¿Cómo la describiría? Gorda de ojos pasionales. Emite un suspiro de impaciencia y me clava una mirada colérica que quiere decir: «Habría que matarlos». Sin responderle, cambio de enfoque; no me gusta esta gorda alhajada y maquillada, con cartera de cocodrilo. Se intercambian comentarios, se comparten conjeturas: no se sabe si la mujer ha llegado por tierra a Francia y cree que está en una terminal de ómnibus o si le falla la cabeza. Tal vez ha viajado durante días enteros en trenes y ómnibus, tal vez ha estado durmiendo en un rincón del aeropuerto entendiendo a duras penas que desde allí sale su avión y ahora la sorprenden con que tiene que subir a un ómnibus, ese que todos le señalan tras los vidrios, rumbo a Noruega, cuando su marido ha sido claro y le ha dicho que desde aquí debe subir a un avión. Como una ola de aceite, me alcanza el cansancio del viaje y todo empieza a parecerme remoto, indiferente. No recuerdo cuánto hace que salí de casa y ya no importa. Con gesto hosco, de legítima defensa, la mujer pakistaní parece al fin comprender o creer que ese ómnibus es sólo un medio para llegar al avión. La miro mientras nos balanceamos sobre chirridos de goma. Veo un escorzo de sus ojos oscuros, grandes, alertas: están clavados en la pista. No entendió del todo y no estará tranquila hasta estar en el avión. Por unos instantes habito el inconmensurable esfuerzo de ese viaje, que comenzó quién sabe cuándo en alguna aldea polvorienta en medio de montañas amarillas y áridas. Acomodo mi bolso de mano y me siento junto a la ventanilla, la cartera entre los pies, en este avión notablemente más chico e incómodo. De la mujer pakistaní emana un halo sordo de desesperación que impregna mi cansancio y adquiere la vaga forma de una premonición. Decido no mirarla más.

Tras la ventanilla se extiende una llanura ondulada de nubes tan blancas y parejas como un paisaje del Polo Norte: algo estático pero viviente. Miro la extensión blanca hasta hipnotizarme. Decaigo y decaigo en el abatimiento cuando anuncian que en breve se servirá el almuerzo. Me reanimo, me aligero. Abro la *Newsweek* que compré en De Gaulle. Dice un escultor neoyorkino que no conozco: «¿Por qué los críticos odian tanto nuestro trabajo?». Relación tensa entre artistas y críticos, históricamente comprobada y, según todas las señales, universal. Munch y el escándalo de su primera exposición. La crítica escribió: «Pinta garabatos». Vuelvo a sorprenderme: ¿de dónde sabía esto? Recapitulo y busco, es lejano, no tiene que ver con «conocimientos», es una cosa de otra índole, perdida en algún recoveco de idas y vueltas. Ahí estaba, mil años atrás: Córdoba, una posada en las sierras, el viaje de egresadas del colegio secundario, y esos libros que caen no se sabe de dónde, porque el dueño (ahora recordaba, no era que lo hubiera olvidado, sino que no había tenido necesidad de recordarlo) había dicho que en el primer piso, donde terminaba la escalera, había una biblioteca. Dos o tres estantes de los que tomé un libro, mientras esperaba a alguna de mis compañeras, que con esa cualidad propia de los libros de aparecer en lugares arbitrarios, resultó ser un estudio sobre los simbolistas o

expresionistas en pintura, tal vez olvidado por algún huésped. Era una época en que yo leía como quien mira todo lo que le cae en las manos, y ahora supongo, recordando cómo era yo a los dieciocho años, que aquel «pinta garabatos» me debe haber impresionado por no decir escandalizado; sin duda, no creía que se pudiera hablar así de un pintor, al que por otra parte veía por primera vez. Y me pregunto ahora, a miles de kilómetros de aquella posada que tal vez no exista más, junto a un río en las sierras cordobesas, y tantísimos años después, si no habrá sido en ese mismo libro donde vi por primera vez *La danza de la vida*, aunque mi memoria se niega a aceptarlo y lo corre más atrás, lo corre a mi infancia en la casa de mi abuela. Curioso que reapareciera en este vuelo, tan lejos de todo, pidiéndome palabras e imágenes para esa escena sepultada, para ese recuerdo no recordado. Algo más se asociaba a aquel verano del viaje de egresadas y a aquel libro, algo que acaba de hacer su aparición por ese capricho de las imágenes de quedar unidas o contiguas en la memoria. El cuarto compartido en la planta baja. Me despierto: abro los ojos porque el aire frío me toca la cara, la ventana está abierta; en el silencio profundo que nos rodea escucho, claro, el rumor del río y veo el perfil de la sierra todavía oscura segundos antes del amanecer; en ese aire cristalino se abre el primer momento de luz en el cielo y sube cada vez más claro y a medida que la claridad crece se va llenando del canto, gorjeo o llamado de los pájaros. Con los ojos de par en par, como la ventana, recibo esa visión del principio del día.

Me siento bien y un poco vacía, como cuando uno acaba de recuperar algo valioso. El libro, sí, pero más que nada la memoria de esos minutos primeros de luz. El cansancio vuelve permeable la mente, la vuelve porosa; el cansancio es un colchón blanco y espeso, como las nubes de afuera, atravesado por relámpagos de entusiasmo nervioso. Un colchón posado sobre mi cabeza. Dejo descansar mi lapicera y mi libreta, a las que pienso volver dentro de media hora.

Junto al asiento, que comparto con un hombre canoso, de traje gris y anteojos de enorme aumento, se detiene el esperado carrito del almuerzo empujado por la azafata. No hay como este momento. ¿Qué servirán? Pescado o pastas; opto sin demasiado entusiasmo por el pescado y pido una copa de vino. El único lugar donde tomo espontáneamente vino estando sola es en los aviones. Soy blanco fácil de estas compensaciones y la hora del almuerzo con sus preparativos me levanta el espíritu. Mi compañero de asiento no puede ser más discreto y terminado el servicio se pone a leer el diario, inclinado para el lado del pasillo. Con un café y mi libreta sobre la mesita rebatible, continúo. Ya casi por llegar a destino, es natural que vuelva a pensar en Jemmy Button, uno de los protagonistas del libro que había escrito y que mencioné al comienzo como el origen cierto de este viaje. Hace más de un año, el libro fue leído por una persona de la Compañía Naviera Patagónica; su entusiasmo literario contagió a sus colegas, luego derivó hasta mi número de teléfono, y terminó

en la invitación a amadrinar un barco de rescate, que se construía en astilleros de Bergen, Noruega. Pero todo eso fue más tarde. El comienzo real tuvo lugar mucho antes del llamado y de la invitación, mucho antes de que yo supiera siquiera de la existencia de esa compañía. Ahora, a cuenta del almuerzo que se llevó mi cansancio, decido contarlo haciendo tiempo hasta llegar a Oslo, ¿por qué no? Éste es, al fin de cuentas, el lugar indicado, a pesar de cierta violencia en la confidencia, a pesar de que deja al descubierto esa zona personal, levemente vergonzante, de superstición, que rodea al oficio de escribir.

Apenas salida la edición, sentí que el libro debía ser aprobado en Tierra del Fuego, donde los hechos reales que eran parte del relato habían sucedido. No tenía claro qué quería decir eso de *aprobado*, ni cómo se daría esa aprobación; era una certeza que no hubiera podido explicar. Con los primeros ejemplares en el bolso, ya tenía los pasajes para el sur, porque llevé conmigo a mi sobrina, lo que le dio al viaje —ella se lo daba— un clima de cierta vuelta divertida a las salidas de la adolescencia. Dos hechos sorprendentes —para mí— acompañaron aquel viaje a Ushuaia. El primero fue una coincidencia: el mismo día en que se presentó el libro se les entregaban a los indígenas descendientes de los selk'nam (onas), tras noventa años de pleitos jurídicos, los documentos donde constaba la devolución legal de sus tierras. Al mediodía, un mensajero vino al hotel a pedirme un ejemplar del libro. Aunque no pertenecían al mismo grupo étnico, querían —me dijo— que, simbólicamente, Button, su historia, estuviera presente en el acto. La entrega fue en Tolhuin, un pueblito en el centro mismo de la Isla Grande. Eludiendo preparativos oficiales y disposiciones del gobierno provincial, los descendientes decidieron hacerlo en medio del bosque, el bosque mítico de lengas y coihues que cubre el paisaje fueguino. Allí estuvo el libro y fue como una primera admisión.

El otro hecho es más personal. Me acompaña desde entonces como prueba de las magias parciales que concitan los libros y de lo reconfortantes que estos hechos, tramados entre literatura y realidad, pueden llegar a ser. Hechos muchas veces minúsculos, que irrumpen y giran como limaduras volátiles atraídas por el centro magnético de la escritura, llenos de sentidos ocultos, de correspondencias misteriosas para el que escribe, en busca siempre de señales de aceptación o de rechazo. Fue así.

Al día siguiente de la presentación, embarcamos con un grupo reducido de turistas para un recorrido por el canal Beagle. Algo que le había prometido a Josefina, mi acompañante, cuando desde la ventana del hotel veíamos la belleza tranquila de la bahía de Ushuaia, con la minúscula isla en el centro y el típico faro pintado en bandas rojas y blancas, que muchos, equivocadamente, llaman «el faro del fin del mundo». Al fondo, entre las laderas de las islas, corren, con otro color e intensidad, las aguas del canal Beagle. Era un típico día fueguino, gris, con una leve llovizna y una niebla delgada, que se deshacía al chocar con las colinas bajas, cercanas a las costas. El

barco avanzaba acompañado por los gritos de los cormoranes. A pesar del tiempo, nos habíamos quedado en cubierta. Cuando bordeamos la costa de la isla Navarino, le señalé a Josefina la región que, en otro tiempo, había sido el país yámana: un conjunto de islas que se extiende hacia el sur, escarpadas y como comidas por los vientos y tormentas. Entre ellas se abre el estrecho Murray, el pasaje que lleva al temido cabo de Hornos. Por ese canal, a unos tres kilómetros al sur, estaba la isla Jemmy Button, nombrada así en memoria del hombre más conocido en la historia del encuentro entre blancos e indígenas en la Tierra del Fuego. Las islas infunden temor por lo oscuras y desiertas, y los canales estrechos se pierden en un laberinto de islotes y rocas amenazantes. Como otras veces, volví a sentir que debía haber pocos paisajes en el mundo que conservaran una melancolía tan sombría, una soledad tan salvaje. Cuando atracamos en el puerto, se nos entregó a cada uno de los pasajeros como recuerdo un diploma convencional firmado por el capitán, donde constaba que habíamos navegado por el canal Beagle.

Esa noche, en el hotel, volví a mirar el «certificado de navegación». Recién entonces me di cuenta de que estaba sobreimpreso en un mapa antiguo, agrisado, de la zona del Beagle por la que habíamos navegado esa tarde. Seguí el itinerario que habíamos hecho, buscando la isla Button, pero como pasa en los mapas ampliados, me dio trabajo encontrarla. Al fin, entrando al estrecho Murray, siguiendo hacia el sur y a babor, o sea a la izquierda del que va navegando, la encontré. Ahí estaba, sin nada particular: una isla chica, de contorno irregular, escarpado, como todas. De golpe, me quedé sin aliento, no podía creer lo que veía. Exactamente enfrente, casi tocando la costa de la isla Jemmy Button, se extendía una minúscula península, y para mi sobresalto y exaltación, la península tenía (tiene) mi nombre: Sylvia. *Península Sylvia*. Había visto cien mapas del antiguo país de los yámanas y nunca había visto aquello. Si había esperado una señal de que la Tierra del Fuego aprobaba mi libro, la señal era aquélla.

Me choca la voz de la azafata recomendando que ajustemos los cinturones, en veinte minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Oslo. Guardo las cosas en el bolso, busco los anteojos oscuros. Recobro los sentidos dispersos mientras contabilizo que en mi equipaje, que vuela por su cuenta, viajan dos frascos de tinta azul. Mi lapicera flaquea.

Oslo

EL cuerpo como un autómata realiza lo que la mente le ordena. Ninguna dificultad en los primeros pasos por Noruega: todo está previsto, casi solucionado de antemano. No hay mucha gente en el aeropuerto, pero sobre todo no está Corina y esta ausencia habla todavía con más fuerza de ella. Hubiera hecho aspavientos detrás del vidrio mientras paso migraciones. ¿Me voy a despedir de una vez por todas de Corina? Cierro con cuidado esa puerta y sigo adelante. Inauguro mi viaje.

Aeropuerto nuevo: cemento, vidrio y acero. Subo a un cubo transparente y nos elevamos. Murmullos, silencio. Me guían a un lugar donde me entregan mi valija, la retiro con un sobresalto de familiaridad, de cariño. Otra vez el *hall*. Mi primer contacto con un silencio irreal. No hay ruidos, así de simple. A un costado del *hall* descubro a la mujer pakistaní y los chicos: rodean a un hombre flaco, de cara huesuda oscurecida por la barba y sonrisa relampagueante. Es algo que le cuento a A. cuando llamo a Buenos Aires desde una cabina, una historia con final feliz; también, que le dejé un mensaje desde París. Preguntas, recomendaciones en medio de las cuales la anécdota de la mujer pakistaní suena como una postal tranquilizadora. Ya de espaldas al teléfono, vuelvo al cubo de vidrio, bajo al subsuelo y salgo a una plataforma donde leo que el tren recorrerá en 19 minutos los 70 kilómetros que separan el aeropuerto de Oslo. Subo al expreso que cierra sus puertas con ruido de descompresión. Sólo por probar la comunicación (ya sé que es una sociedad bilingüe), como el que verifica un interruptor, le pregunto a mi compañero de asiento, esperando que sea noruego, si habla inglés (sí), y cuánto tarda el tren en llegar a Oslo. Es noruego, y me da varios detalles. El último tramo es subterráneo y debo bajar en la estación de la plaza central. Estudio el mapa: mi estación se llama: *Nasjonaltheatret*. El campo noruego es de color gris, velado por una neblina transparente. Detrás de nubes delgadas, el sol pálido como una moneda declina hacia el fin de la tarde. En el borde de la ciudad, el tren rutilante desaparece de la superficie y entra en el túnel. Bajo en la estación que me indicaron y emerjo a la última luz del día que me da la primera visión de Oslo. Me siento encantada; me gusta el paisaje del frío y ésta es una ciudad de frío, con algo de cuento de hadas, de sagas con dragones y princesas de gruesas trenzas rubias, de una infancia que sólo existía en las ilustraciones de los libros. En la plaza, mi primera visión de Oslo: Bjørnson e Ibsen se miden frente a frente desde sus pedestales. Se abre un boulevard en perspectiva: vistas amplias, ladrillo oscurecido y verde hiedra; plazas y negocios elegantes. Estoy caminando por la Karl Johan's Gate, avenida ancha, con grandes castaños dorados y, por lo que alcanzo a ver en el mapa, el eje de la ciudad. Las vidrieras, con capotas de lona verde; las banderas de los hoteles y galerías le dan un toque alegre, cosmopolita, y yo sólo puedo pensar «Estoy en Noruega», sin que las palabras tengan el menor peso. Hay casas, bares, gente, coches, árboles. «Todo igual», como decía Gombrowicz cuando en Tandil le

preguntaron cómo era París; todo igual en Oslo, pero más noble y sereno. Y silencioso. Jóvenes ejecutivos pasan montados en *scooters* con motor, se ha puesto de moda este transporte infantil; es lo último de la vida urbana de las finanzas y quedan bastante ridículos. Se miran de reojo en las vidrieras con sus trajes, sus portafolios y el monopatín cromado. Mi anacronismo arrastrando una valija de rueditas, inflada de ropa para el frío nórdico, que no voy a usar, es notorio y evidente. Consulto otra vez el mapa y decido caminar hasta el hotel unas seis cuadras largas. Me repito que estoy maravillada: me hablo a mí misma dentro de mi cabeza y eso ya me parece algo un poco fuera de lugar, sobre todo cuando detecto el zumbido creciente instalado en mi nuca. Llego al hotel. Es acogedor, tranquilo, tranquilísimo. Grandes sillones floreados. Me choca un silencio pesado, que acentúa el zumbido en mi cabeza y la sensación de estar en otro mundo. Son amables, pero no expansivos ni obsecuentes. Subimos: habitación como una caja forrada, cortinas floreadas de muchos pliegues hasta el piso, vidrios herméticos. Edredón de plumas, enorme cama confortable, almohadones, revistas, lámparas, folletos, tetera y tacita.

Dejo mis cosas y salgo a buscar anteojos de emergencia y a ver, antes de que oscurezca del todo, Oslo que se pronuncia algo así como Oshlo. Pero ya es de noche y se han encendido las luces de la calle. ¿Qué hora será?, me pregunto retóricamente. Primera mirada: alto nivel de vida, no hay pobres, no hay polución visual. Una ciudad de puertas adentro. ¿Cómo serán de puertas adentro? Imagino silencio. En la noche, los *trolleys* eléctricos de dos y tres vagones avanzan y doblan en las calles como dragones iluminados. Sensación repentinamente inventada de estar en el Yukón (donde nunca estuve ni por el que tengo ninguna simpatía especial, salvo Jack London). Será por la línea oscura de la montaña que corta el fondo de la calle empinada. Oslo, ciudad serena entre la montaña y el agua, me repito. Elegancia discreta; esquinas recoletas, conventuales. No encuentro la ostentación a la que mi ojo está acostumbrado, típicamente latina, tal vez de origen italiano. Estoy en un mundo protestante y parece que el protestantismo ha aplacado el gusto por la exhibición y la opulencia. Sorprende porque los noruegos son notablemente ricos. Entro en un *shopping*, iguales en todo el mundo, compro los anteojos y un bolso barato. Cuando salgo, llovizna fuerte; me mojo el pelo y la cara y casi río fuerte. Hay algo de vértigo, de impresiones restallantes, de saltos aquí y allá. Soy oídos y ojos y me entrego a Oslo, que me recibe con amabilidad lejana. Paso frente a *pubs* de luces tenues; en la barra, altos y corpulentos bebedores rubios. Una primera y fugaz visión de los *vikings*, dominadores del Mar del Norte, que mi imaginación trabajada por la literatura esperaba. Ha terminado mi reconversión y soy un puro exterior: una mujer sin pensamientos, ni memoria ni recuerdos. Soy nadie y nadie sabe quién soy. Sólo mi pasaporte podría dar alguna pista y creo recordar, no estoy segura, que lo dejé en el hotel. El anonimato, como si abriera las puertas de la completa libertad, me arrebató en la sensación de ser enteramente irresponsable. He perdido peso y camino

de una manera dispersa, como una pluma viviente. Soy una viajera natural y estoy de viaje, eso lo explica todo. De golpe, considero que es imperativo aclarar algo: del mismo modo que soy una viajera natural, soy una turista fracasada. En un lado y en otro, aquí y allá, no encajo con los guías de museos, ni con los *city tours*, ni con la compra de tijeras en Toledo. No quiero que nadie me guíe ni me indique ni me ofrezca boinas, equecos, tablados de cante jondo, sombreros mexicanos. Nunca pude llevar a cabo un viaje turístico, confieso a esta comprensiva calle de Oslo. No obstante, el viaje como fracaso turístico posee el leve esplendor de una cierta nobleza; ya que el fracaso, reverso oscuro del éxito, ruidoso y banal, provee un lugar único desde el cual ver el mundo. Así argumento o me consuelo un tanto exaltada, un tanto desubicada, al tiempo que inauguro mis primeras horas noruegas. ¿Cuándo comí por última vez? Creo que hoy desayuné tres veces. Algo en el restaurante del hotel me vendría bien; algo terrenal y doméstico, algo con una pizca de sabor casero. Un golpe afelpado en la nuca antecede al mareo y el zumbido de turbinas pasa a primer plano. Con las luces encendidas el hotel perdió su aire acogedor de hace un rato y me resulta extraño y hostil; nadie me habla y es natural. La recepción adquiere relieve de escenario; advierto los ángulos punzantes de las mesas de vidrio y el combarse excesivo del mostrador de recepción, la sonrisa chocante del conserje; la atmósfera es blanda y lejana. Mi percepción sufre las distorsiones de no sé cuántas horas de vuelo, pero este razonamiento no cambia nada.

La chica japonesa que atiende en el restaurante del segundo piso me guía por el menú. Sopa de pescado no, gracias. Contra todo sentido común, termino aceptando su recomendación: cappelletti. ¿Por qué accedí? No tengo confianza en las pastas noruegas, sería como comer sushi en Bolivia, sin salida al mar. Miro afuera el iluminado recoveco del fiordo, su collar de luces que oscila a un lado y al otro, cuando comienza el lento derrumbe. Mi reloj mental, lindante con la náusea, me dice que hace 27 horas cerré la puerta de casa, en otro país, en otro continente, en otro hemisferio. La silla se hamaca, mi cuerpo se echa a volar sin mi participación y sin nada placentero en el despegue; mi cerebro emite un zumbido alto y constante. Salgo del comedor sin probar bocado y me arrastro hasta el ascensor.

En mi cuarto de aspecto inofensivo no entra un gramo de aire por ningún resquicio y el hotel, Oslo, Noruega entera se mecen en el engaño sutil de la oscuridad prematura. Sin abrir la valija, me quito la ropa no sé cómo y me deslizo bajo el maravilloso edredón. Lo último que veo es el reloj de la mesa de luz: las siete y cuarto de la tarde. Me duermo sin conciencia, fulminada por el cansancio.

Despierto con el corazón acelerado y la ansiedad de saber que he perdido un tiempo precioso; no avisé que me despertaran. En la oscuridad, con los ojos de par en par, me digo que ya han cerrado los museos, los negocios, los bares, todo lo que planeaba ver. Casi me pongo a llorar. Me siento en la cama y enciendo la luz: las diez menos cinco,

pero ¿de qué? Agitada, me levanto y miro detrás de la cortina: un universo de oscuridad total. Las calles desiertas, las luces reflejándose en el fiordo negro y helado. Vuelvo a la cama. Espero que el pulso baje y respiro hondo una, dos veces; abro los ojos. Me acuna un silencio sobrenatural, ni un auto, ni una sirena, ni un ladrido, ni un grito, ni una voz en la calle. El aire quieto pesa y me digo que debo volver a dormir. Me impongo que en diez minutos debo estar dormida. *I sincerely want to tell you how glad I feel to be here, in Bergen...* Vienen «las palabras» que me pidieron para la celebración. ¿Cómo será la ceremonia? Por ahora no puedo imaginar cómo será la ceremonia ni nada; vagas formas de un puerto donde debe estar el barco, esperándome. Un barco en la noche, con sus luces de posición y sus paneles encendidos en la cabina de guardia, en la proa, un barco envuelto en la niebla. Siento la vaga amenaza de lo desconocido. Por hacer algo, ojeo unos folletos turísticos que me dieron en la recepción. La hoja tiembla, extendiendo la mano y veo que mi mano tiembla. Agitación por el Museo de los barcos y por la *Nasjonalgalleriet*, a la que iré a la mañana. Me doy cuenta (desde otro yo) de que no puedo esperar, quisiera ir ya, quisiera empezar a ver todo ahora mismo. Mi sangre corre y golpea fuerte y rápido detrás de los oídos. Permanezco en blanco, los ojos plenamente abiertos en la tenue luz del velador. El tiempo se estira como una lenta espiral de humo alrededor de mi cama. Entonces, desde la muerte, papá viene y se sienta en el sillón floreado de esta pieza de hotel, a miles de kilómetros de donde fuimos y somos, con la resignada suavidad de los últimos días. La bata a cuadros, los ojos azules con el borde rojizo por la enfermedad. Desde la cama, la espalda contra el respaldo, lo miro. Apoyé la cabeza en tu pecho y estabas muerto, pienso como si le hablara. No es el recuerdo de la escena, es otra cosa: una presencia en mi mente, una compañía cálida, remota y próxima. En el sillón, con los brazos en los posabrazos y las manos laxas, pendiendo de los bordes, me mira o mira el aire, distraído. La mano pálida sube hasta la mandíbula sin afeitar y la repasa con los dedos, como si constatará algo. Uno de los días finales, cuando ya no tenías fuerzas, te afeité con la máquina eléctrica. Antes, cuando éramos chicas, usabas una navaja; desde abajo mirábamos el ritual acompasado de la ida y vuelta de la navaja sobre una correa de cuero; el tiempo era infinito. Papá me mira como si mirara a través de mí, con algo ínfimo en la comisura de la boca, la intención de una sonrisa; el pelo blanco, corto, tan enfermo y agotado esos últimos días, aunque igual le alcanzaron las fuerzas para dejarme el gesto bajo el que me refugio en este cuarto extraño, lleno hasta rebalsar de silencio: el gesto de pasarme la mano por el pelo. En voz alta, no demasiado alta pero perfectamente audible en el aire inmóvil lo llamo. Digo: *Papá*. En los segundos que siguen, experimento una soledad esférica, completa. Una soledad que me cala los huesos. Un rato después, me deslizo debajo de las sábanas y me duermo.

Me despierto en cierto modo más descansada. Larga ducha que no alcanza a disipar intermitentes desdoblamientos. Un tipo de sobresalto que no puedo definir. Me seco

el pelo y le doy forma con el cepillo, darle forma es una manera de decir, siempre fui torpe para arreglarme el pelo. No enfrento todavía la valija, pierdo tiempo en tonterías, me miro en el espejo, ordeno cosas que un momento después olvido dónde puse, voy a la ventana y admiro los colores azules, acerados, de la calle y el fiordo y un humo blanco que flota y sigue su curso lejos, como una extraña señal inmóvil salida de alguna chimenea invisible. Vuelvo al mapa de Oslo: es fácil. Todo pasa alrededor de Karl Johan's Gate. Levanto abrigo y bufanda y bajo al restaurante. Aceptando un mandato indescifrable, busco la misma mesa y me siento a desayunar.

La taza de café me reconforta, el fiordo diurno en la ventana del comedor del hotel me despeja, el mapa de Oslo que estudio sobre la mesa me despabila la mente: puedo ir caminando hasta la *Nasjonalgalleriet*: busco en el plano el lugar del hotel y lo encuentro. Desde ese punto, como si trazara un camino, sigo sobre el mapa con el dedo mi próxima trayectoria: una cuadra hasta la Karl Johan, doblo a la derecha, sigo otras tres cuerdas, que se ven de distinto largo. No son como las callecitas de Buenos Aires, damero monstruoso sin bordes. Entonces, digamos, camino tres cuerdas, luego doblo a la derecha por segunda vez y allí, la *Nasjonalgalleriet*, marcada sobre mi dedo por un diminuto edificio convencional tipo Partenón. Allí dentro, *La danza de la vida*, *El grito*, *Noche en St. Cloud*. Intento ubicar el Museo Munch y el Museo de los barcos *vikings*. Despliego el mapa, pero a primera vista no los encuentro. Oslo está comida por el mar, como una ciudad empujada hacia la montaña por el agua: recovecos, entradas y salidas; como proyectar un mapa sobre la mano abierta. De repente, encuentro el Museo de los barcos. Está del otro lado del fiordo, que aprecio ahora en toda su amplitud: queda lejos del centro, aunque lejos aquí es una manera de decir. Una punzada de nostalgia del todo injustificada me trae Córdoba al 6000. Decir acá que una calle puede tener 6000 números es algo extravagante, hasta grosero, se diría. Acá, hacia cualquier lado que me dirija, ese número me pondría en el mar o en la cima de la montaña. Sería impropio, en esta ciudad tan alcanzable y gentil, perseguir esa numeración. Antes de guardar el mapa en el bolso, reprimo el impulso de buscar la calle de Corina. No ahora. Como estoy en un segundo piso, me he quedado con la tostada en el aire, mirando deslumbrada el agua del mar que se ha puesto verde intenso, transparente y resplandeciente porque ha salido el sol. Levanto mis cosas. Algo biológico me impulsa a dejar el restaurante e irme fuera. Ha abierto el cielo y un sol sin calor, pero muy luminoso, se derrama sobre la gente, sobre los castaños y sobre los coches que se deslizan opulentos. Del gris, Oslo pasó al júbilo repentino del color. El brillo que adquiere la calle es extraordinario y me largo a caminar por la ciudad a la que debo volver a conocer. Es más o menos mediodía. Siguiendo mi plan, me abandono a la hora que sea sin conciencia, o mejor, con una conciencia latente, flotante en el mar difuso del zumbido de turbinas. Y que el tiempo se comporte como quiera. Sé que estoy fuera de caja, de línea, como esos papeles que el viento arrastra en la tormenta, un tanto a la deriva y acepto el desencuadre con una

entrega imposible de explicar; intransferible. Me desasí de los límites de lo automático y habito la grieta del extrañamiento, zona peligrosa que permite al espíritu manifestarse sin censura. Sería imposible vivir siempre así, me digo de cara al pálido sol noruego. Por el momento, con la alegría que da el vértigo, la zambullida en un mundo diferente y nuevo. No tan desconocido al fin de cuentas. Temor y temblor: Kierkegaard, un vecino. Dinamarca, acá nomás, cruzando el canal, como quien dice, la calle. Elsinore, (*to be or not to be*), enfrente, a unos minutos. Hamlet pudo bien ser una mujer, ¿por qué no?, ¿acaso *to be or not to be* no es la cuestión última para todos en el planeta Tierra? Por eso, pienso detenida en la esquina, antes de doblar por Karl Johan's Gate, que en los viajes ocurren las pequeñas catástrofes que en la vida habitual el automatismo controla, que la confianza en los actos cotidianos sostiene. Vivo el destierro del molde de la costumbre, me saca de encima la mansedumbre del hábito: estoy a la intemperie. Sólo mirar y ver; o tal vez: mirar, ver y oír. ¡Pero qué intensidad! La insignificante ventanilla de cambio, la cara, los gestos y el trabajoso inglés con el que el hombre me da algunas indicaciones sobre dónde comprar tarjetas de teléfono tienen el relieve de una experiencia intensa, singular. El ser sin ataduras se proyecta fuera, olvidando el cuerpo y la memoria. Soy el afuera.

Camino por la Karl Johan's Gate rumbo a la *Nasjonalgalleriet* con la secreta satisfacción que me da mi orientación natural en el espacio; sé, sin pensar, hacia dónde tengo que ir. Es instintivo. Es algo que recibí con mis genes: basta que esté en un lugar una vez, sea ciudad enorme o descampado, para que se me graben las direcciones en un registro extraño que remite a la altura, a cómo gira la Tierra, a dónde está el Norte, cálculos velocísimos, inconscientes, que hace mi instinto por sí solo. Pueden pasar años, pero puesta en el mismo punto voy a reconocer lugares y direcciones. Tal vez a esto se deba mi inclinación por los mapas. Con este dejo de vanagloria (qué palabra), avanzo por la avenida central de Oslo, que me muestra su belleza bajo un sol indeciso, segura de mi rumbo hacia la *Nasjonalgalleriet*, cuando me detengo llamada por la vidriera de un negocio de *souvenirs*. Es elegante y las cosas son preciosas. Entro. Un suavísimo aroma a pino o alhucema me recibe. Lugar chico, encendido de sedosas lámparas, ni un átomo de polvo flotando a la deriva. Ante mis ojos se abre todo un mundo de objetos únicos por el color y la delicadeza de la cerámica. Antes de que pueda fijar mi atención en nada, una aldeana nórdica de delantal immaculado, toca, blusa bordada en colores vivos y cara como una manzana, se acerca y me sonrío. Más allá —el local es engañoso y parece chico, pero se hunde hacia el fondo y se abre hacia la derecha, lleno de incontables tesoros—, otra aldeana le muestra algo a un hombre de sobretodo oscuro. Munk, me corrige la aldeana con una sonrisa comprensiva cuando digo Munch. Se pronuncia Munk. He comentado que estoy de paso hacia la Galería Nacional, pero ella interpreta otra cosa. Ahora acomodo mis ojos, enfoco los objetos. Munch está en todas partes. Parece una broma pesada. Floreros, teteras, percheros de campo, adornos de pared, platos para colgar,

estuches, limpiabotas..., el apartado «cocina» es infinito: delantales, servilletas, en todos alguna reproducción de detalles de algún cuadro, pero sobre todo, en diversos tamaños y medidas, en diversas calidades de reproducción, en diferentes materiales y matices, impreso, inflado o en relieve: *El grito*. Munch elevado a categoría de marca registrada nacional, una entrada fundamental del rubro turismo. Mientras me repongo de esta inmersión involuntaria, la aldeana me habla, pero yo he estado distraída, ahora me lleva, me arrastra, hacia el lugar de mantelería y me muestra, exaltada, unas manoplas para sacar fuentes del horno en cuyo dorso está *El grito* completo, con marco y todo. Me la quedo mirando, impresionada por la relación metonímica indudable entre quemarse y gritar, ¿buscada o encontrada accidentalmente por los confeccionistas? Me he quitado los anteojos oscuros y la observo accionar. Como si le pareciera que no se ha hecho entender con propiedad, o que no me entra en la cabeza lo útil de lo que me ofrece, la aldeana se calza las manoplas y manos arriba me las muestra como un cirujano a punto de entrar en el quirófano, luego se inclina y hace el gesto de sacar una fuente que pela del horno. Me mira: ¿he comprendido? Asiento fervientemente y me dedico a mirar alrededor para dar a entender que no tengo nada en mente, nada definitivo. Me alejo unos pasos por los pasillos abigarrados. Todo es de madera clara, bien hecho, de estilo campesino y bello, pero al menor descuido de la aldeana doy la vuelta y me voy sin comprar nada, me escurro hacia la puerta de calle fuera de su alcance y huyo otra vez a la amplitud serena de la avenida, el eje de la ciudad, donde otra vez el cielo se ha cerrado en un gris plomizo. La llovizna vuelve a caer. Camino unos metros, doy la vuelta y vuelvo. Para corregir mi desconsiderada huida, abro la puerta y sonriendo a la regordeta que se ha quedado con las manoplas puestas, le pregunto por la *Nasjonalgalleriet*. Sonríe ampliamente y me dice que queda a tres cuadras, me indica la dirección con gestos elocuentes magnificados por las manoplas, pero que hoy está cerrada; es lunes y está cerrada. Cierra los lunes, insiste. Me quedo mirándola. Estúpidamente digo: ¿Estás segura? Poco después camino bajo la llovizna con un diario comprado de apuro sobre mi cabeza, de vuelta al hotel. El mar que veo al fondo de la calle es de color cemento con festones níveos.

Como el que vuelve herido a su guarida, subo a mi cuarto y me tiro en la cama. Al rato de mirar el techo, abro la libreta y saco la hoja impresa. Echo una ojeada a lo que, cuando me lo pidieron, llamaron «unas breves palabras para la ceremonia». Discurro sobre la Osa Mayor y la Cruz del Sur... etcétera. Me suena absurdo ahora, mientras que en Buenos Aires me sonaba, al menos, digno. Doblo y guardo la hoja. Mi valija sin deshacer es como si me reprochara algo. Saco del bolso de mano el *best seller* de tema telúrico argentino con la cita de Walter Scott y me acomodo a leer; a hacer tiempo hasta la hora en que abre el Museo de los barcos *vikings*, que me he fijado bien en el folleto y hoy está abierto; tiene horario repartido y yo voy a ir en cuanto abra, a la tarde. La mente humana es capaz de las piruetas más imprevisibles

y, recostada en la almohada, entro en una realidad paralela donde me entero de los linajes prosopopéyicos de los protagonistas, enlazados con el patriciado ganadero y los guerreros de la Independencia. El tata severo («¡Ah, no, m'hijita, usted se va a casar con quién yo diga!»); la nana negra («¡Despierte, amita, despierte que le traigo la mazamorra!»); el matecito de plata, la chinita, el apero criollo, el ombú. Pienso que puedo tranquilamente enloquecer si sigo este rumbo. Dejo el libro; me levanto.

En el espejo del baño, aunque me reconozco, no puedo negar que hay algo diferente. A. lo notaría. Un latido en el fondo de los ojos, una ligera distorsión que puede dar pie a imprevisibles desviaciones. Antes de averiguarlo me pongo el abrigo, la bufanda y los guantes, y bajo en busca de otra veta de la realidad noruega, una veta, digamos, de otra índole. No llevo el mapa de Oslo y sí mi reloj con la hora de Buenos Aires. Me despreocupo, dejo que los acontecimientos me arrastren en este comfortable ápice en el que floto como una leve y feliz plancha de corcho, y que hace tan placentera a Oshlo.

En la recepción, luego de comentar en general y por pura inercia mi intención de visitar el museo *viking*, pido que me llamen un taxi y parece que escandalizo un poco al conserje. Un escandalizarse suave, nórdico; como si se me hubiera ocurrido un disparate, sólo por desinformación. Bueno, me digo, caramba, ¿son tan pocos los turistas que van y vienen por acá que esto suena raro? Entiendo lo que trata de decirme, aunque el tema no me interesa: son tan buenos los transportes públicos — uno tiene la parada justamente a pocos metros de la entrada del hotel—, que un taxi para ir a la otra punta de la ciudad, al otro lado del fiordo, sólo puede ocurrírsele a alguien excéntrico. O a una argentina excéntrica. Pienso que esa distancia para quien habita las bárbaras amplitudes pampeanas es risible, pero no digo nada, ¿qué podría decirte, pichón?, me pregunto en silencio, cara a cara con el conserje, con ese sarcasmo oculto que de ahora en más me propongo utilizar como método, como reverso del fracaso turístico asumido. Ha sido nada más que una tibia sugerencia de su parte, una recomendación. Me doy cuenta. Leva anclas y retrocede. Como sea, y después de algunas gestiones circunspectas, que observo con expresión también circunspecta (es al menos lo que espero mostrar) me avisan que el taxi está en la puerta. Vamos por la costa hacia el Museo y me río, sola y a destiempo, de la cara del conserje, tal vez ofendido por mi desconsideración hacia el transporte público noruego. Fugaz mirada al chofer, que maneja imperturbable el Mercedes. Me juego la cabeza a que es pakistaní, parecido al hombre que esperaba a la mujer y a los chicos en el aeropuerto. Decido sumergirme en el afuera. Las montañas no son imponentes, el paisaje tiene un aire tranquilo y la realidad me resulta más alcanzable. Abro la ventanilla y respiro a todo pulmón. He recuperado, en parte, el buen estado físico y algo del espíritu con el que comencé esta travesía (¿ayer?, ¿antes de ayer?). El zumbido bajó y ya casi es un recuerdo del pasado; el balanceo de lo inmóvil empieza

a apaciguarse. Sobre mi cabeza, desapareció el solcito de la mañana que hizo brillar los castaños, el cielo está gris y llovizna fino.

Suburbio tranquilo entre las ramas húmedas de árboles que ya perdieron las hojas. Desde la calle, arriba, donde me deja el taxi, un gran espacio abierto baja hacia la costa unos doscientos metros; en el medio, rodeada de césped verdegrís, se levanta lo que de frente parece una enorme iglesia, alta y austera. Es un edificio blanco, en forma de cruz, carente por completo de adornos, salvo en el pabellón que cruza atrás, una hilera de pequeñas ventanas. Los techos son, como todos acá, de un declive muy pronunciado. Controlando el impulso que me da la pendiente llego al sendero de asfalto que me lleva a la puerta doble, amparada por un alero. La puerta me parece insignificante en relación con el edificio total. Sobre el alero, suben paralelas hacia la punta del techo unas aberturas angostas, de mayor a menor, como un enorme tragaluz, lo que acentúa el aspecto de iglesia. A los costados de la puerta, hay bancos, pero no pienso sentarme porque me congelaría. Me quedo allí, cruzada de brazos por el frío, esperando a que abran. Por pensar en algo, pienso en Lutero; me lo impone este edificio sin adornos. Austeridad protestante; contrasta con el mundo de santos y vírgenes del catolicismo fetichista, conservador de pedazos de personas: de reliquias de dedos de santos debajo de campanas de vidrio u otros fragmentos corporales. Mi mente declara su rendida admiración a este país severo y nítido. Arriba, lejos (me sorprende cuánto), corre la calle curva por la que pasa un ómnibus solitario; abajo, no la veo pero está, la costanera junto al fiordo que lleva al centro de Oslo. Hay setos que bordean los caminos de cemento para llegar a esta puerta. El frío me congela los pies. Graznidos de grajos, pequeña bandada que miro cruzar sobre los árboles desnudos; más a la izquierda, descubro dos figuras que bajan la pendiente a pasos largos y juguetones, hasta alcanzar uno de los senderos. Son dos chicos muy jóvenes. Ahora invierten el esfuerzo y toman por el sendero estrecho hacia donde estoy. Morenos, muy delgados, borceguíes, camperas y mochilas, gorros de lana; auriculares. Caras risueñas de ojos grandes, lánguidos. Unos dieciocho años, calculo. Llegan. Nos miramos con simpatía: «¡Hola!», dice uno de ellos. Contesto. Tres dispares desconocidos congregados azarosamente frente a la fachada luterana del Museo como la síntesis de algo. Sé que podríamos alcanzar un significado, pero más allá de este impulso, no se me ocurre nada, y tampoco importa, concluye mi mente que quizás ha empezado a congelarse.

El de mochila azul se quita los auriculares, que quedan colgando sobre su pecho, y por unos segundos, sorprendentemente, suena en el aire helado de Noruega la voz de Bob Marley; una síncopa tan precisa y rara en este ambiente como si saliera del equipaje de un viajero en la estación espacial de Marte. El otro, gira la muñeca derecha y mira el reloj. «Es temprano», dice, y pregunta: «¿Hablás inglés?». Hago un gesto con la cabeza. «Llegamos temprano», repite, y con una sonrisa se me queda

mirando. Acepto. Pregunto —pregunta retórica— si son noruegos. No, son viajeros. «¿De dónde?». Se señalan uno al otro y al mismo tiempo que dicen, ríen y se doblan un poquito. Uno pakistaní, el otro de Nepal. Diecinueve y veinte años; parecen más chicos, a lo sumo dieciocho. Se conocieron en Tailandia. Andan viajando. Son simpáticos, de aspecto infantil, inofensivo. Me parece que han estado fumando algo. Les toca a ellos.

—¿Te gusta Oslo? —El de Pakistán.

—Sí. Raro —digo.

—¿Raro?

—El reloj. Se me dio vuelta la cabeza —hago un giro con el índice en el aire.

—Ah sí... ah sí —giran los índices en el aire.

—Estamos lejos. *To be or not to be...* —digo, señalando para donde creo está Dinamarca; espero estar mostrando una sonrisa en mi cara helada. Zapateo un poco para sentir los pies. Al fin experimento el frío noruego.

Se ríen. Sacuden sus cabezas en gorros de lana.

—¿De dónde sos? —El de Nepal pregunta.

—Argentina.

Unos segundos de suspenso que no sé cómo interpretar.

—¿Argentina? ¿Jaúchos?

—¿Jaúchos? —Casi sin darme cuenta vuelvo a girar mi dedo; para controlarlo me froto las manos, guante con guante. Del auricular colgado al cuello del pakistaní la voz de Bob Marley suena como la de una hormiga encarcelada. Pero suena.

—¡Ah! Sí. ¡Gauchos! —comprendo—. Gauchos de las pampas.

Me asombra un poco que conozcan los gauchos. Pero no es un asombro consistente; en este frío y en este silencio ninguna idea o sentimiento logra levantarse demasiado del piso. Saca la cabeza apenas, se hiela, y desaparece.

El pakistaní empieza, sin previo aviso, a dar saltos cortos en el lugar, el otro pie golpeando el aire. Creo que está intentando remedar un zapateo, pero enseguida veo que me equivoco porque, no sé de dónde en una realidad tan limpia, ha conseguido una piedrita y lo que en realidad hace es pegarle con el empuje una, dos, a la tercera se le cae. Para, me mira y dice:

—Argentina, ¡Maradona!

Es de rigor. Hago que sí con la cabeza.

—¡Maradona! ¿Maradona jaúcho?

El de Nepal descubrió algo, una operación simple de carácter transitivo: de la Argentina son los jaúchos, Maradona es de la Argentina, Maradona es jaúcho. Gesto

de sorpresa genuina en las caras alertas y en los ojos grandes, volcados como los míos por completo al afuera. Son cándidos o lo parecen. Al nepalés le brillan los pómulos y lo veo en un desfiladero de montañas altísimas, con tremendo saco de cuero de oveja ceñido con una tira y gorro tipo coya, en la nevisca, conduciendo un yak; los pómulos quemados por el reflejo del sol en la nieve. Error. Hoy, en Nepal, autos japoneses y edificios de ochenta pisos. ¿Por qué será que hay lugares que quedan petrificados en lo antiguo? Me distraje. Se miran con una alegría tan sincera que me contagian: por primera vez desde que llegué a Noruega algo me toca. Caras amigas en el círculo polar ártico. Me reconfortan. De algún modo hay que pasar el tiempo; hay que perforar el silencio noruego y ellos lo consiguen sin vueltas con Bob Marley que nos acuna *chiqui chik chiqui chik* desde los auriculares. Vuelven a preguntar y, como una revelación, descubro que quiero contentarlos. Mi propósito en la vida, mi proyecto para los próximos diez minutos es contentarlos: hace frío, el día está gris, flota una llovizna como polvo de agua y esperamos. Experimento algo parecido a la euforia. Les voy a decir todo lo que quieran saber y más; todo lo que quieran oír sobre los gauchos y sobre Maradona: Sí, efectivamente, Maradona es un gaucho, contesto, y sí, vivimos los dos en Buenos Aires; casi que vivo en su mismo edificio. Lo encuentro en la verdulería. Excitados, se dicen cosas en un idioma que no reconozco, se interrumpen, se ríen; en apariencia, no pueden creer tanta suerte. Bob Marley ha tomado más cuerpo y gira y sube y cae alrededor de nuestro pequeño cónclave como una lluvia fina de flores del trópico o como un fueguito que nos alegra y calienta.

¿Si lo veo a menudo? Lo veo constantemente. ¿Cómo es Maradona así, en la realidad viva? Pronuncian el nombre como si fueran italianos. Muy simpático, digo. El pakistaní hace jueguito y pateo con el empuje arriba y abajo la piedrita, una, dos, tres... y se le cae. Quiere demostrarme que conoce del tema.

—¿Sale en televisión hablando? —pregunta el nepalés.

—Sí, habla mucho en televisión —contesto, y ante sus miradas fijas agregó—: También canta.

—¿Maradona canta?

—Sí, a veces canta. —El regocijo es completo. Se palmean, se felicitan. «¡Maradona, jaúcho, canta!» Yo también sonrío, ampliamente.

Alta, en el gris del cielo, una bandada se acerca a la cumbre de los tejados, tuerce mostrando un revés plateado, baja y desaparece en los árboles de la calle, arriba. ¿El gol de los ingleses? El gol de los ingleses. ¿La mano de Dios? La mano de Dios. ¿El Nápoli? El Nápoli. ¿Lo vi jugar?

—Sí, lo vi jugar. —Me siento imbuida de una obesa autoridad. Pero esto es cierto y el recuerdo me arrastra. Tarde soleada en la Bombonera, apelonada con quinientas o mil personas más en la entrada de plateas rumbo a dos molinetes. ¿Sólo

dos molinetes? ¿Así se entraba a la cancha? ¿Ése era el acceso a plateas? Me había figurado algo más humano. Voy hacia adelante como por un embudo. No puedo soportar el apretujamiento de personas. ¿Por qué me metí en esto? Casi pierdo el sentido, casi lipotimia.

El pakistaní repite en un murmullo reverencial: «Lo viste en la cancha». Eleva los ojos al cielo y acompaña con una sonrisa perfecta. Me vuelve a mirar y medio en serio medio en broma dice que no lo puede creer, dice algo como: «Me estás embromando». Me gustaría poseer ese arco superior. Lo enfoco un segundo y al mismo tiempo echo una mirada fugaz, automática e inútil a mi reloj. No sé qué es lo que no puede creer: que una mujer como yo haya ido a la cancha a ver jugar a Maradona, o que alguien, de cualquier sexo, edad o condición, haya visto jugar, *en vivo*, a Maradona.

—Sí que lo vi —confirmo.

—¿Estuviste cerca?

—Vino a patear un córner adonde yo estaba.

Les provoco una pataleta, un acceso. Definitivamente, hay alguna sustancia dando vueltas por sus cerebros. Quieren viajar a la Argentina: conocer los jaúchos y ver si pueden acercarse al ídolo, que parece que anda por ahí, al alcance de la mano. ¿A qué distancia está Buenos Aires?

En ese momento abren la puerta. Es evidente que no esperaban que se abriera la puerta de manera tan inoportuna. ¿En qué hotel estoy? ¿Podrían ir a verme? Quieren saber si accedo a sacarme una foto con ellos. El pakistaní, agachado, revuelve en la mochila como si buscara una cámara. Me encantaría, les digo, pero es imposible; me voy de Oslo hoy, esta misma noche. Los saludo y me escabullo dentro del Museo dejando atrás la música empequeñecida de los auriculares que con movimientos automáticos se colocan en los oídos. Se alejan sonrientes, cuchicheando entre sí, las cabezas juntas, las mochilas calzadas. Son los bobmarlyanos, los que van por la vida con los auriculares puestos. Giro y dejo de verlos.

Estoy algo mareada o tal vez exhausta: es la relación más intensa que he trabado con nadie desde que salí de Buenos Aires. La gente existe. Entrego el *ticket* y me dan un folleto. Mi cuerpo agradece la calefacción.

Enseguida me olvido de ellos aturdida por mi propia perplejidad ante la altura alarmante del techo abovedado, pero sobre todo porque allí, haciéndome volver la cara hacia arriba, se levanta la belleza imponente de una nave *viking* de madera de roble, que los siglos han vuelto negra; la proa curvada en el cuello arqueado de cisne, que se estira hasta concluir en la típica espiral, tan dignamente hermosa que corta la respiración. Estoy viendo las naves de Erik el Rojo y de Leif Eriksson, su hijo. Las

que llegaron a América en el año 1000. Imponen su prestigio de haber probado el mar, porque éstas no son reproducciones, son los barcos verdaderos, los que navegaron por el Mar del Norte y por el Atlántico asolando las costas de Irlanda y de Francia y de Inglaterra; los barcos que llevaron a los que poblaron Islandia. Voy girando alrededor: una maravilla de la náutica, leo en el folleto. Al casco de forma perfecta lo llaman «la gota de agua». Mis pasos resuenan a hueco sobre las losas. Entro en la sala transversal y ya me voy acomodando a las dimensiones de lo que veo. Una nave de guerra, en perfecto estado, con los bancos de los 32 remeros; así debió de ser la nave de Beowulf cuando partió en la tormenta a enfrentar al monstruo Grendel, en tierras danesas. El barco es el abominable drakkar, al que los *vikings* consideraban como un enorme animal con cabeza y cola de serpiente. Cuando me asomo tras la proa, en un recodo de la enorme arcada, contra tanta pared blanca y barcos negros, los descubro; descubro con un sobresalto a mis dos compañeros de espera. Ensimismados en una maquinación íntima, los bobmarlyanos se ríen como si les hicieran cosquillas. Uno se quita el auricular y se lo pone fugazmente al otro en la oreja, mientras hace un balanceo rítmico; el otro escucha y sube y baja la cabeza. Los barcos les importan un comino; están ahí como podrían estar en cualquier parte. El morochito pakistaní de golpe me ve: sonrisa amplia, pulgar para arriba. También sonrisa del nepalés. Como pescada en falta, sonrío exageradamente y los saludo balanceando la mano abierta. ¿Y yo tanta unción? Giro y miro los barcos a través de sus ojos. Intento verlos *tal cual son*. Sin Leif, sin Erik, sin Beowulf y sin nada, a través de unos ojos no contaminados de *saber*, a través de ojos inocentes e impunes. Doy una última vuelta honesta a su alrededor. Los miro bien. Al diablo con los bobmarlyanos, al cuerno con ellos. Nada puede tocar la belleza de lo que veo, la imponentia de los siglos, nada puede borrar la historia humana que se acumula sobre ellos como una capa intangible, esencial. Es lo que son: materia más historia. Sin embargo, debo admitir que algo procedente del dúo riente me ha alterado porque de golpe y sin previo aviso es mi cuerpo el que recuerda cuando yo me reía así, de ese modo estúpido, alocado, visceral, desde el estómago. Colegio secundario, una osamenta de vaca robada de la feria del Día de la Tradición, un palo de escoba entre las cuencas vacías; con Corina, asomábamos el esperpento por la parte de vidrio de la puerta del aula y golpeábamos toc, toc, toc... las caras de nuestros compañeros al ver el cráneo temblequeante, la cara de la profesora. Y eso nos parecía graciosísimo, era el colmo. Nos reíamos hasta ahogarnos, se nos aflojaban las piernas. Yo, ahora, la profesora, juzgando insoportables esas risas estúpidas, sin causa, esos comportamientos idiotas: las cartas pasadas a escondidas, los cuchicheos, los papelitos, los pedazos de tiza arrojados a una nuca desprevenida, las muecas, las confidencias. Todo tan tonto, pero nos reíamos hasta estallar porque no nos podíamos reír. Era eso; no se permitía y era lo mejor, la prohibición. Bajo el techo abovedado de los siglos, *siento* lo que es tener quince, dieciséis años. Mi cuerpo recuerda. Enamorarse. Una fiesta, música fuerte, risas y gritos, *I saw her standing there*, una

escalera donde varios estamos sentados del lado de la pared, con vasos y platitos sobre las rodillas, arriba se baila y chicas en grupos y parejas suben y bajan continuamente, pero nosotros, en un escalón, como en una burbuja inaccesible, estamos solos, diciendo cosas en voz baja, haciendo promesas. Apenas hablábamos, pero queríamos estar juntos siempre, lo demás, el mundo, remoto, prescindible, desdibujado. Algo plenamente físico, una conmoción que recorría el cuerpo, un cuerpo nuevo en el que nunca había pasado algo semejante y que se conmovía y vivía de un modo brusco, inédito, de la cabeza a los pies, la espera, el encuentro, el recuerdo: así eran la alegría, la risa, el amor: gloriosamente tontos, irrevocablemente dolorosos. Después, mucho después, nos separamos. Una mutilación. Yo: veinte años; partida al medio, o en pedazos. Es literal, así sucede con el primer amor: partida en pedazos que costó reunir. Y se reunieron y fui una mujer más completa con ese amor total y con ese dolor de la separación. Dolor afilado, que mutila; risa desafortunada: ser joven. «El barco de la reina», le dice un hombre a la mujer que tiene al lado, y me trae a la realidad. Los bobmarlyanos han desaparecido; la pareja a mi lado y yo somos los únicos visitantes del Museo de los barcos, tan agradablemente calefaccionado que me quedaría todo el día por aquí, dando vueltas. Otra vez, al diablo con los simpáticos bobmarlyanos. Soy ahora; estoy enraizada en mi ser en este lugar del planeta, existo aquí con total plenitud y punto. El barco sepulcral de la reina, leo en el folleto: «Entre los años 800 y 1000 los *vikings* de Suecia, Dinamarca y Noruega saquearon costas lejanas a su patria, pero también comerciaron y se asentaron. Sembraron el terror en estados bien organizados, descubrieron continentes y fundaron ciudades, como Dublín y York. Sus triunfos se debían a la excelente navegación de sus barcos. Erik el Rojo fundó el primer asentamiento *viking* en Groenlandia. El apodo de *el Rojo* muy probablemente obedece a las matanzas que provocaba. O al color de su pelo. La historia dice que Erik y su esposa Theodhild tuvieron cuatro hijos: uno de ellos es el famoso Leif Eriksson, el primer hombre europeo que llegó a América en el año 1000». El folleto desplegado mostraba un gran cuadro: Leif a punto de llegar a América en uno de los barcos que tenía delante de mí. Mientras que yo, dentro de dos días, en Bergen, entre armadores navales y diseñadores náuticos, voy a arrojar una botella contra el casco de un barco y, para entrar en tema, voy a hablar de la *gota de agua*, que alcanzó la perfección exactamente mil años antes de mi visita a Noruega.

Ha llegado un poco más de gente. Subo hasta los espacios amplios del entresuelo a ver el cuadro de Leif Eriksson pintado por el artista noruego Christian Krohg a fines del siglo XIX y exhibido en un lugar preferencial. El estilo me resulta enigmático, hermoso, pero como de ilustración. En el cuadro, el corpulento Leif lleva un gorro sobre el pelo rubio dorado, con el brazo derecho extendido señala la línea de tierra, una costa apenas visible entre el oleaje de la tormenta, con la mano izquierda sostiene la barra del timón. La perspectiva aérea y cerrada permite ver lo pequeño que es el

barco en la borrasca, y qué baja es la borda, donde, de espaldas al espectador, se apoya un grumete, un chico de unos catorce años. La túnica de Leif, ceñida por un ancho cinturón, vuela en el viento, igual que vuela la escasa melena de un anciano que avanza hacia él con la mano tendida, alcanzándole el casco. A un costado del cuadro de Krohg, se abre la entrada a una librería confortable y muy iluminada. Recorro las mesas y anaqueles. Descubro un libro sobre Munch. La consabida tapa con *El grito*. Lo hojeo, hay biografía; a primera vista, es mucho más que un catálogo; me lo llevo.

Cuando salgo, ha oscurecido. Subo la cuesta hacia las luces. Como una estela que se desvanece en el mar, atrás quedan el Museo, Leif, el descubridor de América y los jóvenes y rientes bobmarlyanos, las criaturas de las mochilas y los auriculares. Yo sólo me llevo una forma en la cabeza mientras miro la calle donde se han encendido los faroles de dos tulipas. Me llevo *la gota de agua*. Es noche en Oslo. Alrededor de las luces brilla un halo de bruma azul que le da a este suburbio de casas elegantes un aire reservado. Espero en un refugio para peatones. Dobla un ómnibus y subo. Nos deslizamos silenciosos por la costa. La ciudad encendida se replica en el mar mientras yo, tal vez llevada por este nocturno noruego, imagino los barcos como cisnes saliendo a mar abierto por el agua rizada del fiordo. Sus tripulantes afilan las espadas a la luz del fanal del palo mayor y miran de vez en cuando las estrellas: el más viejo relata las hazañas de Thor y de Odín, invocando su protección antes de enfrentarse con el océano infinito. ¿Qué es el tiempo? ¿Qué son mil años? Un parpadeo de los dioses.

Bajo en mi conocida Karl Johan's Gate, iluminada y más dinámica ahora, como aprestándose para esa hora de la ciudad que no voy a conocer: la vida nocturna de Oslo. Detenida en el borde de la calle, la pequeña ola de aceite empuja otra vez desde el fondo, crece e inunda mi mente: me asalta lo trivial de la calle, de las luces, de los autos, de los restaurantes, de los toldos verdes; todo conocido e igual en todas partes. Visto hasta la náusea. Como una piel resquebrajada cae a tierra mi manía literaria de cubrir de historias los hechos más casuales, de vestirlos con una pátina de interés y fulgor que no tienen. La literatura me altera y la sencilla verdad es que la extiendo afuera como un piadoso mantel para que todo sea más soportable. Detenida en la esquina permito que la idea se formule completa dándole otro giro, tal vez justificatorio: el mundo sería intolerable sin las historias que lo adornan, que lo magnifican, que lo oscurecen o lo exacerban. Los objetos, la realidad, las ciudades serían mera materia bruta, palpable; ¿qué sería Elsinor sin Hamlet?, ¿qué sería Elsinor, ahí, en Dinamarca (sólo había que cruzar el canal), y su castillo de Kronborg junto a Copenhague? Un nombre como miles, un lugar en el mapa sin ninguna particularidad que lo distinguiera de otros cientos de lugares de Suecia o de Irlanda; todos los lugares terminan pareciéndose. Pero qué cambio cuando ponemos ahí al

príncipe de Dinamarca: las piedras de la costa crujen lúgubrementemente bajo sus botas, las gaviotas chillan girando en el viento, el mar embiste las rocas en la base del castillo donde esta noche aparecerá la sombra de su padre, el rey, solicitando venganza. Hamlet hace Elsinor, le otorga una forma de realidad más pura, más punzante y genuina, y aunque ahí hayan vivido y vivan miles de seres que sufren y sueñan, el sueño mayor, el que nos convoca a todos y hace que exista, es Hamlet. Como la madera oscura de los barcos *vikings*, las piedras de Elsinor están pulidas por el roce inmemorial de vidas desconocidas, pero entre esas vidas, emergiendo como figuras que fijan el discurrir nebuloso y lo proyectan hacia nosotros, Leif Eriksson y Hamlet. Suspiro y miro al hombre elegante y mayor que, a mi lado, se apresta a cruzar. Ya me siento mejor. Debe tratarse de un ritmo vital impredecible, arbitrario: soy cuerpo más imaginación y nadie puede modificar eso. Sin embargo, argumento mientras cruzo la Karl Johan junto al elegante de paraguas, los bobmarlyanos y miles de millones como ellos viven perfectamente sin ninguna ilusión imaginaria, ni siquiera miraron los barcos. ¿Erik el Rojo? Yo qué sé quién es. ¿Shakespeare? Sí, me suena. Munch, ni soñando saben quién es, ni les importa. Pero cómo se ríen. ¿Irá la humanidad derivando hacia una brutalidad riente, hacia una alegre y cada vez más sádica violencia, hacia una beatífica y jactanciosa ignorancia? Preguntas desde un cómodo sillón burgués. O una cuestión más límite: ¿era necesario Shakespeare en Angola? Cervantes, Tolstói, ¿eran necesarios en Haití? ¿No se trataba de algo, en esos lugares y circunstancias, por el momento, superfluo, un lujo del espíritu, donde el espíritu quedaba ahogado, aplastado casi hasta la inexistencia por la necesidad desesperada de sobrevivir como fuera? No tengo idea de cómo responder a estas cosas, ni cómo vine a parar a este dilema. Los chicos agarrados a las polleras de la madre, en el aeropuerto De Gaulle, los chicos pakistaníes, vuelven como un relámpago lleno de señales.

¿No estás exagerando un poco?, ¿no tendrás hambre?, me pregunto, y me dejo atrapar por la perspectiva amplia de la avenida. Pocas horas nomás y ya conozco a mi querida Oshlo, sé cómo ir y venir. Sin apuro, con la promesa de Munch en mi bolso, recorro las calles tranquilas por las que se deslizan los *trolleys* iluminados de dos y tres vagones. Gente sonriente en los cafés; restaurantes sofisticados; plantas de interior, lámparas en las mesas, luces bajas. El frío y la llovizna acentúan el brillo acerado de las calles. La mejor hora de una ciudad, la de la inminencia de la noche, cuando todo el mundo se prepara para ir a alguna parte o permanece en un cuarto infernal al cobijo de la soledad, ¿quién sabe? Me propongo ir a un *pub*, mañana... *and though you may consider ship christening ceremony as a normal event, for me this is an unique and unforgettable experience*. Muy lejos todavía, muy distraída de mi experiencia inolvidable, tanto que no alcanzo a imaginar, soy franca: no hago siquiera el esfuerzo por imaginar qué sucederá. ¿Botella estallando o rebotando?, ¿exclamaciones?, ¿alguna celebración o un rápido estrecharse de manos y cada uno a

su casa y yo al avión? Enfilo para el hotel.

Por primera vez voy a comer algo sólido en tierra. Aunque aprecio su delicada cortesía oriental, estoy prevenida contra las recomendaciones de la chica japonesa y nada más que por no defraudarla dejo que me guíe por el menú. ¿Langosta? No, muchas gracias. Por cautela no pido vino ni ninguna otra cosa que ella me recomienda como aperitivo. Acepto carne con una salsa de hongos que me alaba como el plato del día, recomendado por el chef. Somos pocos en el restaurante y hay un ritmo lento en las cosas que parecen acompañarse con el jazz que sale de algún lugar de las paredes. Traje el libro de Munch y lo pongo sobre la mesa, al costado del plato, pero antes de abrirlo sé que haberlo traído es un desperdicio. Dos pisos abajo, en una perspectiva perfecta, me atrapa la negrura del fiordo sobre el que se estira y titila el collar de luces de la costa. Me recuerda a Ushuaia, pero Ushuaia es más aldea de pescadores, más abarcable y en su esencia más arisca y salvaje. Si Corina estuviera en Oslo, nos habríamos encontrado en el bar de abajo para hablar sin pausa hasta las cuatro de la mañana o en el *living* de su casa. Conozco bien su casa; me mandó fotos de cada ambiente. Era como un tic inevitable la aparición de Corina, a la vez que irreal; jamás la había visto vivir en esta ciudad, por lo tanto eran sólo falsos recuerdos, palabras, algo que había quedado como trunco en una realidad paralela.

Con una amplia sonrisa, la chica japonesa acaba de dejar el plato frente a mí. Y me mira; advierto que el uniforme del restaurante —blusa y pantalones negros, delantal largo hasta el tobillo, cruzado, también negro; al cuello, anudado, un pañuelito blanco— es demasiado amplio para su contextura frágil. Antes de irse y con una leve inclinación de cabeza me incita a comer. Tengo una mala intuición que se confirma. ¿A esto llaman carne? Pruebo mínimos bocados de la salsa de hongos. ¿Qué le digo a la chica japonesa? Me saca de estas cavilaciones la llamada alucinatoria de *El grito* que, al lado del plato, ilustra a corte la tapa del libro. Una de las pinturas más difundidas del planeta, después de La Gioconda. Infancia desdichada, ojeo a los saltos, muerte temprana de la madre: tuberculosis, Munch tiene cinco años; unas páginas después, muerte de la hermana a los quince años, también tuberculosis. Cierro. El fiordo me reclama y no traiciono a Munch si lo cambio por la vista, ya que él mismo se habrá detenido mil veces a contemplar el agua cuando hacia 1885 era un joven pintor de la nueva generación de Cristianía (se llamó Oslo después de 1924), ciudad a la que veía (he vuelto al libro) como detenida en el período ruso siberiano (la llama «ciudad siberiana») «... y pensaba que sólo un Dostoievski podría llegar a describir las reuniones nocturnas en toda clase de cafés, iluminados por extrañas luces, donde los labios pronuncian palabras desafiantes, arrogantes y brutales como sólo los noruegos pueden ser...». Pido a la chica japonesa la cuenta para firmar. Veo su decepción. ¿No café? ¿No postre? Me pongo firme, no quiero crearme un problema con esta chica, si como o no como. Como poco, afirmo lo más

amablemente que puedo, y le dejo una muy buena propina.

A la una de la mañana pido al *room service* un café con leche y un sándwich de jamón para paliar el fracaso de la cena. Sigo escribiendo con mi Harley-Davidson, pero me siento algo alienada: inesperadamente he caído de lleno en la vida de Edvard Munch. Inesperadamente porque el libro que compré en el Museo de los barcos *vikings* excede ampliamente lo que suele ser una serie de reproducciones comentadas con alguno que otro dato y, por el contrario, se trata de una biografía muy completa. Hay algo intimidante en el hecho de entrar de golpe en la vida de alguien del que prácticamente no se sabe nada, de quien se tenían nada más que vagas noticias que están, sospecho, ya transformadas en lugares comunes de una biografía, como esas anécdotas que pasan de boca en boca hasta desvirtuarse, hasta convertirse en algo que posiblemente sea lo contrario de lo que fueron en su origen: hombre desdichado, alcoholístico, escándalos en su vida personal y en su vida de pintor. Estas repeticiones yo también las poseía, me habían llegado como ecos circulantes aquí y allá, como períodos enteros de una vida simplificada hasta el clisé y, sin embargo, sabiéndolo, parecían ser esos mismos ecos los que sostenían la actitud de curiosidad inexcusable que busca los puntos neurálgicos, los nodos de las tragedias, los escándalos, el sexo, la morfina, el ajeno, los amores turbulentos. ¿Serían los componentes más brutales de la empatía que se satisface en el escándalo ajeno? Una química elemental que dejaba para después las interpretaciones racionales o psicológicas e iba a los hechos crudos. ¿O era la comodidad del hábito: la tranquilizadora constatación del pintor loco e inadaptado, del artista que cumple con esta premisa preestablecida para llenar una existencia como debe ser, lista para la imprenta y la posteridad? Y esto lo pensaba porque yo, hojeando el libro, había caído en una escena tempestuosa en la que Munch, en una discusión final con Tulla Larsen, su amante durante cuatro años, que lo ha mandado a llamar bajo la amenaza de suicidarse con morfina, se pega un tiro, o se lo pega ella, en la mano izquierda. A puertas cerradas, nadie supo realmente qué pasó; en el cuarto hubo un revólver y Munch terminó con una bala incrustada en su dedo mayor. Y yo quería correr ahí, al dedo incrustado, a ver y mirar quién era Mathilde «Tulla» Larsen, esa chica ibseniana, muy rica, de veintinueve años. Cerré el libro y lo dejé sobre la mesa. Con una conducta extraña que no atribuyo a ninguna ética lectora particular, sino al zumbido de las turbinas que aún no me deja y que provoca ligeras distorsiones de conducta a las que me abandono con regocijo, me exijo ahora saber ordenadamente quién fue, quién es (¡método!, cómo no), el pintor que mañana voy a conocer en la Galería Nacional y en su propio museo. Es esto o las vaquillonas telúricas (el sarcasmo como método). Pesco en el fondo, la saco a la superficie y examino esa punta de regocijo; sé qué es. Florece en la libertad suprema de inventarme el día, cada hora, libre de llenarlas con lo que se presente. La completa disponibilidad. Abierta y vacía, soy, además, nadie. Floto como una pluma en estos intersticios de una realidad que me ignora; no tengo límites ni horarios. Pero

volviendo al libro me digo: cuidado. Ir a los hechos de una vida considerando que los hechos vienen relatados en palabras ajenas y no en las propias del protagonista es consentir ya un doblez, un pliegue que alberga la visión de un tercero. Munch, como yo, sujeto a distorsiones inevitables. Yo, víctima involuntaria del comportamiento del espacio/tiempo. Él, víctima de las elecciones de su biógrafo. Aunque su biógrafo tenga la mejores intenciones. Mi sospecha de estas desviaciones que alteran la verdad de su vida sumada a mi descontada complicidad agrandan su fantasma, lo ponen de mi lado o yo del suyo. Dispuesta a acechar su paso en la entrelínea, su sombra, su fondo y forma detrás de esta biografía más o menos oficial, vuelvo al comienzo del libro.

Nace en 1863, hijo de un médico del ejército, Christian Munch (46), y de una chica, Laura (23), hermosa, frágil, heredera de una familia venida a menos, «roída por la tuberculosis». Del lado del padre, sacerdotes, intelectuales y artistas. Según Munch, «una familia de poetas con signos de genio pero también de degeneración». La pareja tiene cinco hijos. Los padres, cada uno a su modo, son sofocantemente religiosos. Cuando nace Inger, la madre apenas sobrevive unos días. Munch tiene cinco años. Pocos años después, muere su hermana favorita, Sophie. La joven tía Karen (hermana de la madre, muy hermosa en la foto) se muda y se hace cargo de los niños. En la Noruega de esos días, un médico del ejército ocupa un lugar apenas por encima del sacamuelas y la familia vive dignamente en la pobreza. Karen hace *collages* de musgo y hojas y los vende. Los chicos colaboran con dibujos y se los toman muy en serio. El dibujo más temprano de Edvard es del interior de la casa, a los 12 años. El padre, gran conocedor de sagas y lector de literatura, pero ignorante de cualquier aspecto de psicología infantil, gusta de leerles cada noche a Poe y a Dostoievski en voz alta. La enfermedad ronda a la familia. Edvard padece bronquitis asmática crónica, largos períodos enfermo; Laura, la cuarta, terminará internada en un asilo para enfermos mentales. La experiencia directa de la muerte y de la enfermedad ocupó un lugar central en su vida: «Sin el miedo y la enfermedad, mi vida sería como un bote sin remos», escribió. Los hermanos son todos hermosos, Munch es el de apariencia más frágil. Hasta la temprana adolescencia el centro de su vida es su hogar, donde recibe los mandatos inapelables del pietismo, forma de la religión protestante basada en la conducta intachable. Lllaman a la puerta; un camarero adormilado me mira interrogante; pasa, deposita la bandeja sobre la mesa y se retira. Como mi sándwich y me detengo en las páginas donde el joven Edvard me mira de costado desde sus dos primeros autorretratos, a los 19 años. A pesar del desánimo paterno y en contra de todo pronóstico «sensato», el 8 de noviembre de 1880, a los 17 años, anota en su diario: *He decidido convertirme en pintor*. Dos años después, con un grupo de jóvenes colegas, ya está alquilando un estudio en la avenida Karl Johan en un edificio famoso en la ciudad al que apodan el «Queso crema», como podrían decirle «la torta», por las fachadas blancas de un estilo ornamentado y morisco. El

«Queso crema» es una cueva de artistas y alberga a pintores consagrados, entre ellos a Christian Krohg (¡el del cuadro de Leif Eriksson que yo acababa de ver!), «el talento más vigoroso de la pintura noruega hasta la entrada de Munch». Contabilizo una pequeña red social: el conserje, la mesera japonesa, la aldeana de los *souvenirs*, los bobmarlyanos y ahora Christian Krohg. No es poco, considerando mis apenas 48 horas en Oslo. «Un respetado pintor naturalista», sigue la historia oficial de Munch, hablando de Krohg, aunque su conducta dejaba mucho que desear: la escandalizada ciudad es testigo de que lleva mujeres modelos a posar «en vivo» a su atelier. Krohg se ofrece a dar consejos gratuitos a los jóvenes recién instalados en el piso de abajo; algo imposible de rechazar. Munch no está entusiasmado con el ofrecimiento. Krohg ejerce su rol pedagógico con disciplina autoritaria. A los veinte años Munch expone por primera vez en una exhibición colectiva. A todo esto, el pintor Frits Thaulow, figura central entre los pintores locales, que ha importado la técnica impresionista, reconoce el talento excepcional de Edvard y habla con el padre. Se ofrece a pagar los gastos de una estadía de su hijo en París para «ver el Salón». En abril de 1885, Edvard Munch, de veintidós años, viaja al extranjero por primera vez. Durante tres semanas estudia las colecciones del Louvre y va a ver el Salón, la mayor muestra anual de arte contemporáneo en París. Cuando regresa, es ya un artista con «todos los sentidos alerta». Ese verano, sin embargo, lo espera algo que nada tiene que ver con la pintura, una experiencia que lo sacude por completo y que quedará en su pintura: en la aldea veraniega de Åsgårdstrand, Munch empieza una relación clandestina con Millie Thaulow. Esta joven mujer casada, cuñada del pintor que lo protege, frívola, mundana y famosa por sus sombreros, se convierte en la primera amante y el gran amor de la vida de Munch. Y su obsesión sexual. Millie pasará a cuadros como *Cenizas* y *La voz*, iniciales de su *Friso de la vida*, que llevarán siempre como fondo el paisaje de Åsgårdstrand, la aldea de pescadores donde compró el primer atelier que tuvo en su vida. «El que camine por Åsgårdstrand camina por mis cuadros», escribe. Millie ostenta un marido mayor, rico, muy indulgente, y se siente a salvo en su matrimonio que le permite, como sucedía entonces y era tolerado, escapadas eróticas; no lo cambia por nada, ni siquiera por este muchacho de expresión severa y cuadros delirantes que se ha enamorado como loco de ella. Ella se divierte, un poco lo adopta. Munch usa un sobretodo enorme y barato que su tía le ha comprado asegurándole que le queda bien, pero que es, para su completa humillación, objeto de burla de sus amigos delante de Millie. Ella lo llevará a comprarse el abrigo adecuado, al lugar adecuado, indicando la operación con aire risueño, irónico (es fácil imaginarla). Ignora que ese chico al que trata con tanta condescendencia la va a immortalizar en el célebre cuadro *Madonna*. Su primer amor es una relación llena de penalidades para Munch, a la mujer equivocada se suma el tenso conflicto moral entre pasión sexual y culpa religiosa. Un año más tarde, como era de prever, ella ya ha cambiado de rumbo. Se cruzan en la Exposición de Otoño, a la que Millie asiste del brazo de su nuevo amante, un joven teniente. Munch exhibe su primera obra maestra, *La niña enferma*,

que representa a su hermana Sophie: una chica pálida, de suave perfil, sentada en un sillón sobre una gran almohada; a su lado, una mujer de cabeza gacha. El cuadro contiene todos los elementos característicos de su obra posterior: retoques visibles, surcos y rasguños que raspan las capas de pintura. Semejante cosa causa primero estupor y después una explosión de indignación rotunda. Las discusiones se exacerban y apuntan a la impertinencia del autor que ha presentado «garabatos», algo sin terminar (lo que yo recordaba). La crítica lo vapulea, se burla: el cuadro no es más que un garrapateo informe. Christian Krohg lo defiende contra viento y marea: «ve solamente lo esencial», «un cuadro está terminado cuando el pintor lo decide», argumenta con furia, picado por el escándalo. La exhibición se vuelve intolerable para Munch; la gente entra a ver el cuadro con el propósito de «doblar de risa». Desea que la muestra termine de una vez por todas. Sin embargo, y como sucederá muchas veces a lo largo de toda su vida, el desdén y la crítica lapidaria apenas tocan la superficie de una voluntad de hierro, un camino trazado de manera casi inhumana, hasta el fin (*He decidido convertirme en pintor*), una determinación profética contra la que chocan los exabruptos paternos y de los parientes que le piden que «pinte algo que se pueda vender». No era un pedido desatinado dada la pobreza de la familia, pero tampoco piadoso teniendo en cuenta que se hace en el velatorio de su hermano Andreas, muerto prematuramente un año después de casarse. La vida desafortunada que emprende Munch, autodestructiva, miserable y alcohólica, guarda un centro diamantino que nada puede tocar, un centro dentro del cual está su decisión de pintar.

Levanto la cabeza y percibo el silencio que me rodea como un halo. Estoy a solas con este joven que acaba de mostrar por primera vez sus pinturas, que acaba de enamorarse, que acaba de perder tardíamente su virginidad en un bosque de verano, junto a la playa de Åsgårdstrand, y me siento más despierta que si estuviera respirando en la cima soleada de una montaña. No sé qué me impulsa. ¿Acaso es una vida distinta de la de tantos otros pintores cuyas biografías he leído? ¿Acaso es más patética que la de Vincent? Imposible. Creo que exagero, que he estado demasiadas horas volando y que todavía no termino de metabolizar el viaje. De todas maneras, no puedo hacer otra cosa, no puedo reprimir la necesidad de seguir leyendo, de seguir las huellas de la vida de EM. El otro cuadro presentado por Munch en esa primera exposición fue el retrato de su hermana Inger, de dieciséis años, con su vestido negro de confirmación. En la reproducción, me impresiona su belleza. A este cuadro se aludió como «el horripilante retrato de una dama vestida de negro» y se lo condenó en los mismos términos con los que, por ese entonces, se hablaba de la «abominable Louise Michel», la anarquista y feminista francesa. Bajo el libro, sorprendida. El retrato con el que satíricamente se compara a la bella Inger es, seguramente, el de Louise Michel en uniforme de guardia nacional, durante la Comuna de París. Yo lo conozco: el mismo cuarto de perfil con la apariencia de un muchacho de rasgos suaves, de uniforme y quepis. Cuánto puede leerse acá. Hay burla en el crítico y

desprecio y también mucho temor larval y declarado. Los del grupo autodenominado «bohemos de Cristianía», pintores y escritores, son anarquistas como Hans Jaeger y hay que precaverse: la burguesía no está desatenta a la hora de verificar sus defensas y tampoco va a tolerar mujeres que quieran parecerse a los hombres. Pero yo conozco el retrato o daguerrotipo de la anarquista Louise Michel.

Dejo el libro y voy a la ventana. Afuera, la noche escandinava gira sobre el fiordo sereno al que ya me he habituado; apenas, las luces de algún auto. El frío casi puede verse en las calles y en la costanera desierta. Louise Michel y una tarde en casa hablando de Rafael Barrett. Aquel daguerrotipo que miramos. Los nombres rebotando de un hemisferio al otro, del norte al sur y del sur al norte. ¿Qué me dirías desde el costado del Río de la Plata? Que me dejara de jorobar y que me fuera a dormir de una buena vez.

Levanto el teléfono y marco cero; suena la línea de discado directo. Llamo a casa.

—Hola.

La voz de A. me produce alegría.

—Hola, te extraño.

—Qué sorpresa, yo también te extraño y Tatiana te extraña...

—¿Te acordás de que hace un mes o dos hablábamos de Barrett y vos nombraste a Louise Michel?

—¿Quién...?

—Louise Michel, la anarquista y feminista francesa, estoy leyendo algo... que se unió a Blanqui, que se vestía con uniforme de soldado en la Comuna de París... Miramos el daguerrotipo.

—Que parecía un soldado de la guerra del Paraguay. ¿Qué hora es allá?

—No sé, esperá...

—Acá llueve a cántaros, se inundó el balcón y se está inundando el patio... lo voy a llamar a Cacho, que me ayude a desagotar. ¿Dónde está el teléfono?

—¿Cacho, el portero?

—Sí, en cualquier momento llaman los de abajo y no quiero que me rompan... ¿Cómo estás? ¿Qué tal Oslo?

—Entonces, ¿te acordás de Louise Michel? Es hermosa, una ciudad serena, no hay ruidos... Vimos que se parecía... Munch pintó a su hermana y le dijeron que se parecía a Louise Michel.

—La que sacó en las barricadas la bandera negra del anarquismo. Si no fueran las doce de la noche y no me estuviera inundando, me conmovería.

Reacciono y me río.

—Me das risa, ¿es para tanto?

—¿Dos días en Noruega y te olvidaste cómo llueve en Buenos Aires? El agua

está por entrar al comedor. ¿Dónde está el número del portero?

—Pegado en la heladera. Cómo se dan las coincidencias. ¿A esta hora lo vas a llamar al portero?

—Llamó Corina, desde Grecia.

—¿Corina...?

—Sí, parecía muy contenta. De Santorini. Le dije que no estabas en Buenos Aires.

—Está bien, muy bien.

—Louise Michel, la que fundó con Faure *El Libertario*. Llamame más tarde, ¿qué hora es allá?

—Un beso. Después te llamo.

En el cuarto queda resonando mi propia voz. Tatiana, mi gata, negrita de techo. Trazo líneas veloces: Corina llamando desde Santorini a Buenos Aires, vos me devolvés su llamada a mí que, a mi vez, llamo desde unas cuadras de su casa en Oslo. Lluve a cántaros en Buenos Aires. Hago como si la conversación no hubiera sucedido y cierro con cuidado la puerta que abrí al otro lado del mundo, en el Atlántico Sur.

Voy al frigobar. Saco una coca light y un paquete de castañas. Este viaje, como todos los viajes, es mi propio y solitario viaje y así debe continuar. Me acomodo en el sofá mullido, las piernas dobladas bajo la bata. Louise Michel, incansable, famosa y temida en Europa; los ecos de sus conferencias incendiarias debieron llegar a Cristianía. El *statu quo* tiembla: a los anarquistas hay que borrarlos del mapa, nada es suficiente escarmiento. Deslizando esa mención a una iconografía de marimacho y asociándola a la rebelión femenina, los críticos de pintura de Cristianía atacaban, de paso, el foco rebelde, la amenaza. No era a la inocente Inger en su severo traje negro, el crítico apuntaba a algo más allá del retrato; aquellos cuadros eran una bofetada, una provocación, una amenaza para la sociedad. Había que segregarse a los pintores y escritores cuyo reducto era el café del Grand Hotel.

A los 23 años, cuando Millie le muestra que ha sido un capricho, reemplazable en cualquier momento, como lo fue, Munch vive un período negro. Se vuelve violento, provoca escándalos callejeros y se pelea a puñetazos, algo que seguirá pasando con mucha frecuencia en su vida. Bebe hasta volverse incoherente y en ese estado vuelve a su casa donde permanece aislado, sin hablar con nadie. Su padre, de setenta años, no sabe cómo tratar a este joven de 23 al que ve vivir al borde del infierno, literalmente: a punto de perderse. Le hace una tímida y conmovedora advertencia, una línea escrita en el Libro de Oraciones que él mismo ha regalado para su confirmación a cada uno de sus hijos y que ellos conservan como un tesoro. Un recordatorio de los peligros de la vida en una cita bíblica. Pero la comunicación es imposible, los mundos que habitan se vuelven enemigos. Edvard pinta *Pubertad*, precursora de los desnudos femeninos venideros, en un siglo xx que todavía falta

para que empiece, pero al saber que su padre va a ver la muestra, exige que tapen el cuadro con un lienzo. Del chico angelical al joven condenado, Munch sondea el poder extremo de las fuerzas que lo atraviesan y que presidirán su pintura, el sexo y la muerte, su enlace indisoluble en la experiencia profunda.

La violencia y el alcohol comienzan a ser sus compañeros de ruta. El absurdo de algunas de estas discusiones me hace reír: le han pedido un retrato; el interesado se ve «feo» o poco «favorecido»; va a la casa y lo increpa: quiere que lo cambie o le devuelva el dinero; después de agotar uno o dos argumentos, Munch le pega. Parece no dudar en el momento de emplear los puños, siempre con unas copas de más. Ese turbulento invierno de 1886 traería otra experiencia decisiva a su vida: el encuentro con el escritor Hans Jaeger, personaje extremo, nihilista, anárquico, de tendencia autodestructiva y, en muchos aspectos, decisivo para Munch. Jaeger venía de un hogar burgués y religioso, asfixiante, como los que pinta Ibsen, como el del propio Munch. A los 16 años no aguanta más y «huye al mar», se hace marinero. Meses después, en una escala en Liverpool, el joven inexperto conoce el sexo con una dulce chica rubia (más tarde supo que se trataba de una prostituta) que le contagia sífilis; a los 22 años la enfermedad lo deja impotente. Qué envenenada paradoja, pienso, para quien sostendría la libertad sexual como bandera, a todo trance. Desde el reducto del café del Grand Hotel, Jaeger proclama una nueva moral: vivir en la honestidad total, poner las leyes de la naturaleza —por las que «profesa una reverencia sacerdotal»— por encima de las leyes familiares y sociales. El amor libre es un derecho natural del individuo, dice, mientras que el matrimonio es una institución vacía. Su lema es el de Bakunin: «la pasión por destruir es también una pasión creadora», y ve al suicidio como «el último camino de la libertad». Vuelca sus experiencias y preceptos en dos novelas, *De un bohemio de Cristianía* y *El amor enfermo*, condenadas por «blasfemia y ultraje a las buenas costumbres», que le costarán la cárcel y el exilio. Escritos en una servilleta del café del Grand Hotel, Jaeger da a conocer los «Diez mandamientos» de la Bohemia de Cristianía. El primero dice: «Escribirás tu propia vida». Munch ingresa en el círculo de Jaeger y se hacen amigos, pero su participación es periférica; permanece más bien como espectador. Lo que marca decisivamente a Munch es la idea de Jaeger de *escribir la propia vida*. Señalado por este precepto, a los 25 años empieza un nuevo diario, al que llama «diario del alma», y concibe la idea de que su pintura se pueda «leer» como su biografía, de la cual el primer capítulo es *La niña enferma*. La influencia de Jaeger está en el origen de lo que llamó *El friso de la vida*. Mientras tanto, la situación de Munch con su padre se vuelve insostenible. El doctor Munch, que veía el arte como un «comercio desgraciado», espantado por los desnudos que pinta su hijo y por su amistad con Jaeger, especie de demonio público, apremiado, además, por la opinión de parientes cercanos que deploran las tropelías del grupo al que su hijo se ha acercado, llega a destruir uno de sus cuadros y a quitarle el modesto apoyo mensual que le da para comprar pinturas y lienzos. Según

Edvard: «Mi padre era de temperamento nervioso y obsesivamente religioso —hasta el punto de la psiconeurosis. De él heredé la semilla de la locura».

Sin ningún tipo de apoyo, pintando muchas veces por el valor del lienzo o por la cena, Munch participa de un campamento que los bohemios arman en una aldea muy cerca de Oslo, colonia que escandaliza por sus costumbres. Allí, Frits Thaulow transmite las novedades del impresionismo francés; pintan al aire libre. Munch se pliega otra vez de manera lateral. Ya ese pintor de algo más de veinte años, pienso, estaba mandado por otras aspiraciones o por cierta fatalidad constitutiva que le imponía ir cada vez más lejos, solo. Encuentra al impresionismo superficial y busca en lo profundo de sí un lenguaje de mayor energía expresiva. Escribe que *La niña enferma* es su corte con el impresionismo y su primera «pintura del alma», que surge no de la copia del exterior sino de su propia exploración emocional. Veía al impresionismo como el bello y último tramo de la copia del exterior, que recorría la pintura desde el Renacimiento, una estética que empezaban a dar vuelta las experiencias extremas de Van Gogh y Gauguin. A Munch lo inspirará el lema de Gauguin: «El arte es un trabajo humano y no una imitación de la Naturaleza». Un amigo de Berlín dice que Munch «llevaba su propio Tahití con él». No fue el único en dar el salto, entonces; lo que impresiona es la manera segura y solitaria en que lo dio.

¿Podía crujir tanto una estructura sin romperse? No sin alcohol, en cantidades siderales. En 1894, padece un blanco de cuatro días, sufre un acceso de *delirium tremens*. Se interna en la clínica del doctor Jacobson, en Copenhague. Un año después, deja la clínica por propia decisión. No quiere que lo «curen». Se va, dueño de una debilidad triunfante. «Mi arte ha sido mi confesión», escribió. Y otras palabras que cifran su manera de pintar y el cambio que provocó: «No pinto lo que veo sino lo que vi».

Pasadas las cuatro de la mañana y mientras miraba un punto en la pared, decidí que era absurdo, que era del todo improcedente y hasta perjudicial que yo tratara de enterarme de quién era o había sido Edvard Munch sin haber visto sus cuadros, sin haber pisado la *Nasjonalgalleriet* ni el Museo Munch, donde estaba esa foto de su juventud, que quería ver de cerca, y donde también estaba su foto con Mathilde «Tulla» Larsen. Cierro el libro. Las imágenes vuelan en mi cabeza: el joven pintor, el sexo, la hipocresía social, el agobio de la religión, la frívola Millie, la temible y temperamental Tulla... Comprendía todo, todo se armaba en una ansiosa impaciencia que me levanta del sillón y me manda una vez más a la noche de Oslo. El zumbido se hace agudo. Apoyo la frente en la ventana y descanso, mi aliento crea una pequeña nube en el vidrio. Intuiciones, visiones múltiples, relámpagos de comprensión, pesimismo y cierta gloria de la vida me recorren en impulsos tan veloces como informulables. Me retiro de la ventana y advierto mi cansancio.

Lo mejor en esta hora incierta es un baño de inmersión. Voy a inspeccionar los frasquitos de colores, las esponjas y las pastillas de jabón que hay sobre el mármol, bajo el espejo. Tapo la bañera y abro las canillas, pruebo el agua perfecta y empiezo a desvestirme. Traigo el pijama. Dejo caer dentro del chorro de agua medio frasquito de jabón líquido rosa pálido. En el silencio blanco del baño se infla una espuma extraordinaria. Al fin y al cabo, una existencia atravesada por la vida y la muerte, como todas. Acercó las impecables pantuflas de toalla y me sumerjo lentamente en el agua suave y perfumada; apoyo la nuca en el borde y cierro los ojos. El joven pintor. ¿Qué hacía yo a su edad?, ¿qué había hecho yo por mis propios medios a los 22? Nada. Abro los ojos. Corro el riesgo de dormirme en la bañera. Al fin salgo envuelta en la enorme toalla, me animo y miro la hora: las cinco y diez de la madrugada.

—¡Con esta lluvia no se puede hacer nada! Por lo menos quiero ver los tejidos. ¡No me diga que queda lejos! —La voz aguda contenía una nota de histeria.

Miré al costado, sorprendida. Son las dos de la tarde y estoy sentada en un box, a espaldas de una pareja ubicada en la barra, en las banquetas altas. Sacaba las cosas del bolso para empezar la recarga de mi lapicera y meditaba acerca de cómo el escándalo acompañaba a Munch a todas partes; y cómo ese tramado de violencia, desgracia y pobreza, que sostenía a ultranza su soberbia originalidad, cien años después en parte se había aseptizado en las ventas turísticas y en las reproducciones masivas, pensaba en todo eso cuando la voz aguda entró como flecha en mi cabeza volviéndome a la realidad del *pub*.

—No, no queda lejos. Pero si me permite, yo le decía que lo mejor es...

La chica no esperó a que el barman terminara de hablar.

—Quiero ir a ver los pulóveres, que acá son increíbles... pura lana, con guardas. Mire, esto, ¿ve?

El barman se inclina sobre la guía de Oslo que ella sostiene delante de su cara y asiente con la cabeza.

—Sí, los tejidos son típicos de acá, pero ya que quieren ver algo...

—Te dije que acá iba a llover todo el tiempo —sin escuchar lo que le indicaba el barman, la chica de pelo platino se dio vuelta y se dirigió al hombre maduro, ¿padre?, ¿marido?, sentado a su lado y acodado en la barra—. Venir casi en noviembre a Noruega es como... —sacudió la cabeza, no encontraba lo que quería decir, pero sin duda no era agradable. Volvió a la guía de Oslo.

El hombre de impermeable gris y cara de cansancio la miró sin decir nada. Parecía estar en ese lugar tan cómodo e indiferente como en cualquier otra parte del mundo. Un hombre calmo y delgado; por debajo de la calma se adivinaba, no sé en qué detalles, pero se adivinaba, una energía nerviosa dispuesta a saltar como un resorte.

No tenía el aspecto necesario para llenar los roles de padre o marido. La chica sacudió el pelo; buscaba pelea y no la encontraba.

Con la lapicera abandonada sobre la mesa, yo no podía dejar de mirarlos; sus perfiles, sus espaldas. La pareja era observada no sólo por mí, sino también por un hombre ubicado en la otra punta de la barra, que yo acababa de descubrir, ya que cuando llegué el *pub* estaba vacío. La chica hacía movimientos nerviosos; con gesto brusco dio vuelta la cara y pasó la mirada sobre mí como si fuera la pared. La melena lacia, color platino, en corte carré debajo de la oreja, con flequillo. El cutis, pálido; los párpados, lánguidos, y la cara, afinada hacia abajo. Las manos delgadas, con las uñas pintadas de rojo vivo. No teníamos más remedio que escuchar y una de dos: o hablaban para nosotros o nos ignoraban por completo. Al principio dudé, pero ahora estaba claro que eran norteamericanos. Ella, mucho menor que él.

—¿Llueve siempre así? —insistió la rubia encarando otra vez al barman como si él tuviera la culpa, al mismo tiempo que señalaba la taza pidiendo un nuevo café doble—. Es un fastidio...

Con la cafetera en la mano, el barman dijo:

—Acá no nos molesta la lluvia, sobre todo en otoño.

—¿No les molesta la lluvia? La lluvia que cae todo el tiempo, ¿no les molesta?!

Los cuatro erguimos la cabeza: el barman, el marido, el hombre en la punta de la barra y yo. El tono había sido tan desproporcionado que sonó como una alarma; una pista para darse cuenta de que le pasaba algo más grave que el estado del tiempo.

Su compañero inició el gesto de sacar la billetera, pero ella le saltó:

—¿Qué vas a hacer...? ¿Y entonces qué...? ¿Otra vez al hotel? Te dije que ahí no vuelvo, que quiero ir a ver esta ropa tejida.

Con el índice golpeaba la página de la guía de Oslo. El barman se había puesto a ordenar unas tazas y les daba la espalda.

—A ver, Hildred —¿Así se llamaba esa chica?, ¿Hildred? Al menos eso o algo así fue lo que entendí desde mi lugar—, por qué no nos calmamos un poco.

La voz no era ni complaciente ni enojada, era neutra. El hombre buscó un cigarrillo y lo encendió. Rápido de reflejos, el barman le alcanzó un cenicero; mejor dicho, estirando el brazo como para no acercarse a la pareja, lo deslizó desde donde él estaba hasta situarlo delante del hombre. Levantó la cabeza y salió rápido hacia atrás, a atender al cliente de la punta de la barra que había levantado en su dirección el vaso de cerveza vacío. Estábamos presos de la escena. Yo no podía dejar de escuchar; el hombre de la barra, sentado a cuatro metros de ellos, tampoco. El barman, menos. El único camarero había desaparecido por la puerta del fondo antes de que esto

empezara.

La chica tenía el taco enganchado en el travesaño de la banqueta y subía y bajaba el pie. Bien vestida; el abrigo había quedado amontonado sobre la banqueta vecina.

—Siempre lo mismo, cuando el programa es mío o me interesa a *mí* pasa algo. Como sea voy a ir a buscar estos sacos tejidos y me voy a comprar todo lo que necesite. ¡Lo que se me dé la gana!

—Hacelo —dijo el hombre sin que se le moviera un pelo.

No era el padre, ni el marido. Era el amante.

—Encima, tuve que viajar sin Bobby —Hildred se lo dijo al barman. Largó una risita—. A él no le gusta que viaje con Bobby... —hizo un gesto exagerado, callejero, con el pulgar señaló al hombre al costado; el barman se concentró en repasar un vaso —, a él no le gustan muchas cosas, salvo una. Por eso me trajo a Noruega, donde llueve todo el tiempo... ¿O no?

Dio vuelta la cara con violencia y clavó los ojos en el perfil del hombre, que no hizo nada.

Parecía una representación; una de esas parejas que necesitan público para pelearse, como si estuvieran ante un tribunal que, al final, va a dar el veredicto y anunciar quién tiene razón. Me resultaban insufribles a la vez que hipnóticos. Las dos de la tarde. El mejor *pub* que pude encontrar, el que más me gustó, con sus boxes de madera, sus lámparas con pantallas, su barra, oscura y brillante. Precisamente en ese momento, el hombre de la barra y yo tropezamos en el aire con nuestras miradas. Me había perdido una réplica de Hildred, sin duda, porque me llamó a mirarlos un gesto abrupto, algo que detecté con el costado del ojo, como un aleteo rápido en el aire. El hombre sin mover un músculo de la cara la había tomado del brazo y, según se notaba, se lo apretaba sin contemplaciones.

—Agarrá tu abrigo que nos vamos —ya mostraba un billete en la mano. La chica tenía la boca ligeramente entreabierta, sorprendida o expectante, creo que su intención era probar si daba para seguir un poco más. Desprendió el brazo de un tirón. De repente tiró la cabeza hacia atrás y se rió fuerte. Veíamos teatro puro.

—Al hotel no me llevás. No me gusta acostarme con vos. —En realidad dijo «coger» y lo remató con un: «grandpa».

La palabra «abuelo» quedó colgada en el aire inmóvil. Fue tan rápido que pensé que yo lo había inventado: el pelo platino voló, el cachetazo fue corto, seco y duro, y todo volvió a la normalidad, como si no hubiera sucedido. El hombre tiró el billete sobre la barra. Hildred tomó el abrigo, se deslizó de la banqueta y se lo puso. Bajó la cabeza, parecía que iba a llorar, pero no: cuando levantó la cara, mostraba una sonrisita zorruna y una marca rojo vivo en el cachete izquierdo. El barman miraba la calle por

sobre sus cabezas. Salieron. Hildred al frente, la mano de él como una tenaza en su brazo, mandándola para adelante. El bar pareció desinflarse, extrañamente vacío, como esperando que bajara el telón.

He estado pendiente de la pareja y ahora, como un anticlímax, como si me hubieran tirado un vaso de agua fría en la cara, que me deja estremecida a un costado del carril, percibo la irreal nitidez de lo que me rodea. Me siento vapuleada por la escena. ¿Quiénes eran esas personas? Me acomodo en el box y hago señas al camarero. Recuperar el humor, el sarcasmo, me recomiendo; pero Hildred y su amante no tienen ribetes festivos. Son gente que aplastaría a un perro callejero con el auto porque sí, por diversión.

Prosigo. En cuanto termine mi jugo de tomate y mi café doble, y cargue mi lapicera, saldré rumbo a la *Nasjonalgalleriet*. Dispongo los elementos necesarios para llevar a cabo mi propósito, algo que empecé a hacer cuando irrumpieron Hildred y su amante o lo que fuera. Me deshago de ese nubarrón, lo alejo. Ha sido uno de esos «imprevistos» que decido anotar por la singularidad de la escena forzando una realidad de apariencia tan mesurada. Abro el diario noruego, que sirvió como paraguas y ahora como mantel sobre la mesa de madera. Acto seguido, saco del bolso el frasco de tinta Parker, lo abro y lo deposito sobre el diario. Tomo mi lapicera de tan elegante plateado opaco, desenrosco el capuchón y sumerjo la pluma en la tinta, como quien va al abrevadero; hago girar suavemente el tubito transparente por el que veo subir la marca azul hasta el tope. Retiro la pluma; con movimientos suaves deslizo el dorso de la pluma sobre el papel del diario y limpio el exceso de tinta. Apenas me he manchado los dedos. Es una operación que implica alguna mancha en los dedos, es inevitable. Pruebo la pluma en el borde del diario: se desliza perfectamente. Abro mi libreta de viaje y me dispongo a anotar. Al levantar la cabeza, descubro un testigo de mi maniobra: el hombre sentado en la punta de la barra levanta el jarro de cerveza hacia mí y sonrío. Me había olvidado de su existencia. Le sonrío y vuelvo rápidamente a mi libreta, no vaya a confundirse. Aunque, en realidad, sé qué significa el gesto. Quiere decir: «¿Qué me dice de lo que acabamos de ver?». Sin contar conmigo, pienso. La pareja rara y ahora yo, una mujer en el box, de pinta común y corriente, cargando una lapicera; algo sin duda anacrónico. El hombre tuvo un mediodía de excesos. Es un hombre rudo, de alrededor de cincuenta, de cara tostada cruzada de arrugas, que asocio a una plataforma petrolera en el áspero Mar del Norte. Campera de duvet negra, pelo muy corto castaño claro, *jeans* gastados. Solitario que mata los días que le tocan en tierra tomando cerveza en el *pub*. Pero el desconocido cobra dimensión. Hemos sido nuestros involuntarios y mutuos testigos; vamos a quedar uno en la memoria del otro hasta tanto dure en cada uno esta escena absurda, unidos al barman, a Hildred y a su acompañante. La realidad puede ser rara. Sin testigos, hay soledad. O a la inversa: la soledad es no tener testigos. Testigos de

diferentes estatus, aquellos de los que no podemos prescindir porque su presencia hace que nuestro existir tenga sentido; testigos circunstanciales, que conservan imágenes nuestras impensadas, que nunca vamos a recuperar. Uno visto por los otros, que guardan partes de nosotros que no conocemos.

Hoy volvió a darse una media hora de sol y enseguida el día se encapotó de gris; de a ratos arrecia la llovizna como polvo de agua. En eso tiene razón Hildred. Creo que acuñé una frase que me va a acompañar cada vez que el tiempo fastidie de malo: «Tiene razón Hildred». Después de una noche casi en vela, desayuné en mi cuarto. Decidí saltar la chica japonesa y pedí al *room service* otro sándwich, que es lo mejor que he comido en Noruega desde mi llegada. Sigo mi rumbo prescindiendo del reloj, sólo lo llevo por razones sentimentales. El solitario de la campera negra acaba de abandonar el *pub*. Yo pido la cuenta. Antes de que me la traigan, vuelve en una ráfaga el zumbido de la turbina del avión. Decido ignorarlo. Pago y salgo en busca de Edvard Munch. A mi mente vuelven, atropellándose, las imágenes de lo que leí durante la noche. Su vida. Sus cuadros.

En la calle vuelvo a experimentar la sacudida del extrañamiento. Es un estado físico puro, el cuerpo arrojado al aprendizaje rápido del afuera, lo que provoca la agudeza extrema de los sentidos, la intensidad de la percepción. Aunque creí que sí, no me he recuperado de las horas de vuelo que se resumen en un temblor sin manifestación exterior mientras me deslizo por una ciudad silenciosa, suspendida en la llovizna del otoño. Fiordos y bosques, interminablemente. El zumbido del avión envuelve a Oslo en un círculo de leve aturdimiento que la embellece. Una ciudad en la que recibo los estímulos exteriores como si estuviera bajo el agua; bocas que dicen, pero en silencio, y lugares que se abren, pero en silencio, y una calle que da, finalmente, a las pinturas de Edvard Munch.

Imponente edificio de ladrillo a la vista del siglo XIX, con nervaduras de piedra gris: dos pisos, enorme puerta doble de madera. Hermosa y grave como un monasterio, la *Nasjonalgalleriet* ocupa toda una cuadra, con angostos jardines por delante hasta el límite de la vereda. El acceso es curioso: dos escaleras anchas que suben de perfil al edificio forman un cuerpo que sobresale hacia adelante, adosado a la fachada: un tramo sube desde la derecha, otro, desde la izquierda, hasta que se aplanan en un gran umbral del que se levanta la puerta de entrada. Puse el pie en el primer escalón.

La velocidad del tiempo había disminuido; la realidad se desliza ahora con cierta indolencia hasta terminar en los pasos que me llevan a una mesa desde la que el guardián me mira acercarme. Pasos casi furtivos, con los que crucé el *hall* central hasta el hombre sentado detrás del cartelito: Informes. Ojos azules, tez rosada, bigotes canos; adormilado en este silencio de mediodía de llovizna. Sobre la mesa, una bolsa de papel marrón que el hombre iba a inspeccionar. Corre hacia un lado la

bolsa y me mira de lleno, mira la cara de la mujer de anteojos oscuros a pesar del mal tiempo que le ha preguntado por la sala de Edvard Munch. «Las salas», corrige, extiende el brazo y señala a su derecha. Entro en un corredor ancho; al fondo, la luz de una ventana alta hace brillar el piso como en un hospital. No hay nadie. Apenas me detengo frente a cuadros repetidos en todos los museos del mundo: bodegones, interiores oscuros, paisajes, retratos. Entro y salgo de salas, a la deriva por etapas, épocas y estéticas que se me echan a los ojos y se alejan sin dejar rastro. Hasta que el tiempo, como un latido, se detuvo del todo cuando traspasé la puerta doble.

Estoy sola. Al principio no experimento nada. Sólo mirar, mientras doy una vuelta a la sala y paso de un cuadro a otro, sin darme cuenta de que lo hago, reconociendo al vuelo los que había visto en las reproducciones, llevada por una fuerza que me impulsa de una pintura a la siguiente, describiendo un círculo, de espaldas a la banqueta redonda del centro, pero al término de esa vuelta el cuerpo solo me empuja a otra y es en ese segundo pasar que sucede como una explosión, como si en un cuarto acolchado se abriera bruscamente la puerta a un ruido ensordecedor: algo eléctrico como aire magnetizado circula entre las pinturas y yo en la soledad de la sala vacía. No soy, no puedo ser consciente de lo que estoy viendo y mirando, pero allí estaba todo, ese sentimiento de estupor que me detiene frente a *Noche en St. Cloud*. La revelación es incalculable: es nada, apenas un cuadro muy chico, oscuro, con una silueta (Edvard cuando conoció la muerte de su padre o su padre mismo) inclinada a la contemplación de un destello de luces rielando afuera, en el dorso del agua, como una esperanza demasiado lejana para el hombre que mira en la luz espectral de la ventana, crucificada por la sombra; el deseo apagado de tocar aquel calor de vida que pasa inalcanzable, y por detrás de la tela o consustancial a ella aquello imposible de sofocar, la soledad, como un copo que cae en una inmensidad helada. Su profundidad me arrastra de cabeza a ese cuarto sobre el Sena. Me atraviesa el impulso instintivo de querer descolgar el cuadro y llevármelo. Puedo liberarme de esa atracción sólo para caer en otra y luego en otra, en el impresionante retrato de Hans Jaeger, lo reconozco hasta el fondo de los ojos, en *La niña enferma*, *Madonna*, *Pubertad*, *Primavera*. La luz de la luna, Åsgårdstrand, el bosque junto a la playa, la obsesión de los cuartos de enfermos y las camas mortuorias. *La serie de la muerte* me deja sin aliento. Y el amor. Ansiedad destructiva y triunfante del amor, de los celos; el sexo, la plenitud del encuentro y del desencuentro. Recibo en todo el cuerpo cada una de las metamorfosis de esa existencia que en la madrugada del hotel me había enviado sus señales; cada uno de los daños y de las sorprendentes transmutaciones. *He decidido convertirme en pintor*. Me detengo ante *El grito*. Lo que miro está por encima de mí, por encima de las explicaciones de los catálogos, de las especulaciones críticas. La angustia de un mundo que cambia frenéticamente y muestra sus grietas de oscuridad y demencia. Mis pies se mueven solos, mi cuerpo sigue la ronda guiado por su propio impulso. El paso implacable del tiempo ahincado en la carne débil, hecho

trazo y luz y sombra en una tela. En todas las telas, taladrándolas, el tiempo corruptor; en todas las mujeres de las telas. Es tan natural como inevitable: lo único que posee el pintor es la materia humana, doliente hasta el hueso y perecedera, que él parece mezclar, destilar con una alquimia propia hasta el punto exacto en que se vuelve universal, y me toca a mí, ahora. La única felicidad posible, la leyenda de Buda, la ignorancia de las desgracias humanas, de la vejez, la enfermedad y la muerte, que es lo mismo que decir: la infancia. La leyenda de Buda como el destino de nostalgia de cualquiera, lo sepa o no: escapar de la cárcel del tiempo. Veo en las telas la mirada del que ve la finitud en todas las cosas, la mirada del que miró para adentro, un hombre a quien el hecho de intuir que alguien frente a sus cuadros se conmovería en un futuro tan remoto como hoy, no consolaba. Sólo hizo lo que no pudo dejar de hacer: pintar. Dar el salto, inventar su propia forma, anticipar una respuesta. La tristeza no estaba en *La serie de la muerte* porque la muerte, como la vida, es algo que sucede: la tristeza estaba en lo de todos los días, en la futilidad de los hechos, en la lluvia que cae, en la indiferencia de los otros, en el amor que sentimos, en el viento que pasa. Entrar en las salas es igual a un lento sumergirse en una zona in formulable, cada vez más hondo, en sucesivas contemplaciones de diferente intensidad, ¿cómo explicarlo?, ¿cómo explicártelo?, pienso mientras avanzo hacia el gran cuadro. El mundo Munch, un orbe completo que enviaba señales y poseía atracción gravitatoria, está esperándome en *La danza de la vida*, sobre la que, me doy cuenta ahora, abrumada por su dimensión real, había acumulados tantos recuerdos apócrifos, pero en la que reconozco de inmediato su poder; su tamaño que complica al que mira, lo incluye; el dominio que emana desde el centro de ese baile de pueblo junto al fiordo, me clava ante él e impide que me mueva. La belleza resuelta de una noche de verano en Åsgårdstrand, donde el tiempo late más fuerte que nunca, señala la finitud en el centro de la celebración de la vida, como si la tela, en alguna zona evasiva, tras los giros del baile, mostrara al desprevenido una rosa macabra. En el primer plano el juego del amor y la venganza, la mujer de blanco, la mujer de rojo, la mujer de negro; Millie y Tulla, las edades de la inocencia a la madurez, y de allí a la negra decrepitud. La engañosa belleza de lo que veo deja transparentar el tema de la muerte y la doncella. Desecho lo que sé del cuadro, una pátina que lo opaca, porque en la soledad de la sala el cuadro se me impone por sí mismo y exige ser visto desde esa imposición que resiste todo análisis. Tan imperioso es su llamado que me absorbe y desdobra en espectadora y bailarina de ese baile de verano, presidido por el reflejo fálico de la luna en el agua, las parejas que danzan en una sucesión de planos de atrás hacia adelante, hasta alcanzar la inmediatez primera, el borde entre su espacio y el mío donde las figuras principales arman su poderoso imán de plenitud y sexo en el hombre y la mujer de rojo, en el centro, amor y muerte, tiempo y derrota. La danza de la vida es un baile sonámbulo. Algo maléfico extravía a las parejas y se cristaliza en la expresión ávida de un hombre sobre el hombro de la mujer a la que dobla sobre su cuerpo. Mi fantasma, mi espíritu, mi aura, todo lo que

en mí no es materia fluye incontenible hacia la tela, recoge su sentido, envuelve a las tres mujeres, la de blanco, la de rojo, la de negro, y vuelve como un soplo candente hasta mí.

Como el que mete el puño en una herida, como el que se ahoga, como el que no tiene miedo a seguir adelante a pesar de todo, hasta el final, así había tocado Munch el tiempo. Por la herida de su pintura fluía el dolor del mundo, provocándome un deslumbramiento sombrío. Permanezco en la sala ajena a todo, reducida a la mirada que recoge las señales de un modo clarividente, hasta la última pincelada, hasta la última raya o marca donde el tiempo y la muerte se besan con furia. Qué lejos había llegado ese hombre, qué determinación para avanzar en la dirección que le marcó su tiempo, que es el mío, el nuestro. Fluye de él una tristeza desolada, como el que quita de un lado y otro de la vida la zarza seca de la desolación, los montones de hojas muertas. El precio inevitable de momentos de dicha, del brillo del sol sobre el agua, de los sombreros de paja amarilla de las niñas cruzando un puente de madera. Miles habían pasado frente a esas figuras espectrales o bellas bajo las ondas de cielos alucinantes y miles pasarían, y tal vez todos, en secreto, experimentarán en mayor o menor grado lo mismo que yo, pero esto no invalidaba la certidumbre, por completo injustificada, de que él me revelaba sólo a mí esas dimensiones. Munch, como la flecha zen, había dado en el centro.

Un golpear de palmas, sonoras, huecas, rebota en paredes y claraboyas. Las puertas se cierran, las luces se apagan. Salimos. En las salas y corredores oscuros sobrevive el titilar vigilante de las alarmas. Las telas penden en la oscuridad, como ojos abiertos a la nada. Afuera, el tiempo vuelve a andar. Definitivamente distinto.

Desperté pasado el mediodía en mi cuarto floreado. Me cepillé los dientes, me vestí. Anduve con maneras de sonámbula. Café en el segundo piso; el fiordo de mar azul, picado. Dos de la tarde. En conserjería pido un auto; un auto que me lleve a recorrer sin rumbo las calles de Oslo. Ahora, en mi asiento junto a la ventanilla, voy deslizándome como en un desvarío. Desde ayer mi vida se pliega a las líneas curvas de la pintura de Munch. Capas profundas fueron vueltas del revés en la llovizna fría, y Oslo se desliza a los costados del auto con el prestigio opaco de la ciudad donde me fue dado ver la cara del tiempo. Una dimensión inescrutable, sin embargo, persiste. Miro pasar los edificios modernos y antiguos y, en el fondo de todas las bocacalles, el fiordo, hoy encrespado, oscuro. Lo espero, lo encuentro. Como el que navega y ve en la costa una casa de gran serenidad y nitidez, así veo mi casa y a A., a quien necesitaría contarle lo que pudiera contarse de esto; rechazo con todas mis fuerzas la idea del teléfono; con sus noticias perentorias, su destiempo, reduce a datos ridículos cualquier intento de relato. Lo desfigura, es su propia negación. Vuelvo a mí misma con un golpe desasosegado y duro. La experiencia de ayer permanece hoy: un temblor indescriptible; la suprema rareza de estar por un segundo al costado de la

vida, por un segundo solamente verla pasar, como un río, una corriente que contiene mi vida, la de A. y las de mis seres queridos y las de todos los que en el mundo son mi generación y nacieron y vivieron las mismas etapas que yo para dejar paso a los bobmarlyanos, a quienes les pertenece el ahora, los que poseen la plenitud del hoy. La conciencia aguda de ese tiempo desplegado era lo que trazaba la trayectoria fulgurante de Munch, y yo había extendido la mano y lo había tocado, quemándome como con el roce de un cuerpo estelar solitario, que sigue su órbita. Respiro hondo; *vade retro*, Edvard Munch, retrocede.

En un acto de magia que me ponga otra vez en posesión de algo de realidad, busco la última página de la libreta donde anoté la dirección de Corina y se la muestro al chofer mientras trato de pronunciar el nombre impronunciable de la calle. El hombre entiende y dobla en la próxima esquina. Lo de la calle de Corina es nada más que un gesto; pretendo evadirme sumiéndome en la belleza otoñal de la ciudad, *su* ciudad, que de algún modo ya me pertenece y se desliza, mansa, tras la ventanilla. Necesito decantar lo que vi. Reconstruyo de a pedazos el día de ayer, su turbulencia, sus múltiples meandros, sus inesperados vuelcos. Fui de la *Nasjonalgalleriet* al Museo Munch, apenas con tiempo; no sé cómo, conseguí el taxi. Cuadros, fotos, cartas, sus diarios personales; como una posesa compré libros, compulsivamente, en el filo del cierre. Toda su vida, ahí, condensada, por no hablar de su muerte: solo, así es como lo había decidido, en su cuarto espartano de Ekely. Preparó su última visión: un desnudo de mujer que colgó en la pared a los pies de la cama, y con *Demonios* sobre la mesa. Quedo absorta en esta muerte solitaria por propia decisión. Levanto la vista y la calle que se desliza afuera, su vivacidad de paraguas y colores, hace trizas la visión del cuarto de Ekely. Y yo en su ciudad, en esta avenida por la que voy ahora y por la que él fue y vino, en esta calle que era como su casa. Yo en su pintura, sumergiéndome como el que se arroja en un impulso irresistible a la turbulencia de una caída de agua, como un pez alocado y liviano, pero con el corazón palpitante. Su calle, su fiordo; un privilegio que me reservaba el azar. Un solo cuadro de Munch trastorna tanta perfección noruega, pone equilibrio en tanto orden, silencio y pietismo; eso es, justamente, *El grito*.

—Es acá —me dice el chofer y señala un edificio.

Le pido por favor que se detenga. Bajo. Miro una casa moderna, de dos plantas, de pocos departamentos, que ya conozco por foto; las ventanas del primer piso, cerradas y mudas. Me quedo esperando que la calle y la casa me digan algo. No me dicen nada porque no albergan nada: nunca vi vivir a Corina en este lugar, jamás estuvimos juntas en esta vereda; su imagen en el portal sería tan anacrónica como lo sería en una calle de Filipinas. Trato de imaginarme a Corina en Santorini o en Mykonos, con Max, y puedo hacerlo perfectamente. Una imagen llena de sol.

Subo al coche y retomamos la Karl Johan, eje de la identidad de Oslo, su parte

antigua. Le pido al chofer que me lleve a alguna parte de la costanera, la que él elija; acá todo es calle sobre la costa. Oslo, la ciudad-fiordo. Quiero ver el agua de cerca. Como una gracia que me hace el tiempo, no llovizna y puedo bajar; el aire corta el aliento. El frío me obliga a moverme, a caminar. Me ajusto el abrigo sobre el pecho. A unos cien metros, una dársena se ve erizada de mástiles. Los colores vivos, brillantes, en barcos, carteles, paredes, para contrarrestar el horizonte siempre gris. Todo es nuevo e hipermoderno en esta parte de la ciudad y no puedo imaginar cómo sería cuando el propio Edvard se asomaba a estas aguas.

Me acerco al parapeto para ver de cerca lo único que no ha cambiado desde entonces, este fragmento de mar oscuro que se adivina muy hondo, a pique desde las montañas. Con la mirada hundida en el agua, imaginándola rodeada por los viejos edificios del siglo XIX y antes, por la *Nasjonalgalleriet*, el Palacio Real, las casas y las calles antiguas, entendí el *desorden* que provocó la pintura de Munch en su tiempo. Porque si algo se puede notar sin saber nada de pintura es la irreductible originalidad de Munch, que no se apoyó en ningún molde anterior. Y esto los otros lo vivieron como una insoportable insolencia. Su pintura produjo el efecto que causa lo inesperado, la aparición de algo inexplicable. La ruptura fue drástica y sin consideraciones. Algunos extranjeros encontraron en lo brusco de su composición una muestra de su naturaleza escandinava, «bárbara»; y también un intento de dar forma a lo irracional, a la representación de personajes en un estado de los bordes de la conciencia.

Alrededor se extiende su ciudad cavada por el mar. Oslo: «el prado de la colina» o «el prado de los dioses». En algún tiempo inimaginable los dioses anduvieron por acá y antes que ellos, en nuestras raíces más hondas, Cronos, el Tiempo, gobernaba el mundo recién salido del dominio de Caos. Se me hace urgente ver otra vez los cuadros; tomo conciencia de que es mi última oportunidad. A pesar de ser poco más que mediodía, la luz es mortecina, como un adelanto de la inminencia del invierno. Entro al auto, aterida, pero disponible para mi última tarde en Oslo, antes de Bergen.

—Vamos a la *Nasjonalgalleriet* —le pido al chofer.

«Brandt estaba frustrado. Si tan sólo pudiera vender el cuadro grande a la galería. Por años había malgastado su energía en las calles y en los cafés, había sido incapaz de trabajar apropiadamente, incapaz de pintar como realmente quería.

»El gran friso —*El friso de la vida*— que había empezado años atrás y que iba a representar el círculo de la vida: el despertar del amor, la danza de la vida, el amor en su cima, el marchitarse del amor y finalmente su muerte. Despilfarró sus fuerzas tratando de conseguir dinero para comprar comida y pinturas.

»En el transcurso del día, Brandt se había encontrado con sus amigos: primero uno, después otro. Tomó un vaso con cada uno de ellos. Para las doce estaba borracho y sentado todavía con otro vaso de whisky hasta que el bar cerró, entonces se fue a su

casa y se tiró en su colchón.

»Al poco rato fue despertado por Hauge parado en la puerta, parecía completamente chiflado.

»“Lamento molestarte, pero acá estoy. Traje algunos amigos”. Hauge y sus amigos tenían que cruzar por mi cuarto para llegar al estudio.

»“Adelante”, contesté, y Hauge guió una fila de gente por el costado de mi colchón, probablemente unos treinta.

»Dejé mi cama y me pasé del lado de Hauge.

»“Tal vez deba explicar”, empezó. “La Sociedad de Carteros estaba dando una fiesta y los invité acá”.

»Vaso en mano, Hauge se zambulló en un largo discurso y yo volví a la cama, borracho a morir y cansado. No me desperté hasta que estaba por amanecer, para ese momento el aire del cuarto era repugnante.

»Me levanté y charlé con Miss L. sobre el amor libre.

»“¿Por qué dos adultos no podrían hacer el amor?”, dije.

»“Sí, por qué no”, replicó ella.

»Incluso pienso que en ese momento debo haberla besado, pero ella permaneció rígida y silenciosa de modo que me retiré de vuelta a mi colchón y me senté sobre él.

»Ella me siguió hasta el colchón y me miró a los ojos. Tenía unos ojos chicos, marrones, pequeños y brillantes como abalorios.

»“Ahora voy a hacer algo bastante raro”, dijo, y me acarició la frente con sus manos.

»“Qué estás haciendo”, pregunté. “¿Me estás hipnotizando?”.

»Poco después estaba parada en la puerta del estudio. Cara larga y delgada y ojos marrones como cuentas rodeados de un halo de pelo dorado. Una extraña sonrisa flotaba en sus labios finos y fatigados. Era la cabeza de otra Madonna.

»Me sacudió un extraño, inexplicable, estremecimiento de miedo.

»Entonces ella desapareció, y yo levanté los pinceles y empecé a pintar *La danza de la vida*.

»Cuando me fui a la cama esa noche soñé que besaba un cadáver, y salté, aterrorizado. Había besado los pálidos, sonrientes labios del cadáver y eran los labios de Miss L.».

En este fragmento de su *Diario* (que traduzco del inglés y copio), él es Brandt y Mathilde «Tulla» Larsen es Miss L. Ella volvió al estudio después de esa noche a posar para él, pero encontraba al cuadro aburrido.

Sigue Munch otro día, pero ahora en primera persona:

«Me quedé parado en el *hall* y, mientras ella bajaba la escalera, le dije: “Señorita, casi la besé”.

»Ella se detuvo.

»“Bueno, entonces intente otra vez mañana”, dijo.

»Al día siguiente la pinté sin hablar. El cuadro empezó a aburrirme y quise terminar con todo. La verdad es que ella me impresionaba muy poco.

»Le escribí ese mismo día: “¡Señorita! Quiero agradecerle por posar para mí. El cuadro está casi terminado. Le escribiré cuando esté cerca de completarlo”. No le escribí más y pronto dejó mis pensamientos por completo».

[...]

«... (Una noche), cuando dejaba mi estudio para dar mi vuelta habitual, en la escalera me encuentro con Miss L. subiendo apurada.

»“Oh, ¡hola!”, dijo casi sin aliento, “vengo a invitarlo a venir con nosotros a Holmenkollen (suburbio en una colina cercana a Oslo), muchos de sus amigos vienen”.

»“Gracias, iré”, le contesté y le dije adiós. No la vi más ni pensé en ella por quince días».

[...]

«Había un grupo grande reunido en el comedor de Holmenkollen. Quedé sentado junto a Miss L., con una joven señora al otro lado. No me gustó el modo en que Miss L. tomó el lugar junto a mí sin preguntar. Había varios amigos allí —algunos míos y otros de ella.

»La impresión que me causó no fue mejor que la de antes. Sus brazos eran demasiado largos y hacía movimientos bruscos. Prefería a la damita a mi otro lado. Comimos y bebimos. Mi espíritu se elevó.

»“Venga. Salgamos a la terraza”, dijo Miss L. “Por favor, venga usted también, Señora H.”.

»Habían corrido rumores de algo más allá de una amistad normal entre las dos damas. Era ampliamente conocido que Miss L. le daba un masaje diario a la Señora H.

»Afuera, en el aire frío, bajo el cielo estrellado, Miss L. le pidió a la Señora H. que bailara para nosotros. La frágil y pequeña Señora H. bailó.

»“Por Dios, si no baila tan bien el cancán como las chicas de Bulliers”, dijo Miss L.

»Yo estaba sorprendido, ella era hermosa y graciosa. El champagne había hecho levantarse a Brandt, y traían más vino.

»“¿Podemos ir arriba?”, preguntó Miss L.

»Estábamos en el cuarto vestidor de señoras.

»“¿No es la Señora H. adorable?”, dijo Miss L. “No podrías creer lo preciosa que es su ropa interior. ¿Te gustaría ver?”. “Vamos, sácate la parte de arriba de tu vestido”, dijo Miss L. desabotonando a la voluptuosa dama.

»Sus brazos desnudos aparecieron y sus senos dorados estaban allí, escondidos en los pliegues de la camisa de seda. Permanecí ahí, de pie, con la Señora H., en las escaleras oscuras. Nos miramos a los ojos. Sus ojos grandes, de un brillo profundo se acercaron más a mi cara. Nuestros labios se encontraron en un largo, largo beso; caímos en el infinito.

»“Tú, tú”, dijimos, mirándonos uno en los ojos del otro.

»Habían estado esperándonos en el *hall*. Los invitados nos echaron una ojeada, pero nosotros resplandecíamos y alentábamos en nuestro propio mundo en uno de los cuartos de al lado. Miss L. vino y se sentó junto a mí. Yo estaba borracho y besaba a la Señora H. otra vez. Miré hacia arriba y me encontré con los ojos como cuentas de Miss L. Apreté mis manos alrededor de su cintura y puse mis labios sobre los de ella. Sentí sus finos y húmedos labios sobre los míos...».

Munch recuerda aquella pesadilla, de modo que esa misma noche, cuando Miss L. le sugiere tomar un cuarto en el Grand Hotel, Munch, que además tiene en mente a la señora H., invita a Hauge a que los acompañe para no quedarse a solas con ella. Conversan hasta tarde los tres. Cuando Tulla y él se despiden, lo hacen muy formalmente. Pero Tulla no era una mujer de conformarse, y poco después gana la partida. Escribe Munch más adelante:

«Yacimos toda la noche uno en brazos del otro; nos pertenecemos uno al otro durante toda la noche. Cada uno evitaba la mirada del otro. Dos extraños.

»No vi a Hauge más tarde. A la noche lo escuché subiendo la escalera con diferentes mujeres. Mi ataque de nervios había vuelto con una venganza. Tuve que beber grandes cantidades para mantenerme en pie.

»Un día me agarré un resfrío... Koren era el doctor que atendía a los Bohemios, no cobraba por sus servicios. Era un hombre alto, de nariz roja, algo religioso —que se oponía al consumo de bebidas alcohólicas.

»“Tienes que tomar remedios para bajar la fiebre y dormir mucho. Tienes fiebre muy alta. Tienes neumonía”, me dijo.

»... De repente me estoy levantando. Alguien está golpeando a la puerta. Entra una sonriente Miss L. Su cabello flota suelto. Se arrodilla al lado de mi cama, fluye el champagne, me llama su príncipe, dice que estoy tan buen mozo en mi fiebre. Gira alrededor bailando *El lago de los cisnes*.

»Todo desaparece. Tuve uno de mis ataques. No podía pensar, no podía recuperarme».

Posiblemente Munch sea injusto con Tulla, aunque no tanto a la vista de lo que pasó después. Durante el ataque que menciona, ella se va; en ese episodio estuvo grave, internado. Ella reaparece cuando todo pasó. Sus amigos coinciden: Munch ejercía

gran poder sobre las mujeres, pero cuando alguna intentaba entrometerse demasiado en su vida, él desaparecía. Tulla Larsen es de las que se acercan demasiado: es una chica de veintinueve años, independiente y rica. Tiene departamento propio en el que vive sola, lo que para la época es una rareza. Le gustan los riesgos y es asidua a las reuniones del grupo de los llamados Bohemios de Cristianía, de tan mala fama. En los años siguientes, sigue a Munch por toda Europa, lo acosa, lo engaña de la peor manera: para despertar su compasión le dice que está enferma, tal vez tuberculosa. Esto no es un tema intrascendente en la vida de Munch, y ella lo sabe. Quiere casarse, tener un hijo con él, pero él nunca consiente. El matrimonio no era para hombres como él, le dijo. Del respetuoso y amable trato a las mujeres aprendido en la casa al cinismo crudo, sobre todo en cuestiones de sexo. A Munch le toca conocer una generación de mujeres que se arrojaron del sometimiento opresivo a la libertad extrema, mujeres que elegían y cambiaban sus amantes a la par que los hombres. De él las atraía el trato cortés. Lo veo en una foto: un hombre joven, antes de los treinta, delgado, de traje abotonado hasta la barbilla, tan orgulloso como muerto de hambre, en medio de mujeres emancipadas que marcaron para siempre su percepción de «lo femenino». Me asombra el coraje de estas mujeres de entre siglos, como Oda Krohg, con la sombra constante del embarazo y del aborto sobre sus vidas, lanzándose al abismo, ya que no había vuelta atrás.

Hace rato han encendido las luces del café de la *Nasjonagalleriet*, bello y antiguo, con sus arañas, sus manteles blancos y sus mármoles. Copié el fragmento del *Diario* porque contenía las circunstancias reales de cuando pintó *La danza de la vida*. Qué distancia tan compleja separa la anécdota de su ejecución del efecto que causa el cuadro en el espectador. De hecho, según uno de los libros, la mujer del centro es Millie Thaulow y la de los costados, Tulla, mirando esa pareja inaccesible. Me he pasado en esta mesa las últimas tres horas, cerca de las salas a las que volví a entrar. Voy a los saltos de las páginas de los libros que compré ayer. Me sale al cruce este idioma imposible con oes atravesadas por barras y circulitos sobre las letras. Recuerdo a Rilke cuando dice «es una vida que no ha perdido ni olvidado nada». Munch, desde la infancia, no ha perdido ni olvidado nada; la enfermedad, la religión, las rachas de auténtico sol nórdico, de brillo, de admiración profunda por otras artes, de inclinación a la literatura. Tulla, por su parte, no es brillante, pero quiere acercarse al arte y estudia grabado. A Munch le recuerda la crueldad fría de Millie Thaulow y en eso no se equivoca. Pero cuando conoce a Tulla, Munch ya no es más el inocente chico del hogar pietista, es un hombre experimentado y cínico de 34 años, el mismo que le lleva a Jaeger, a la cárcel, el retrato de Millie, *Madonna*, un desnudo, para que cuelgue en su celda y lo acompañe, ya que Jaeger se proclamaba un entusiasta onanista. Atrás ha quedado también el Edvard testigo de los fuegos del poseso Jaeger, peligroso como la lepra. Munch se acerca a Jaeger y luego se aleja; traía dentro de sí otro tipo de fuego y una determinación de hierro. *He decidido convertirme en pintor.*

Y todo acompasado al ritmo del *hada verde*. El terrón de azúcar sobre la cuchara perforada; en la copa, hielo y ajeno, el licor verde esmeralda, el agua filtra sobre el azúcar, la copa se vuelve opalescente. En la época de Saint Cloud y después en Berlín y en Niza y en Oslo, siempre, el *hada verde*, con el supremo poder de suspender la realidad. Sólo que, en caso de fidelidad, el *hada verde* mostraba la cara funesta del manicomio.

Avisan que en media hora cierran. Llamo al mozo y pago; recojo mis libros, mi bolso y salgo. Abajo, en la vereda de edificios color óxido con umbrales de piedra, se ha encendido un farol de dos luces y la calle vacía ha ganado un aire atemporal. Es la calle de la Universidad, oscura e íntima, y a nadie sorprendería ver doblar en la esquina la alta y delgada silueta del pintor. Mañana vuelo a Bergen, me recuerdo de golpe y la idea me produce un vuelco. Es mejor que me olvide de todo porque mañana vuelo a Bergen. ... *I want to confess that I'll always think about this ship like «my own ship» and whenever I think about it I'll have a feeling of attachment and...* Hay algo y lo sé, nada puede evadirlo, algo que subyace a las palabras, algo que quiere ser expresado desde el momento en que vi sus cuadros y no sé cómo, no encuentro el modo, algo que permanece como un núcleo indescifrable por debajo de lo que escribo, por debajo de todas estas palabras amontonadas.

Camino hasta la iluminada Karl Johan que me recibe con su reconocida hospitalidad. En el camino al hotel: sus cafés, sus coches relumbrantes, sus banderas en el aire húmedo de la noche.

Bergen

MIRO por la ventanilla del tren rutilante. Otra vez campo gris, sin vacas, sin nada. No hay vacas en Noruega, sólo algo de niebla opaca extendida sobre el pasto. Parte de mis cosas quedó en el hotel, a la espera de mi vuelta; la otra parte viene conmigo en mi bolso barato. Al mediodía, llamada telefónica a Bergen según lo pactado; cálida cordialidad de la voz masculina: dos de mis anfitriones estarán esperándome en el aeropuerto. La mirada fija al frente sin ver. Trato de reprimir la salida a la superficie del témpano ardiente que mi encuentro con Munch ha liberado; una marejada que vuelve y me golpea; un embate que sube desde el estómago. Munch, un familiar, una pátina de sombra entre yo y el mundo.

Ruido de descompresión; subo en el cubo transparente, salgo y cruzo el aeropuerto, sumergiéndome en una bruma de luz que se vuelca por los grandes vidrios. En la mitad del *hall*, cuando voy llegando a la puerta de embarque, un segundo de paralizante estupor: un dedo gigantesco me señala benévolo, un índice estelar y remoto me apunta y me traspasa con su punzada de aturdimiento: el Azar, así con mayúscula. Es tan evidente que el Azar forma parte íntima del entramado de este viaje, que miro alrededor para verificar lo fortuito del paso de la gente con la que me cruzo: podrían ser estas personas como otras cualquiera de los miles de millones que pueblan el planeta. Miro las caras, casi todas aletargadas, llenas de indiferencia. Seguramente, yo doy la misma impresión. Si al menos hubiera árboles alrededor de este aeropuerto, si al menos hubiera un bosque me sentiría a salvo. Los árboles, los animales, el agua, las piedras dan una perspectiva concreta de la vida, libre de superfluidades y, por alguna razón que no puedo analizar, al margen del Azar; algo a lo cual aferrarse. Aunque no estoy del todo segura, prefiero conservar esa impresión; la naturaleza vive fuera del Azar, excepto en su contacto intermitente con el hombre. No sé si Darwin lo aprobaría, creo que no; no sé nada de ciencia y lo que pienso es pura especulación imaginaria. Somos nosotros, los humanos, los que vamos de acá para allá en el espacio y en el tiempo, los que tejemos el azar junto con fuerzas enigmáticas.

Al poco rato estoy instalada en un avión de línea doméstica. Confort de lujo. Asientos acolchados de cuero color caramelo; tiempo de vuelo: cincuenta y cinco minutos. Bergen, al otro extremo del país, en la costa atlántica. Dimensiones modestas, me digo, en otro acceso de grandilocuencia argentina. Abro la libreta para anotar la recién descubierta (tan potente hace un momento y ahora más difusa y con peligro de desvanecerse en el aire) idea del Azar. Voy a bajar la mayúscula. Montañas, costas recortadas; la línea escarpada del mar y yo en mi asiento. ¿Cómo llegué acá? Imposible armar la secuencia hacia atrás, las líneas convergentes, los saltos bruscos, las continuidades y las rupturas en la cadena de sucesos, decisivos y fortuitos, que

hicieron y hacen que yo ocupe este asiento ahora. Aunque por un momento parezca posible, la temeridad de retroceder en busca de un origen, de un inicio, muestra enseguida su lado quimérico; su futilidad. Hay un punto que nos da la ilusión de un principio para comprobar, al momento, que es engañoso, que ese punto nos empuja a otro punto más atrás, que a su vez no encuentra explicación salvo en otras causas múltiples y concurrentes, siempre hacia atrás, y así hasta la infancia, y así hasta que nacemos, y hasta que nuestros padres se conocieron, nuestros abuelos, España, Italia o los aztecas, el infinito hacia atrás, hasta las cavernas y más.

La azafata, que en este momento pasa sonriente hacia el fondo, también llegó a este pasillo por un inconmensurable laberinto de caminos y atajos. Pero visto desde lo más alto de la escala: si todo es azar, nada es azar. En consecuencia: da igual cualquier cosa. Me apresuro a anotar: no se trata del azar puro o del puro azar; si fuera así, ni el hecho más mínimo sería predecible y la rotación enloquecida de seres y mundos avanzaría como un vertiginoso revoltijo en la corriente turbia del tiempo. Digo azar —el dedo impredecible y juguetón señalándome en el *hall* del aeropuerto — como la coincidencia de un conjunto de hechos producida por causas complejas, ya que las líneas que vienen a encontrarse en ese cruce de la «coincidencia» o de la «casualidad» son múltiples y de origen separado e independiente; no hay relación causal entre ellas, aunque cada una tenga una causa que *actúe como necesaria*. La enfermedad de Corina había sido la causa necesaria para que yo aceptara el pasaje a Oslo, lo inesperado había sido su ausencia, su coincidente viaje a Grecia, motivado por otra serie de hechos necesarios e independientes de mi decisión. Bajo un orden aparente, el conjunto de hechos que me gobernaba estaba regido por esas bifurcaciones que sólo saltan a la cara cuando uno «cae» del otro lado y con un sobresalto reflexiona desde el revés de la trama; cuando repentinamente el dedo del extrañamiento te señala y se formula con turbación: *¿Qué hago acá?* Impresión que no era ajena al cambio brusco de hemisferio y al zumbido de la turbina en mi cabeza, considero mirando por la ventanilla, y también me digo: estoy poseída por la experiencia directa de la pintura de Munch y debería escribir sobre eso y no estas divagaciones acerca del azar. Contesto: el azar está inextricablemente unido a lo que había estado leyendo sobre su vida, volcada en sus cuadros. En esa vida había zonas, pasajes, momentos, entendía ahora, tan evidentemente regidos por el azar como en la mía o en la de cualquier pasajero de este avión, pero más palpables o espectaculares por el hecho de que terminaban manifestándose en una pintura con la que uno podía encontrarse cara a cara. ¿O acaso no era una coincidencia azarosa la de Munch, Gauguin y el café Volpini, en París? ¿O no fue eso lo que pasó entre puntos tan distantes como Pont-Aven, el pueblo bretón de la costa francesa, y Cristianía, en el Norte, y su convergencia en París para la Exposición Universal? De Cristianía sale el joven Munch de 26 años a París para estudiar pintura con una austera beca del gobierno. En el sur, un desgastado y paupérrimo Gauguin, vuelto de la Martinica con

unos cuadros muy singulares, se acomoda como puede cerca de la aldea de Pont-Aven, a pocos kilómetros de la costa atlántica. Ya instalado en París, Munch peregrina de pensión en pensión, en busca de la más barata. Dos años antes intentó, sin entusiasmo, el impresionismo pintando al aire libre, pero eso quedó definitivamente atrás: ahora explora el otro extremo de la experiencia. En Pont-Aven el paisaje es bueno, pero sobre todo las pensiones son baratas; esto suscita la reunión de multitud de pintores, que acuden a la aldea como atheridos peregrinos en busca de calor y de fama. Gauguin, con la autoridad que le da el haber cortado con todo sin miramientos, más la coincidencia de un camino común con el de Van Gogh, pero sobre todo, con el prestigio que le dan los cuadros asombrosos que pinta, acaudilla un grupo que busca una pintura nueva. El arte primitivo y los pintores japoneses son su inspiración. En las clases que le paga la beca, Munch se aburre; es introvertido y hosco, toma demasiado alcohol, y está en su propio camino; pero hay un grupo de alumnos japoneses que lo pone en contacto con algo desconocido: pinturas donde descubre otra idea del espacio y del color. Es el verano de 1889. En París se lleva a cabo la Exposición Universal, celebrando el Centenario de la Revolución. Para disimular a los ojos del mundo la pasada derrota ante Alemania, Francia tira la casa por la ventana. La Exposición es algo inmenso, faraónico, monstruoso. Eiffel acaba de terminar su torre y es debajo de ella, justamente, donde se encuentra una de las entradas a esos pabellones como para Gargantúa. Frente al Pabellón de Bellas Artes, abre sus puertas el *Grand Café des Beaux Arts*, o café Volpini, conocido así por el nombre de su dueño y manager artístico. Y acá viene lo que verdaderamente importa, el centro de la cuestión. El café Volpini debía albergar la exhibición oficial de la Academia. Va a inaugurar en horas y todo el mundo quisiera participar: los pintores, por ambición personal: sus cuadros serán vistos por gente de todas partes del mundo; los *marchands*, casi por la misma razón: acudirá un público internacional de potenciales compradores. Desde el vamos, las ilusiones de muchos quedan frustradas: la exhibición en el *Grand Café* es sólo para artistas invitados; sus obras deben pasar por la estricta selección de un jurado oficial. Ni Gauguin, ni Van Gogh, ni los pintores de Pont-Aven todos juntos, ni cada uno por separado pueden siquiera soñar con superar los requisitos oficiales. No era cuestión de malograr tanto esfuerzo industrial, tanta Academia, con desconocidos de comportamiento incierto. No había chance. Y es entonces cuando interviene lo inesperado, lo accidental: el azar. Uno de los que merodean en esos días por la Exposición y ronda, hambriento y sin esperanzas, el café Volpini, es el pintor Émile Schuffenecker, *casualmente* en París. Con su amigo Gauguin comparten una precaria vivienda cerca de Pont-Aven. Mirando el ajeteo de los obreros que efectúan los últimos toques, «el buen Schuffe» (así le dice Gauguin) se entera de la inesperada desgracia del propietario, que allá, en el fondo, es una silueta oscura que se desplaza de un lado a otro agarrándose la cabeza. M. Volpini — bigotes engomados, jaqué, abdomen prominente, ademanes teatrales — ha encargado a Italia unos soberbios espejos para decorar el salón. Y acaba de enterarse de que los

espejos no van a llegar a tiempo, ni llegarán. Queda, por el momento, suspendida la exposición: las paredes muestran, a sus ojos, horripilantes rectángulos de ladrillos bastos donde no se reflejarán las arañas de cristal ni las mesas de caoba. Desesperado, buscando en el aire una solución imposible, M. Volpini acepta hablar con Schuffenecker. Debilitado por el revés que le ha asestado el destino, escucha: «Hay una solución», dice el desconocido: los feos huecos en las paredes pueden ser disimulados por una muestra de pintores que al propietario, por lo pronto, no le dan ni frío ni calor, pero que están a mano para la emergencia, dispuestos a traer los cuadros ya, en el momento, y se podrá abrir el *Grand Café*. Volpini, solemne en su desgracia, se pasea entre las sillas y, al final, consiente. Fue así como, telegrama de por medio, un eufórico Gauguin ata sus cuadros con una cuerda en Pont-Aven y se larga a París. Invita a participar a un selecto grupo de amigos entre los que están Bernard, Van Gogh, que finalmente no interviene, Laval y el propio Émile «Schuffe». Imprimen un afiche precario pero significativo —y visto con el tiempo, histórico— donde se menciona la muestra como pintura sintetista. El café abre sus puertas. Por primera vez se muestran al público cuadros de imágenes planas, de colores vivos, de extrañas perspectivas. La indiferencia es casi total con un punto de agresión: «¿Dónde se había visto el dislate de un prado color rojo?». La respuesta del público es nula. La parte financiera, un desastre: no se vende un solo cuadro. M. Volpini debe haber meditado lo que ya sabía: éste ha sido otro aspecto de la desgracia de los espejos. Sin embargo, para alguien tuvo sentido la muestra. Munch, como muchos otros jóvenes, había ido en peregrinación al café Volpini donde supo que exponían para unos poquísimos interesados, casi para nadie, Gauguin y otros pintores que conocía y donde vio síntesis y planos que dejaban atrás el análisis de la luz. El «bárbaro escandinavo» advirtió tal vez al mirar esos cuadros alguna ráfaga, algún escorzo o pincelada identificatoria, algo de aquellas volutas y espirales, de aquellas figuras planas, de aquella composición sintética prendió en su retina porque coincidían con su propia y solitaria búsqueda. Del café Volpini Munch no dejó nada dicho. Pero quién hubiera podido vaticinar que, tres décadas más tarde, sus cuadros se reunirían en Berlín con los de Gauguin, Cézanne y Van Gogh en una muestra que los daba como las puertas de la pintura del siglo xx. Entonces, el azar: el café Volpini tenía huecos en las paredes por una causa *necesaria* (no llegaron los espejos), pero fue *azaroso* que por allí pasara Schuffenecker, como es azaroso que el propio Munch consiguiera una beca para esa fecha y que se encontrara con esos cuadros. No sé qué pasará mañana, pero en este momento creo que la vida está armada en tanto causas necesarias y encuentros accidentales. Me doy cuenta de la secuencia mientras lo escribo en la mesita rebatible con mis anteojos de farmacia y no deja de sorprenderme ese encadenamiento, la no llegada de los espejos como una distorsión del cauce, un anacronismo de consecuencias imprevisibles. Ahora bien: ¿todo esto para ir a parar a las manoplas para horno, a las teteras y a los almohadones y acolchados? Pienso que a Munch no le habría importado; quería que sus cuadros llegaran a todas partes. ¿No le habría

importado lo de las manoplas? Ahora no sé. Como Beckett, Munch tenía «escaso talento para la felicidad», a pesar de lo cual no era un apocado, no era un melancólico, seguía contra viento y marea, con esa determinación que sólo conocen los artistas plásticos, los que están en contacto directo con la materia palpable, que puede romperse o malograrse y a la que hay que transportar, colgar, embalar y guardar. Esa vitalidad exigida estaba por encima de los malos tiempos; había que conseguir, como fuera, lienzos, pinturas y pinceles. Pintar empieza siempre siendo algo material con lo cual lidiar. Tampoco le importaron las críticas insultantes ni ser casi invisible para los franceses, tanto críticos como pintores, entronizados en el centro del mundo. Cinco años después del café Volpini, Munch se muestra por primera vez en el salón de los Independientes, y poco más tarde monta una muestra individual. La crítica parisién lo toma como una curiosidad que deja pronto de interesar. Veo el artículo de un crítico donde aparece la opinión de Toulouse-Lautrec. Transcribo: «Un artista que se llama M. Munch. ¿Es sincero? ¿O simplemente se quiere burlar de nosotros? No sé qué decir» (escribe el crítico). «Muestra cielos iluminados de tintes violentos a la manera de Gauguin... y seres humanos parecidos a larvas. Le pregunto a Toulouse-Lautrec, ese gran ironista, qué piensa de estos bizarros noruegos. Y él responde: *El otro día, en Longchamps, yo le protestaba a un entrenador por uno de los caballos que puso a correr, y él me gruñó: "Es más malo que bueno, pero estoy seguro de que meterá desorden en el pelotón"*. ¿No se podría decir lo mismo de M. Munch?».

Respiro hondo y muevo los dedos entumecidos porque he escrito a toda velocidad, apretando la lapicera. En mi ventanilla, nubes que se abren por momentos y dejan ver (volamos bajo) la oscura y escarpada tierra escandinava para luego cerrarse otra vez. El leve zumbido del avión se ha hecho uno solo con el mío interior, el que ya traía. Por algún tipo de razón que no investigo, mi ánimo vuelve a ser excelente. Dejo atrás los oscuros celajes y me instalo en un buen humor que me prometo conservar.

Una azafata de nariz respingada y ojos saltones, que no había visto antes, hace su aparición empujando el carrito de salvataje, el que esperamos todos los pasajeros para ponernos a pensar en otra cosa. De acuerdo con esta ley no escrita de los vuelos, pero incongruente con una aerolínea tan civilizada, la chica de la nariz respingona nos ofrece un tremendo envoltorio de nailon cerrado al vacío que resulta ser un sándwich, ¿merienda?, ¿cóctel?, y que remite más a una cancha de fútbol que al *catering* de una aerolínea del primer mundo. Me aferro a este cuarto kilo de pan con la vehemencia del que necesita un contacto inmediato con la realidad real y mordisqueo algo, sólo para aparentar. Mis pensamientos, minados por una corriente subterránea que se desliza y desborda fuera de mi voluntad y a la que trato de sujetar porque *estoy por llegar a destino*, vacilan y van y vienen del irónico Toulouse-Lautrec a Van Gogh, cuya pincelada curva, sus formas onduladas, fueron capitales para la existencia de

Munch, como Munch fue después capital para la existencia de Francis Bacon. *Stop*. Debo pensar en lo que me espera en unas horas, debo concentrarme en lo que viene y entregarme mansamente al azar, que ahora está a punto de depositarme, como la palma benévola de un dios desconocido, en Bergen.

Alguien me toca suavemente el hombro; es la azafata respingona que retira, con la delicadeza de quien toma un canapé, el tremendo sándwich apenas mancillado y me dice que debo abrocharme el cinturón de seguridad porque empezó el descenso. Todavía hay algo de luz en el horizonte. Abajo se ven las luces de la pequeña ciudad sobre el Atlántico. Guardo hasta esta noche, cuando esté de vuelta, a solas, en mi cuarto de hotel, las cosas de escribir.

Ya es noche en Bergen. Apenas asomo al *hall* del aeropuerto, reconozco a mis dos anfitriones: altos, corpulentos y sonrientes. El del ramo de flores lleva una gabardina beige; el otro, un sobretodo oscuro. Empiezo a hacerme cargo de por qué vine, del porqué de mi viaje y de por qué estoy aquí. Debo prepararme para hacer mi papel, y no me dispongo, no al menos todavía. Mi mente aletea desesperada incapaz de desasirse, presa de un espacio enmarcado. Entre frases de rigor, salimos en busca del auto y el frío, literalmente, me da un golpe; me sacude. El efecto es terapéutico. Me vuelco al afuera con ímpetu, a los saludos, a las preguntas, a los comentarios. Conozco, por fin, el verdadero frío noruego, digo. Ellos sonríen. Vamos hacia el centro bordeando un fiordo más pequeño que el de Oslo, o más cavado, con las montañas ahí nomás, las paredes de roca suben casi al costado de la ventanilla. Las luces encendidas de la ciudad y del puerto se replican en el agua, como en un espejo negro. Hablamos del viaje, de lo mucho que me esperaban, del barco que es «una maravilla tecnológica». Sorpresa y ansiedad de los dos lados mientras la conversación avanza de a poco. Cada dos minutos mis anfitriones giran la cabeza y me miran sonrientes. Detecto una especie de sorpresa divertida (¿o será decepción?) disimulada con sonrisas. ¿Qué esperaban? ¿Tal vez alguien más telúrico, más convencionalmente latinoamericano? Todos están ansiosos por conocer a la madrina, que viene de tan lejos, dicen. ¿Quiénes serán todos? Søren es el más sonriente, el corpulento con cara de bueno que me entregó las flores. El otro, Alex, más serio pero igualmente amigable, con algo paternal aunque no debe tener más de cuarenta y cinco años. Bergen, fría y azul, una ciudad próxima a cumplir mil años, me cuentan. No alcanzo a asimilar la dimensión del dato porque ya me explican que habrá una recepción, esta noche, «en mi honor». Es decir, en un rato; luego, cena. Todo en el mismo hotel; se han reservado tres pisos para invitados y recepciones, y esperan que me sienta a gusto. Algo se abre paso en mi mente y se formula desde las profundidades con la claridad de un letrero de neón en el espejo negro del agua: para estos hombres, descendientes de los más antiguos navegantes del mundo, un barco es algo muy serio y la ceremonia de bautizarlo y de botarlo no tiene nada de trivial, nada

de tira cómica, nada de circunstancial. Con terror se me hace clara la verdadera magnitud del acontecimiento. Aparentemente, soy el personaje central de esta obra que comenzó en el hemisferio sur, con cautelosas invitaciones, aceptación de fechas, arreglo de vuelos, reserva de hoteles, organización de recepciones y, al fin, botar un barco que debe salir a navegar en tres días, rumbo a la Argentina, hacia la Tierra del Fuego. Me reclino en el asiento y miro la noche noruega que corre con indiferencia tras las ventanillas. Me doy unos segundos en la comfortable calefacción del coche. Con un mecanismo que me recuerdo desde siempre y que trabaja de manera independiente de mi voluntad, me acomodo a lo que está sucediendo; de aquí en más voy a estar disponible para lo que me pidan, voy a intentar ser una madrina honorable o al menos digna del *Boreas-Austral*, haciendo lo único que sé hacer en estos casos: entregándome a lo que pase. Me tranquilizo por completo y por un segundo me sobrevuela el misterio de las afinidades profundas que han hecho que una parte de mí se haya inclinado al mar y a sus fábulas desde que empecé a leer (Robinson, mi libro inolvidable). Me pongo a mirar las calles iluminadas y alegres de Bergen, cuando Søren, el de gabardina beige, me avisa que llegamos al hotel.

El interior de la recepción actúa como un cálido abrazo de recibimiento. Me despido hasta dentro de una hora y subo con un botones. El empleado abre la puerta, deposita mi bolso sobre una butaca y enciende las luces. La enorme *suite* vidriada hace esquina y puedo ver desde todos los ángulos la ciudad completa, el puerto y los barcos iluminados en el fiordo. Antes de que pueda darme cuenta, el botones desaparece. Como un remolino en su último giro, me asaltan Corina, su salud recuperada, las ficciones del mar, la vida de Munch, la voz de A. en el teléfono, la lluvia en Buenos Aires, los bobmarlyanos, y en el fondo y en la superficie, el tiempo implacable, el azar, la danza de la vida, que nos contiene a todos. Munch contamina de extrañeza mis reflexiones de viajera solitaria y las sujeta a impredecibles desplazamientos. Bueno, Edvard, va siendo hora de que te alejes; me debo a otros asuntos, me esperan tus compatriotas, me aconsejo, esgrimiendo una ironía que, como ya decidí no recuerdo cuándo, será mi arma y mi escudo de ahora en más para comportarme como todos esperan que lo haga, mientras dispongo en el baño las cosas de maquillaje, las cremas, los cepillos, y la ropa en el placar, grande como otro cuarto. Deposito mi libreta y lapicera, y los libros de la Galería Nacional (los traje a todos), sobre la mesa redonda del comedor que da a la esquina vidriada. También hay un *living*, un bar, enormes sillones color mostaza, flores con una tarjeta de bienvenida... Golpean educadamente. Un emisario, para decirme que la recepción es a las 19, en el piso de arriba, el octavo; que alguien, quizás él mismo, va a venir a buscarme. Miro la hora en el reloj sobre la consola: tengo 45 minutos. Me observa sonriente y sonrío a mi vez. Agrega que están encantados con una madrina que vino desde el otro lado del mundo; que mi barco es asombroso, un milagro de la tecnología moderna, y que mañana, cuando lo conozca, voy a admirar todas sus

posibilidades. Se va con una inclinación de cabeza y queda flotando en el aire lo que no dijo, pero que de algún modo estaba implícito: que no hice semejante viaje por una bagatela. Cierro suavemente la puerta.

Me ducho rápido porque no hay tiempo que perder, y con la sabiduría que por esos misteriosos caminos solamente a las mujeres nos ha sido dada, a pesar de mi palidez y del zumbido que ha vuelto a instalarse en el fondo de mi cabeza, logro arreglarme el pelo y maquillarme de un modo pasable. Cuando me inclino hacia el espejo del baño con el cepillito del rímel en el aire, sin que medie ninguna razón (salvo mi mente tan maleable en los últimos días, tan permeable y salida de goznes), una reminiscencia del pasado lejano me asalta desde el espejo: la noche en que nos vimos por primera vez con A. y el tiempo que pasé frente al espejo esa noche, ya que un amigo de la facultad me llevaba a «una reunión de escritores». Consideré algo que en ese momento era una de las formalidades que yo tenía en cuenta: para ir a esa reunión debía estar bien arreglada. Les sobreponía a los escritores mi respeto por la literatura. El único escritor vivo que conocía, y apenas, era Borges. Sabía un montón de los escritores muertos del siglo de oro español, y sabía otro montón de los escritores venerablemente muertos de las novelas de caballería y de la materia de Bretaña, porque era una alumna aplicada en la facultad y me gustaba sinceramente la Edad Media. Los escritores vivos y jóvenes resultaron tipos de lo más común y corrientes, en general bastante deslucidos, que discutían a los gritos por un adjetivo o por temas políticos, y fue notorio que a nadie en esa reunión le habría resultado interesante tocar el tema del Amadís de Gaula o de Lancelot del Lago. No era que yo fuera a hablar; ni soñando. Estaba acometida de un mutismo letal; nadie pudo sacarme una palabra esa noche, pero era evidente que, en el caso de haberme decidido a abrir la boca, mis temas no iban a interesar. Lo que quedó en el aire fue la mirada de A. por un segundo clavada en mi cara, que descubrí mientras yo atendía a un lado y a otro tratando de aparentar que era lo más natural estar sentada en esa silla. En aquel entonces yo, cómo no, tenía esquemas: esto era serio, aquello era broma. No me salía de los carriles, y si alguien se salía, me desconcertaba. A los 21 años una no sabe nada de nada (o yo no sabía), vive al día, sumergida en la inmediatez de los acontecimientos, como los animales. Tocan otra vez a la puerta y con un sobresalto vuelvo a verme en el espejo. Y ahora voy a ser madrina de un barco. Sin forzar las cosas, aquella noche y esta noche me parecen unidas en el espacio, como ligadas por trazos sutiles como las constelaciones del Zodíaco. Un poco más de cepillo en el pelo, un poco de brillo en los labios. Estoy lista. Subimos un piso. Me acompaña mi lema.

Entregarme a lo que suceda.

Cuando se abre la puerta del ascensor, en el palier del octavo piso me espera una pequeña multitud de hombres y mujeres sonrientes. Mi anfitrión de gabardina beige, Søren, grandes entradas en la frente y ojos inteligentes, ahora en traje oscuro, se abre

paso seguido por una mujer alta, de sonrisa franca: su mujer, Gretta, a quien me presenta. Luego sigue una serie muy larga de presentaciones, mientras los demás van abriendo un pasillo por el que avanzo como una módica celebridad. Armadores, diseñadores navales, ingenieros, abogados, petroleros. Cierta sorpresa divertida en las caras. Soy la latinoamericana, la que vino del otro lado del mundo. ¿Los decepciono con mi aspecto poco sudamericano, sin tez ni ojos amerindios? ¿O hay cierto alivio? Nunca lo sabré. Por lo pronto, y guiándome por las apariencias, supongo que a primera vista calculan que no tendrán que esforzarse en temas que no conocen o que conocen apenas de oídas o que no les importan, como el de la conquista de América, la mortalidad infantil, el tercer mundo, la pobreza urbana, las revueltas y los pedrazos en las calles. Las ciudades en este hermoso país terminan tan perfectas y limpias en los bordes como en el centro; y, a los bordes, luego les siguen praderas de césped y bosques de pinos que suben por las laderas de las montañas. Cuando reaccioné de los apretones de manos, me vi en un salón de grandes arañas iluminadas, con una copa en la mano, hablando con personas que se acercan, me dicen algo amable y se alejan. Aunque me esfuerzo, no defino todavía los contornos de cada uno, y no alcanzo a darme cuenta de quién es quién. Los hombres ocupan el primer plano. La construcción de barcos es una cuestión eminentemente masculina; las mujeres, independientes, amables y sonrientes, pero un paso atrás. Yo estoy, en principio, entre los hombres. Søren, ahora lo sé, es el ingeniero jefe, el que ha comandado la entera construcción del barco y empiezo a darme cuenta de un hábito suyo: contesta siempre antes. Alguien se dirige a otro, y él, sin dar lugar al interpelado, responde. No es descortés; como voy comprobando, piensa muy rápido. Al tanto de todo, parece querer mostrar que estuvo en este proyecto desde el primer trazo en el papel, desde el primer tornillo. El barco le pertenece. No lo hace para lucirse, ni para mí, ni para nadie. Simplemente, los barcos son su vida, eso está claro. El *Boreas-Austral* es su criatura y nada de lo concerniente a él es menor ni banal. Y yo soy una de las cosas que conciernen al barco. Gretta lo admira sin tapujos y sin obsecuencia. Lo mira con esa mirada indefinible de las mujeres que hace muchos años están casadas, saben bien lo que su marido vale, pero también lo conocen. Me cae muy bien Gretta, igual que la mujer a su lado, Astrid, su amiga; sus maridos trabajan en lo mismo. Lo de estas mujeres es el mar, pienso. Primera ronda de charla un poco inconexa. Yo (nobleza obliga), dispuesta a abordar mi repertorio noruego en el momento en que las circunstancias lo indiquen. Preguntas mundanas. A mi lado Erik, el ingeniero técnico en algo que no entiendo, pálido y delgado, de anteojos y ademanes precisos, tiene una elegancia natural. No se ríe de nada, mira fijo a quien hace algún chiste y luego se ocupa de otra cosa. Me esfuerzo tratando de no perder los matices, pero los pierdo. Bromas sobre el barco, los avatares durante los largos meses de la construcción en los astilleros, que yo entiendo a medias. Inesperadamente, Erik es el que pregunta, de manera un tanto brusca:

—Nunca estuve en Sudamérica ni en Buenos Aires. ¿Es cierto que la gente baila

el tango en la calle?

Me agrada que alguien salga del tema náutico, aunque se nota que les resulta demasiado personal hacer ese tipo de preguntas. Son protestantes y ascéticos; reservados. Las distancias interpersonales son mayores a las que estoy acostumbrada y franquearlas lleva su tiempo. Respondo y me encuentro dando un escueto discurso sobre el tango. Hablo y los miro y admiro su elegante austeridad, la ausencia de ostentación. Ni joyas ni ropa extravagantemente cara como podrían, sin duda, usar estas mujeres. Mientras tanto, seguimos en el salón, tomando algo que no sé qué es, pero me gusta, que nos han servido antes de pasar a la mesa puesta para unas cincuenta personas. Para darme un respiro y adoptar algún tipo de perspectiva, marchó a dar una vuelta por el salón, sola. El esfuerzo de hablar en inglés, de comprender y de hacerme comprender después de unos días de solitario silencio, se lleva buena parte de mi energía y me doy estas válvulas de escape; ni hablar de cuando comentan del barco y sus «componentes», palabras que no conozco. Sigo mi ronda, son fantásticamente educados y nadie me aborda, saben que quiero un minuto para mí. Miro a través de la ventana herméticamente cerrada la noche helada de Bergen y mi afantasmado reflejo en el vidrio y siento cómo me sube desde el estómago, sin que pueda evitarlo, trepando rápidamente por la garganta un cosquilleo casi irreprimible de risa, un cosquilleo maligno, que logro con esfuerzo desviar a mi cara que a su vez lo traslada a una sonrisa amplia, con la que recibo a todos los que me hablan. Hay algo tan anormal en la escena completa (¿Qué estoy haciendo acá?), y al mismo tiempo es todo tan natural. En el filo de esa ambigüedad, como el que camina por una cornisa, me desplazo con cautela, pero con esta efervescencia interior, hasta un grupito que conversa y que se abre para recibirme. Me presentan a un hombre muy amable, Hans, creo entender que abogado naval (legislación marítima internacional) que está con una mujer muy delgada y desenvuelta, Ingrid. Amigos; en seguida capto la complicidad entre ellos, el sentido del humor de los dos. Me preguntan por mi estadía en Oslo. Me sirven una copa de algo que dicen debo probar, algo así como hidromiel, o aquavit, lo que me da tiempo. ¿De los antiguos *vikings*?, pregunto. Risas. Más o menos, responden. Siguen sus miradas curiosas: ¿Qué tal Oslo? No voy a hablar de Munch. ¿Contarles de Corina? No. ¿Lo de la mujer pakistaní y la pobreza del sur que busca trabajo en el norte? Menos. ¿Lo del *pub*, la pareja de la chica platino, Hildred? No tenemos todavía tanta confianza. O todavía los códigos son imprecisos. Empiezo por la belleza otoñal de Noruega cuando nos avisan que pasemos a la mesa. Tomo mi lugar, escoltada por Søren y Gretta: flores blancas, manteles immaculados. Todos hablan entre sí y me hablan. El ambiente es festivo y no es para menos: acaban de concluir la construcción de un barco cuyo valor, la cifra, me es inimaginable, pero intuyo que, en esta noche, eso es lo de menos. Estas personas aman los barcos. Nuevamente: ¿Mi impresión de Oslo? Nombro al pasar a Munch, la ausencia total de su nombre sería sospechosa. Es

natural que me pregunten, es obligado. Lo he visto en el único lugar del mundo donde se lo puede conocer cabalmente: en su ciudad-fiordo, envuelta en la llovizna helada, tan suavemente melancólica por la acechanza del invierno y la luz pálida de su cielo nublado. Algo así digo, mientras pienso para mí que Oslo había sido Munch y Munch era Oslo; había reunido en su obra todas las contradicciones y rupturas de la Cristianía de fin de siglo, como había hecho Ibsen. Me he quedado mirando la cara de Ingrid que, entiendo ahora, me habla de un museo, aquí, en Bergen, de su época temprana, «del romanticismo de Munch» y sugieren acompañarme mañana a conocerlo. Dejo ver mi sonrisa prometedor, que creo ha sido mi mayor logro de la noche y agradezco la información, pero no digo nada. No deseo ver a Munch con testigos. Muy neurótico, alcohólico, varias veces internado, me informan Ingrid y Hans de una manera un tanto burocrática, como si me advirtieran de un peligro. Pero ya alguien me dice algo desde el otro lado de la mesa y respondo. Gira la noche, giran las conversaciones y las estrellas, que deberían reflejarse en el fiordo de aguas profundas y oscuras, siguen su curso inmutable. No es la Cruz del Sur, es la Osa Mayor, llamada aquí *Big Dipper* o el Gran Carro, la que se desliza sobre nuestras cabezas, sobre Bergen y sobre el Atlántico Norte en alguna zona inconcebible del Universo mientras nosotros giramos, microscópicos seres adheridos a un planeta azul en el concierto de los mundos y las constelaciones. De súbito, trazo un arco terrestre y le pregunto a A., en casa: ¿Quiénes son estas personas? Vuelvo a mi silla y me viene a la mente por el hecho de que estoy entre gente adinerada, la relación de Munch con la gente adinerada, cuando se puso de moda en Alemania. Lo invita el gran duque; lo invitan duquesas y condesas. Munch escribe a su tía algo así como: «Es difícil visitar a estos millonarios. Un tal Warburg tiene ¡cuarenta millones! (con signos). La mujer pinta y habla sin parar; el marido no abre la boca». La riqueza impone una perspectiva. Pero, ¿se les puede reprochar algo a mis poderosos anfitriones? Su país tiene un estado de bienestar general tan alto que parece utópico. La mujer pakistaní y sus tres chicos empezando una nueva vida, siempre y cuando la inmigración esté abierta... Me llamo a la reflexión: debo dejar de pensar en los peces de colores. Debo prestar atención a la conversación de la mesa. «Mi alma es como dos pájaros salvajes, cada uno volando en su propia dirección», escribió. Las palabras pasan rápidamente o yo hago que pasen porque tengo la intuición (que se enciende y se apaga) de un sentido huidizo deslizándose por debajo de las conversaciones, que incumbe a mí y a A. y a todos los que están sentados a esta mesa, en el frío boreal de la antigua Bergen, y que brota desde el fondo de los fondos desatado por Munch, un sentido que quiere ser expresado. Hans comenta sobre un centro de esquí, acá, en Bergen, a unos pocos kilómetros y yo, recuperada de mi reciente ausencia, para compensarla, me embarco en el tema maëlstrom, por el Atlántico, hacia el norte de la costa noruega. El vórtice de mar, el remolino que tragaba barcos en las viejas leyendas, en el cuento de Poe y en las novelas de Verne. En Poe, el sueño del láudano pudo producir semejante magnitud del remolino oceánico, de proporciones

piranesianas, comento. Un vórtice de agua negra que va hacia lo profundo. Los barcos, tragados por el remolino, giran uno frente a otro en una espiral descendente, acosados por el más siniestro de los sonidos, un aullido agudo que viene desde abajo, desde el pozo sin fin donde aspiran las aguas; el espanto se produce al descubrir la dimensión, al ver, enfrente, a enorme distancia, otro barco adherido a la pared vertical de agua, y esa enorme distancia es el vacío interno del fatídico embudo que succiona todo hacia los fondos. Uno de los ingenieros que me ha estado prestando atención me devuelve una sonrisa protocolar, aunque simpática. Acto seguido reduce mi ensoñación gótica a una escueta explicación que despacha todo misterio en dos o tres datos: la rotación terrestre y el choque de las mareas, alta y baja, en los canales entre las islas. Los demás nos prestan atención por cortesía, para pasar rápidamente a temas más interesantes. No son descomedidos, nada de eso. Son gentes positivas, ingenieros, matemáticos, diseñadores; nada de cosas raras por acá, ni de ensoñaciones lúgubres, ni de desórdenes, ni de ajeno, ni de gente que no duerme de noche. Acá la gente madruga y hace cálculos. No creo que nadie recuerde el cuento de Poe (siempre hay alguien inesperado que desmiente el estereotipo), también me parece difícil que a alguno le haya interesado saber que por aquí cerca vivió, en una cabaña y en completa soledad, Ludwig Wittgenstein, durante una época difícil de su vida. Digo, incongruentemente, que por aquí cerca vivió Ludwig Wittgenstein en una cabaña, en una época difícil de su vida, y mi observación cae en un hueco sonriente. También ellos, detrás de sus sonrisas, deben apostar a que yo nunca, ni de lejos, disipé un cálculo de algoritmos ni soñé jamás con la solución al problema geométrico del diseño de una hélice. Acertarían por completo. Hay caviar en enormes *bowl*s con hielo. Nos sirven langosta, y traigo a la conversación a Grieg, el músico, nacido aquí, en Bergen. No hay consenso sobre Grieg; en general, no era un gran músico en la consideración de sus compatriotas de esta noche. Distinta reacción ante el nombre de Bjørnson, primero asombro de que lo conozca (no lo hubiera conocido de no ser por A., que lo tenía en su biblioteca; pero, de todos modos, ¿no estaba exagerando mi tributo, mi disposición filonoruega?), después se superponen las voces en el relato de una historia de alcoba, que entiendo a medias por los cruces de voces: la mujer de Bjørnson descubre un *affaire* de su marido y sale a la calle gritando, mientras el vociferante anarco-socialista se va en un carricoche, medio cuerpo fuera, admitiendo la acusación. Reímos y cuando baja la ola yo menciono la «gota de agua». Ya me siento cómoda: es nuestro tema en común. Expreso mi admiración ante la forma perfecta de los cascos de roble que se usaron mil años atrás. Animación instantánea en todos; en especial en Søren y también en Greta, que es arquitecta, cuando menciono mi visita al Museo de los barcos. Con un gesto amplio que abarca el comedor, Søren enfatiza que todos ellos juntos, con programas específicos de diseño de última generación en sus computadoras, no han podido ni podrán nunca mejorar la forma del casco que mil años atrás lograron los artesanos suecos, noruegos y daneses, con fórmulas que se transmitían de padres a hijos. Vi el cuadro de Erik el Rojo,

navegando uno de esos barcos, mejor dicho, de Leif, su hijo, me corrijo. Las caras celebran mi interés y yo me entusiasmo. Hablamos de Erik, llamado el Rojo no por su cabellera sino por lo sanguinario. Hablan de la fama cruel, antigua, de sus antepasados, aquellos a quienes llamaban «la bestia rubia». Alex, sentado enfrente, con tono gutural y pautando en el aire cada palabra del recitado con un grisín, dice: «Nos precedían intranquilizadores presagios...». Ríen y Gretta me explica que lo que viene es de un cronista inglés del año 700 y pico, cuando una invasión *viking*. Alex continúa: «Se vio en el aire un dragón de fuego, y, de pronto, un día de primavera, hombres paganos (el grisín hace un rápido círculo señalando a los de la mesa) arrasaron con gran crueldad, robando y matando la Iglesia de Dios de Lindisfarne». Me río. Me dicen que son infundios, calumnias, que no crea en esos chismes. Mejor la versión del descubridor. Porque el que llegó a América fue Leif Eriksson, el que va en el barco pintado por Christian Krohg. Abriendo un amplio horizonte de distancias marinas, el convocado Leif se sienta a la mesa con nosotros y ocupa buena parte de lo que resta de la cena con su casco bicorne y sus trenzas rubias. Su vida transcurre en medio de la naturaleza elemental, la roca y el fuego. Su torso de toro exhala un olor a humo, a resina, a bosque. Un ser legendario, un gigante inocente y salvaje. ¿Habíamos avanzado desde Leif al aterido y atormentado Munch? Quién podría decirlo. En la medida en que la conversación cambia de rumbo, la silueta de Leif empalidece y se esfuma tras el humo de los cigarrillos.

Me pregunto si no estoy dando una idea equivocada de la conversación. No puse sobre la mesa un nombre noruego tras otro, como puede parecer. El intercambio iba y venía. Respondí a sus preguntas sobre Buenos Aires, el asado argentino (espantosamente tuve que explicar cómo se crucifica un cordero para ser asado), si conocí a algún indígena «en persona», etcétera. La Patagonia y el tema indígena, el hecho de convivir con descendientes de pueblos precolombinos fueron, para la mesa, el mayor centro de interés, el colmo de lo extraño y de lo exótico.

Estoy admirada de la cantidad de alcohol que toman hombres y mujeres sin que se les note un gesto de más. Hans, el abogado, el amigo de Ingrid, parece que está por descubrir algo en mi cara, y me mira de una manera cómplice. Me desentiendo. Recibo todas las señales como son: homogéneamente amables, desinteresadas. Para llevar este encuentro hasta el fin, para salvar este pasaje próximo a la medianoche, me haría falta, me digo, el *hada verde*, la que volaba sobre los bares baratos y mugrientos de París y Berlín, borraba la materialidad sórdida del café, de la ciudad entera, y lo hacía a uno «flotar sobre las mesas»; el ser ardía suspendido en una indulgencia universal, en medio de la cual fulguraba alguna que otra alucinación. El *hada verde*, el amargo ajeno o verde absentia, para alguien que no comía hacía diez días (como Munch en Berlín), era un alivio inenarrable. Vasos color esmeralda o, lo que es lo mismo, pasajes a la locura comprados noche a noche en el báquico y

tremolante viaje del desenfreno: en Berlín, sobre las mesas del *Cochinillo Negro*, bailaba desnuda, adornada con una corona de langostas de mar, Oda Krohg, la de los muchos amantes, la mujer de nuestro pintor de Leif Eriksson, mientras los hombres soplaban en las botellas para imitar el sonido del mar. El *hada verde* otorgaba un tiempo breve: acompañaba sólo hasta las primeras luces. Después, la realidad se volvía zapallos y ratas, cuando los pasos vacilantes emprendían el regreso por las calles de nieve cuarteada hasta el atelier, donde había que esquivar al casero, siempre al pie de la escalera. Pero ese tiempo suspendido en el humo del café resplandecía, valía más que esmeraldas y zafiros porque era, antes que nada y sobre todo, una prórroga; era la suspensión momentánea del tiempo: la inmortalidad de una noche. La misma que concedía la morfina, exaltada por Jane Avril en el *Cabaret*, cuando cantaba: «... un frío delicioso bajo la piel, como perlas líquidas corriendo por tus huesos», a cambio del alma. Vuelvo en mí y vuelven los sonidos de la comida y las conversaciones. Se me hace inevitable ese subir y bajar de la ola, la mente sometida a demasiados estímulos, me explico sin convencerme. Desde hace un momento la mujer de Søren me está hablando; recupero el hilo. También he probado algo de alcohol y aunque sé que voy de cabeza a un error no puedo evitarlo: impulsada por Gretta, que ha mencionado, para darme conversación, las antiguas sagas, me lanzo, un tanto delirante, a hablar de las kenningar, las metáforas de metáforas, que sus antepasados inventaron y usaron en las sagas, y que Borges rescata en un ensayo «con un placer casi filatélico». Jorge Luis Borges, enfatizo. Y doy un ejemplo (supongo que tengo los ojos brillantes): Beowulf = beo + wulf: «lobo de las abejas», es decir, el que se come el panal: el Oso, que era el apodo natural de este héroe por su corpulencia. De un doble fondo de mi mente mecida por la copa de aquavit, emerge el aula lejana de Filosofía y Letras, en el desvaído edificio de la calle Independencia: Literatura inglesa. Borges sale del destartado ascensor, acompañado por un bedel avanza titubeante con su bastón por el pasillo, pasa entre nosotros hasta el frente, saca el reloj de bolsillo, lo deja, abierta la tapa, sobre el escritorio y, sin transición, comienza a hablar de la vieja Inglaterra, de los fragmentos supervivientes de su literatura antigua y medieval. Impertérito, mirando a nadie, investiga cada tanto la hora acercando el reloj al ojo izquierdo, casi hasta tocarse la cara. Con voz tropezante y palabra precisa, explicaba las guerras entre tribus celtas y sajonas: «Era como si se pelearan los de Temperley contra los de Lomas de Zamora», dijo, para que no nos fuéramos a imaginar vistosos ejércitos napoleónicos. Un día, el pelo blanco un tanto revuelto, los ojos cansados, una ceja más alzada que la otra, habló de las kenningar, «metáforas a la segunda potencia», dijo. Noruega, un nombre caro a su mitología personal, explico a la mesa algo conmovida, y aquí la imagen se diluye como agua en el agua y me doy cuenta de que nadie sabe de qué estoy hablando; o seguramente lo supo en el colegio —las sagas— y ya no le interesa. Y creo que ninguno, ¡ay!, tiene idea de quién es Borges. O tal vez sí, una idea nebulosa, pero no se atreven a preguntar o son prácticos y esa conversación no nos conduce a ninguna parte. Entre

ellos y yo hay un territorio de cosas desconocidas, de experiencias dispares, pero vamos bien: eso puedo asegurarlo. Llegan risas desde el otro lado de la mesa. Me avisan que preste atención, es algo divertido que sucedió el día en que el barco bajó al agua. A pesar de mis ausencias, que nadie parece notar, el clima es de contento general. Nos levantamos y cada uno busca un lugar en los sillones. La cena ha estado muy bien, he pasado la prueba. El barco tiene su madrina. La distensión es general. Algunos encienden cigarrillos dispuestos a charlas más personales, entregados a lo que queda de la noche. Siguen tomando fuerte sin que una sola pestaña se les desacomode, sin perder la amabilidad ni la sonrisa ni las maneras. Necesito moverme. En realidad, estoy ofendida. ¿No conocen a Borges, nunca oyeron hablar de él? Hipócrita, sonrío y digo que voy al *toilette*; se levantan Gretta, Ingrid y dos o tres mujeres más. Me calmo; el aquavit que probé por cortesía se divierte conmigo. Caminamos en la agradable atmósfera que crean las lámparas, los cortinados y las alfombras color borgoña. Ya frente a los espejos del baño, nos retocamos los labios, nos arreglamos el pelo. Ellas, ahora, empeñadas en preguntarme por la Argentina, por Buenos Aires, por mi vida. Soy, en realidad, una pieza bien exótica. Yo, en cambio, quisiera hablar de Noruega. Éste es el país más civilizado que he conocido: no hay indigentes, no hay chicos en la calle, no hay pobreza, no hay un papel en la vereda, no hay animales abandonados; son de una sencillez abrumadora. No precisan demostrar nada. A mis ojos, su austeridad deviene cualidad moral.

Cuando volvemos al salón, están celebrando la llegada de un postre especial «de medianoche» y del champagne. No voy a tomar, ya tomé aquavit y fue suficiente, digo. O hidromiel, que inventaron los antepasados de Søren. Sonríen. No es para tanto, me explican; es un aguardiente especial de Noruega. Algo fuerte, sí, pero nada del otro mundo. De golpe, se me hace evidente algo obvio. Para estas personas y para otros cuatro millones de noruegos (la totalidad del país), el tema *viking* es el lugar común de la cultura local, algo para regalar encuadrado en cuero de chancho con pirograbados. Como si me hablaran de los gauchos en su versión más epidérmica. A caballo de los «jaúchos» (¡qué imagen!) acude el recuerdo risueño de los bobmarlyanos. Dejar caer un chorrito de los bobmarlyanos en esta reunión; el precipitado sería interesante. Quedaríamos pintorescamente desacomodados, algunos caídos: mayores, viejos, antiguos, responsables, serios, más o menos cultos. Cada uno de nosotros, aunque de manera efímera, representa un papel, participa de un acto. Los bobmarlyanos no representan a nadie, salvo a ellos mismos. Los bobmarlyanos van definitivamente con el sector *hada verde*.

Haciendo pie en mi lema, me entrego al último tramo de la noche cuando giro la cara y me (nos) veo en uno de los espejos del salón. Vistos desde arriba, como en el cuadro de Krohg: ésa soy yo y mis compañeros circunstanciales de esta noche, a la que cada uno ha llegado por senderos desconocidos. La turbina en mi cabeza se ha

asordinado; afuera, la helada noche boreal está en su apogeo y falta mucho todavía para mañana, cuando deberé enfrentar un barco; un barco de rescate marítimo, sofisticado, una maravilla tecnológica de última generación, un prodigio de diseño y de ingeniería náutica, con helipuerto y todo. De esto se está hablando. Se disipa la agradable niebla cuando escucho que alguien habla de la ceremonia. No quiero saber nada de mañana, quiero permanecer sin ninguna inquietud, pero ya Hans, entre las risas de todos, me dice que no tengo de qué preocuparme: la reina de Noruega fue madrina de un barco, hace unos años en este lugar, y la botella no estalló. Entiendo que intentan tranquilizarme, no obstante en el horizonte de mi mente la anécdota no logra tomar cuerpo, además de que me trae un problema inesperado. No recuerdo el nombre de la reina y eso, si debiera nombrarla, sería una descortesía completa. Muy americanamente, no me acordé de que venía a un país con dinastía. Me muestro debidamente impresionada. «Falló el tiro y la botella fue y volvió, intacta». Risas. Aunque todos se ocupan de repetirme que esto puede suceder, algo queda flotando entre las frases amables. Y yo lo sé. Que la botella no estalle es señal de mala suerte para el barco. Mi mente se aleja a las alturas solitarias para evaluar, vertiginosamente, las incalculables consecuencias que, de «fallar el tiro», recaerían sobre marineros y oficiales que no conozco, que nunca conoceré, pero que navegarán a bordo de «mi barco», confiados en la ceremonia que los legitimó a entrar en el mar, incautos bajo el gesto que los protege de tormentas y borrascas, ya que sin ella, sin el debido cumplimiento del acto de la ceremonia de darle nombre al barco y de botarlo como se debe, sería impensable, suicida, internarse mar adentro, sería como largarse a nadar desnudo en aguas de pirañas.

Reprimo la tentación de preguntar por la suerte del barco bautizado por la reina. Y ya deja de interesarme. Por completo. Creo que estoy exagerando; creo que encuentro humor en la exageración (el sarcasmo como método) o se deberá al aquavit. Me inclino a dejar la taza de café sobre la mesa; otra vez, fugaz, mi cara en el espejo: es hora de irme. Me dispongo a saludar a todos. Indudablemente, ya es hora de irme.

Dejo flores y cajas de bombones sobre la mesa del enorme estar y voy al baño a sacarme el maquillaje y cepillarme los dientes. En pijama, pongo la tapa en la bañera y dejo correr el agua; deposito ahí los ramos. Luego cierro. Es un alivio, un enorme alivio, caminar en medio del silencio y la penumbra, descalza sobre la alfombra. Enciendo el último cigarrillo y miro la noche de Bergen. Siento una misteriosa empatía con este país, con esta gente, algo que sin duda no supe expresarles como hubiera querido esta noche. O tal vez sí. Hay una belleza rara, fría, pura, antigua. Debajo de mi ventana, el mar es negro, con un fino festón blanco, las luces bajan desde la ladera de la montaña hasta el borde del agua. Algunos autos recorren el camino costero. En el espejo del baño no se ve mi cansancio ni lo que late subterráneo. Una prórroga, ¿no era acaso lo que todos solicitábamos en la danza de la

vida? Un aplazamiento. Otros cuadros, mañana, los del período más amable de Munch, tal vez menos sombríos que los de Oslo, aunque el daño ya estaba hecho porque aunque yo tratara de mantenerme por fuera del borde de la cortadura que Edvard había cavado en mi alma, ese fijar el transcurrir inhumano del tiempo hacia la vejez, hacia la muerte, hacia la nada, esa soledad que emana del lienzo y te alcanza, era algo de lo que no se podía huir. Quizá mañana un antídoto: cuadros diurnos: días soleados del verano nórdico y niñas con sombreros de paja amarilla con cintas.

Voy a llamar a A. Enrosco el capuchón de mi lapicera; cierro la libreta.

Mañana pálida, de llovizna fina. En el comedor del hotel me encuentro con mi anfitrión principal, el paternal Søren. Se ve tan sonriente y saludable como si toda la noche hubiera estado a jugo de zanahoria. Nos miramos como grandes amigos. De algún modo y por unas horas, lo somos. Por virtud del barco que él ha construido, vamos a quedar uno en la memoria del otro. Al principio, el recuerdo será nítido; con el correr de los días y de las semanas se volverá esporádico hasta el momento en que no se acordará de mí, salvo ocasionalmente, cuando hable del barco. Y yo no me acordaré de él, salvo cuando hable de este viaje. Voy a ser una fugacísima marca que el tiempo irá desvaneciendo en la memoria de Søren, de Gretta, de Alex, de Ingrid, de Hans y de los que compartieron la noche conmigo, como en la memoria del hombre del *pub*: mi efímera estela noruega. ¿Qué significa lo que he visto, lo que me ha pasado, lo que he vivido en estos días? Imposible saberlo; imposible saber el significado de las cosas mientras están sucediendo. Suceden.

Café y tostadas de por medio, Søren me explica lo que vendrá. Después del bautizo hay un cóctel en el barco, que el capitán y la tripulación «me ofrecen». ¿Puedo recorrer el barco? Søren se ríe. En ese momento llega Gretta, muy elegante. Nos damos un beso. Acá nadie besa. Desde anoche, ella lo ha incorporado por cortesía hacia mí y a mi instintivo inclinarme hacia ella cuando nos saludamos.

—Es obligación del capitán mostrarte el barco y darte todas las explicaciones que quieras —dice un Søren divertido—. A todo lo que se te ocurra preguntar.

A continuación enumera mis atribuciones como madrina. Puedo escribir al barco (es algo que queda bien) en cualquier momento del año (es bueno en Navidad) y solicitar información sobre el estado de la nave y su tripulación; el capitán está, por su honor, obligado a informarme. ¿«Solicitar información»? ¿«Por su honor»? Creo que me están tomando el pelo y me río. Pero no es una broma. Unos destellos nerviosos me recorren, me ponen alerta. Søren toma la palabra: no debo preocuparme por nada, ellos van a estar conmigo, acompañándome. Saca del bolsillo de la gabardina un papelito y lo pone sobre la mesa, debajo de mis ojos.

—Es una fórmula antigua —dice.

Te doy el nombre de Boreas-Austral. Que la suerte y la buena fortuna te

acompañen a ti y a tu tripulación en todos los mares.

Respiro hondo y miro fijo la calle moderna de Bergen, envuelta en la grisácea luz noruega. Gente que va y viene, indiferente, pero a mí esas palabras me llevan a siglos de mar, de mástiles cruzando las líneas de los trópicos; siglos de tormentas bajo las constelaciones australes, de hombres caídos por la borda, de tierras descubiertas, de desgracias y felicidades ante la belleza de los témpanos o de las playas de arenas blancas. Sería por completo absurdo que frente a este casi desconocido y su mujer, en este bar lujoso de un hotel en el hemisferio norte, yo me conmoviera; sería incongruente. Gretta me mira seria; él sonríe. Para escapar del momento, digo lo primero que me viene a la cabeza: si algún día viajan a Buenos Aires se quedarán admirados por la luminosidad del cielo, un glorioso cielo azul índigo. Gretta contesta que está en sus planeas viajar, alguna vez, a Sudamérica. Que están llenos de curiosidad. Sonrío y guardo el papelito en el bolso. Agregó que, si me disculpan, voy a conocer el museo de la obra temprana de Munch, que está justamente, como me explicaron Ingrid y Hans (ellos también me lo señalan ahora), cruzando la plaza en diagonal, antes de que se haga más tarde.

Estoy en el café al lado del Museo.

Otra vez el hechizo infinito de Munch, bajo una forma más risueña: tres chicos en un sendero que baja al mar; el sol tan esquivo aparece en las telas: en los puentes de madera, en las colinas. Los cuadros me producen, como en Oslo, una atracción eléctrica, como si me hubieran estado esperando para decirme algo. Los chicos diurnos de Munch, sus sombreros de paja amarilla con cintas, sus poses infantiles, los vestidos veraniegos, sus medias tres cuartos se integran al mundo anterior, superponen otra capa de sentido a un sentido ya sabido, y sólo en una extensa explicación llena de sutilezas de las que soy incapaz, podría hacer justicia a la totalidad.

En cualquier momento debo volver al hotel para la ceremonia. Paso las páginas de la libreta hacia atrás. Me asombra ver todo lo que he escrito. Sin poderlo evitar, leo algunas de las notas que tomé, al azar de las páginas de los libros, en el bar de la *Nasjonalgalleriet*, pero están tomadas con tanta urgencia, tan garrapateadas, que algunas líneas apenas las descifro. Sé que más adelante no voy a entender lo que escribí. Decido pasarlas. Es una locura porque me están esperando, pero voy a pasarlas y con letra más clara.

«—Haga como yo, Munch, pague sus cuentas —le dice Ibsen, mirándolo por encima de sus lentes de pinza mientras tira un par de monedas sobre la mesa.

»—Ibsen, ésta es la última vez que nos vemos —dice Munch».

La escena sucede en el Grand Hotel donde Munch se ha refugiado por unos días. Su crédito es nulo y no quieren anotarle algo que ha tomado con unos amigos. Ve a Ibsen en su lugar de siempre y le cuenta el problema en que está, esperando su ayuda. Ibsen observa a un Munch que ha tomado demasiadas copas y le da su respuesta.

«Berlín, invierno de 1892, un año antes de *El grito*. Él mismo cuelga los 55 cuadros de su primera muestra individual, en la conservadora sociedad Verein. A las diez abren las puertas, a las once la batahola es imparable. Una semana después, la muestra se clausura por las protestas de los diarios y del público. Escriben mal su nombre: “Un tal Bunch de Cristianía”; “No vale la pena perder más tiempo con los cuadros de Munch...”. Se decreta que la muestra es “un insulto al arte”. Habla el ministro de Cultura. Habla el Káiser Guillermo, enemigo visceral de todo lo moderno. Lo del Káiser es elocuente. Las últimas evoluciones esclerosadas de un animal prehistórico: ha confesado que sólo el entrar en un salón con muebles modernos le provoca “mal de mar” (mareo y náuseas). Los organizadores deliberan histéricos: ¿Cómo hacer para fletar al pintor y a todos sus cuadros de vuelta a Noruega? El asunto ha creado un escándalo público y pasa a llamarse: *el affaire Munch*. Edvard escribe a su familia: “Nunca me divertí tanto; increíble que algo tan inocente como la pintura cause tal alboroto”. La revuelta trastoca el mundo de galerías y pintores. A partir del *affaire Munch* Berlín se transforma en uno de los centros de vanguardia más radicalizados de Europa. Munch, con su agudo sentido de la promoción, acepta encantado la propuesta de Eduard Schulte, el *marchand* alemán de mayor prestigio. Juntos producen ocho muestras en diferentes ciudades de Alemania. De golpe, es famoso. Junto con Strindberg son el centro del *underground* berlinés. A su pesar, en Berlín le saldrá un discípulo, Klimt, que lo seguirá a sol y a sombra».

«Invierno de 1903. Meses internado en un hospital de Berlín; escribe una sátira: *La ciudad del amor libre*. En ella, Tulla es “La princesa del Dólar”. De su *Diario*: “Tuve miedo de su cara desde el primer momento en que la vi porque ella sabía cómo usar la piedad, las lágrimas y los reproches para mantenerme atado”».

«Yo pintaba las líneas y colores que afectaban a mi ojo interno. Pintaba de memoria sin añadir nada, sin los detalles que ya no estaban ante mí. Éste era el motivo de la simplicidad de los cuadros, de su obvia vacuidad. Pintaba las impresiones de mi infancia, los colores apagados de un día olvidado».

Lo exaspera el contraste amargo entre su casa, donde no hay dinero para el tratamiento de Laura, y la vida de Tulla, que compra todo lo que quiere y gasta en fiestas y sombreros. Y él «con su psicótica imposibilidad de desprenderse de sus

cuadros y su inhabilidad para ganar dinero». Finalmente, acepta el dinero que Tulla le ofrece. Un año o dos más tarde, cuando ella siente que él se le escapa, que no puede hacer nada para retenerlo, le entabla un juicio por el dinero prestado y todavía no devuelto.

Fines de 1904, su vida se ha transformado en una leyenda negra. Pasa la Navidad en un burdel.

Veo, cruzando la plaza, a Ingrid y a Hans que vienen en mi busca. Ella me saluda con la mano en alto; le respondo. Guardo la lapicera y la libreta en el bolso. Volvemos los tres bajo el paraguas de Hans. Subo rápidamente a cambiarme. Abajo me esperan.

Estacionados en la puerta del hotel hay dos buses blancos, con guardas rojas y naranjas, flamantes. Subo al que me indican y ocupo el asiento reservado para mí, el primero de adelante. Partimos. El otro ómnibus con invitados nos sigue. En el aire se siente un clima de alegría nerviosa. Saco el papelito que me dio Søren; lo leo, una, dos, tres veces y lo guardo. Bergen es encantadora. Ladrillos con pátina de tiempo: frentes de colores, tejados en punta, negocios ultramodernos, acero y vidrio junto a edificios antiguos, de dos ventanas por piso y visillos; ahora bordeamos un *shopping* de ciencia ficción, lo corona una cúpula con la apariencia de una nave madre. Miro afuera, volcada sobre la ventanilla. No quiero intercambiar amabilidades con nadie; necesito diez minutos de silencio dentro de mi propia cápsula. En la calle, gente con paraguas e impermeables de colores fuertes, vivos. El ómnibus se detiene en un semáforo, al costado del *shopping*. Mi momento a solas es sacudido por una visión: a escasos metros de mi ventanilla, veo venir a los bobmarlyanos. Sus eternas sonrisas cabeceando al ritmo de los auriculares. Me adhiero al vidrio y los miro acercarse; les hago señas, sin pensarlo dos veces quiero invitarlos a venir, a subir al ómnibus, y golpeo el vidrio, pero es un golpe sordo, por los guantes. Sonrío pegada a la ventanilla, el nepalés me mira con la mirada ciega de los que van por la vida con los auriculares puestos. Pasan tan cerca: veo sus gorros de lana, veo cómo se pierden atrás, entre la gente, con sus mochilas, felices y contentos, ausentes de mi mirada y de mi mano que bajo enseguida porque no tengo ganas de explicar nada. El bus se mueve otra vez, dobla y seguimos por una calle periférica hasta que empiezo a ver grúas y filas de contenedores. Cruzamos la entrada y seguimos por un espacio adoquinado; grandes galpones y camiones cubiertos de lona. La realidad es limpia y nueva en Noruega, pintada de colores brillantes. Al doblar hacia la dársena, aparece, imponente en todo su volumen, el *Boreas-Austral*.

Me quedo azorada. Es tan moderno y gigantesco que lo primero que experimento es un desfasaje: no encaja en mi idea de barco preconcebida (¿un barco a vela?). Mide más de una cuadra y es de color rojo con el nombre en blanco; por el lado de popa, en lo alto, una bandeja aérea, redonda: el helipuerto. La pasarela cubre una altura de dos

pisos. Como una inmensa bestia obediente, el barco espera recostado por el lado de estribor y apenas hay espacio para ver el agua entre el casco y el borde de la dársena. Me siento aturdida y llena de una admiración difusa por la humanidad en general: hasta dónde hemos llegado. Que semejante máquina se pueda construir: millones de cálculos complejos, de ensambles, de controles, de tareas conjuntas. Es abrumador. Una pequeña multitud formada por los que bajan de los buses más otra gente que ya estaba esperando rodea a una banda de música que acabo de descubrir. La bandera argentina y la noruega ondean débilmente en el aire húmedo y frío, una al lado de la otra. Pegado al flanco del barco está el palco; descubierto a los costados y con techo, como un baldaquino. Se ve insignificante con su escalerita de cinco peldaños. Se adelanta un hombre bajo y delgado, de uniforme blanco: el capitán. Nos presentan. Detrás del capitán, se adelanta el piloto y me tiende la mano, y después alguien más se adelanta, tal vez el segundo de a bordo, y me tiende la mano. Pequeños seres que nos movemos y gesticulamos junto al manso leviatán. Subo al palco escoltada por mis amigos *vikings*, Søren y Alex, y el capitán. Veo ahora el casco de cerca, percibo su materialidad, las nervaduras que corren a lo largo, uniendo las planchas. Salido del astillero esta semana y empujado al agua como del vientre materno, se acuna apenas junto al muelle, con una maquinaria en su centro, su corazón, que ruge suavemente de impaciencia. Mañana saldrá a mar abierto, a la libertad, independizándose de sus creadores, en su primer viaje, que será hacia el sur. Una botella de champagne, atada por el cuello con una cuerda a la que disimula un moño, está, al fin, esperándome sobre una mesita. El capitán me entrega, en nombre de la tripulación, un ramo. Empieza a escucharse el himno argentino; no esperaba esto. Me toma por sorpresa. Luego el noruego. Las cosas suceden afuera y yo estoy bajo una campana de vidrio. Luego Søren sostiene los ramos sucesivos que me ocupan los brazos, me alcanza la botella y pone un micrófono cerca de mi boca. Sostengo la botella con la derecha y no sé cómo, de qué manera o por qué medio, escucho mi propia voz, alta y clara, repitiendo la antigua oración de buenos deseos al barco y a los marineros en los mares del mundo a la vez que impulso con todas mis fuerzas la botella que estalla con un ruido de vidrios rotos que caen y se pierden abajo, en el estrecho canal de agua oscura entre el barco y la banquina de la dársena. El vino corre por el casco naranja, una estela con bordes de espuma, el cuello de la botella vuelve oscilando y bailando hacia nosotros con su moño intacto. Aplausos y gritos que me llegan como un sonido acolchado. En un raptó espontáneo de confianza y entusiasmo, Søren me abraza. Yo sostengo la sonrisa que me acompaña desde que bajé del avión en Bergen. Estoy en blanco; sólo alcanzo a pensar que el barco va a tener fortuna. Hay una genuina felicidad que gira en la llovizna que nos cubre, algo ligado al mar y al barco y a los horizontes lejanos que les pertenece sólo a ellos, pero que me contagia y se magnifica ahora en el saludo aéreo de la sirena, una, dos, tres veces, un alegre retozo que me alza como una ola. El capitán me aprieta la mano exaltado y me habla en un inglés con tanto acento noruego que no le entiendo una palabra. Me saluda el piloto, el

segundo de a bordo y otros marinos más, según jerarquías que no distingo. Greta e Ingrid me abrazan, Hans y una cantidad de gente se acercan y rodean el palco, mientras el capitán, Alex, Søren y yo tratamos de bajar en medio de los apretujones y de la euforia general. Ya estamos subiendo la pasarela. Es como si hubiera cumplido una hazaña, como si algo los hubiera alertado o preocupado y ahora que se cumplió la ceremonia, todo se distiende y sigue como de maravilla. Pongo el pie en la cubierta y adquiero, con sobresalto, la verdadera dimensión del barco; lo lejos que quedó la calle, abajo, donde los músicos de la banda guardan los instrumentos. Vamos por pasillos estrechos y laberínticos a proa, al puente de mandos, completamente rodeado de aberturas vidriadas. Me entero de que hay otro capitán (son dos capitanes en esta primera salida), un argentino, que me ha saludado al pasar y que ahora vuelve al grupo y, rápidamente, me explica disculpándose en una especie de canal privado en medio de la rueda, que no llegó ayer porque llegó hoy, pero ya lo llaman desde otro sector y con una sonrisa se despide y desaparece. Sirven un cóctel; hay risas, saludos, conversaciones, gritos. Veo Bergen desde la proa. No puedo desairar al capitán noruego que está a disposición y espera a ver qué se me ocurre. Mis conocidos, despreocupados, toman algo y charlan pero hay un pequeño grupito de fieles que me sigue. De un modo u otro todos esperan, o creo yo, alguna gracia de mi parte. Ayúdenme bobmarlyanos.

—¿El asiento del capitán y el timón?

Estoy delante del timón y no lo veo porque no existe más el timón que yo, desde mi lejano Robinson, atesoraba. Aunque sabía que no iba a ser así, tampoco estoy preparada para esta especie de joystick, de asa o mango que dirige el cursor por las pantallas del radar. Es un gps, me dicen.

—El barco tiene una posición dinámica de dos hélices, se maneja por satélite — traduce para mí el oficial argentino de amplia sonrisa, que se ha abierto paso hasta donde estoy y con el que no hemos tenido un minuto para hablar—, y por las señales de un artefacto que se encuentra en el fondo del mar. —Søren lo observa sonriente, dejando, por una vez, que tome la palabra otro para hablar del barco—. Por más tormenta que haya, por más tempestad —prosigue mi compatriota y yo lo escucho encantada de oír su acento—, las hélices se turnan para mantenerlo en posición.

Me indica un lujoso folleto que yo, me acabo de dar cuenta, sostengo parece que desde hace rato, en mi propia mano. Siguiendo el índice de Søren, leo: «Uno de los barcos más sofisticados del mundo..., puede ubicarse en cualquier punto fijo del globo terrestre con una precisión de menos de un metro de error. Tiene 7 cubiertas, comodidades de un hotel de primera clase y tres cámaras de compresión para el buceo en profundidad en cápsulas submarinas...». Dejo el folleto y aprovecho para mirar afuera desde esta proa «que da una visión de 360 grados». El oficial argentino desaparece, antes me ha apretado fuerte la mano, llamado por otras personas u

obligaciones; tendrá que hacer su parte. Me rodea el grupito, ansioso y sonriente. Comprenden mi situación, pero al mismo tiempo quieren ver qué impresión me producen estos datos. Qué emoción me causa «la criatura». Mi cara ha agotado su repertorio completo de interés y asombro, pero permanece abierta como una ventana. «Es un barco de rescate, de ayuda y soporte tecnológico para cualquier embarcación en el mar y para operaciones submarinas». Ése es el punto: por eso acepté, digo, comunicando, en el lugar menos adecuado, una de las verdades básicas del viaje. Mi explicación boga en el aire, llevada por murmullos y exclamaciones, y se deshace contra la cara del capitán, como una ola contra el murallón de la costa. Me animo. Inspirada por el momentáneo poder que detento, le digo al capitán que me gustaría conocer las cabinas de los marineros. Me mira encantado, o eso es lo que creo. Está sobreentendido que nos comunicamos entre el barullo general, a pesar de su cerrado acento noruego, de mi acento argentino y de mi zumbido, siempre al acecho detrás de mi sonrisa indomable. Buques y aviones, ésta es mi vida.

Es raro lo del acento del capitán, imagino mientras lo sigo y compruebo que detrás de mí se alinea una larga fila sonriente, con copas en mano. Alguien tal vez de tierra adentro, el capitán, un muchacho de aldea, tenaz y aplicado, orgullo de sus padres. Hace carrera, llega a capitán de este barco. Salvo que acá lo más parecido a tierra adentro es un cubo de hielo de 3000 kilómetros cuadrados. Me distraigo con estas tonterías cuando debería prestar atención. Todo ha salido bien hasta ahora, no voy a claudicar y me siento impulsada por esa rara euforia que aparece, alocada, sin avisar. Vamos por pasillos angostos que recorren el barco. Visto mil veces en el cine. Si alguien viniera en sentido contrario deberíamos pegarnos a la pared. Avanzamos el capitán y yo y nuestra comitiva que marcha de a uno en fondo, hombres y mujeres (la sonrisa divertida de Gretta), comentando, supongo, mi ocurrencia. El capitán gira la cabeza y me habla. No le entiendo ni una sílaba, pero advierto que está exultante, como si le hubiera dicho que quiero conocer a algún familiar cercano, querido. Aunque nuestra comunicación es nula, somos la pareja del momento y lo llevamos viento en popa. Bajamos escaleras y subimos otras, nos cruzamos con marineros jóvenes, que saludan al capitán y me miran con respeto a pesar de que deben mirar para abajo dada mi estatura, notoriamente menor al promedio noruego (¿cómo es que está sucediendo todo esto?). Al fin, el capitán abre una puerta al azar y extiende el brazo, sonrío ampliamente; yo entro e inspecciono. Todo es flamante, funcional, no se desperdicia un centímetro cuadrado, las chuchetas, los espejos, una mesa, el baño. Me deja estupefacta la cortinita de cretona floreada tomada con dos presillas a los costados del ojo de buey, un toque hogareño, casi de Hansel y Gretel, tan incongruente que me doy vuelta con ganas de reírme. Miro de lleno la cara del capitán y las otras caras asomadas por detrás de él en el marco de la puerta. No voy a poder comunicarles lo que me causa gracia. La necesitaría a Corina, hubiera captado de inmediato el detalle, nos hubiéramos reído y hubiéramos dado una excusa.

Entonces, con sorpresa algo exagerada digo una de mis líneas:

—¿Realmente ésta es la cabina de un *marinero raso*?

Me festejan. Me siento un poco sobreactuada, pero no es momento para reflexionar. Volvemos por el laberinto. Vamos a cubierta y me detallan el helipuerto. Los de la comitiva van defeccionando. Conozco la arboladura de los barcos a vela del siglo XIX, trato de expresarle esto al capitán, pero no me hago entender. Él sonríe. Volvemos a proa, donde se desarrolla el corazón del festejo. El color profundo del mar, el bullicio de las conversaciones, los graznidos de las gaviotas, las carcajadas aisladas, la oleada de luz grisácea que entra por las mamparas, todo se funde y me avasalla un solo e imperioso deseo: estar sola, en silencio. Me quedo mirando el fiordo que se abre, no demasiado lejos, a la línea del mar. Alguien me entrega una caja de madera, parece un pequeño ataúd, con tapa deslizante de vidrio. Sobre una tela color granate, yace el cuello de la botella estrellada contra el casco del *Boreas-Austral*, con su moño, para recuerdo en mi casa de Buenos Aires. Imposible en este momento hacerle espacio a mi casa de Buenos Aires.

Bajamos. Subimos al ómnibus, volvemos al hotel. El ambiente no puede ser más celebratorio. Los noruegos no son solemnes y eso facilita mucho las cosas. Me viene a saludar Hans, en nombre de todos, me dice que la ceremonia salió espléndidamente bien, que hace mucho no tenían una madrina tan... Sobre su hombro Søren me pregunta si quiero subir un momento a mi cuarto antes del banquete o si voy con todos ellos al segundo piso, acondicionado para la fiesta. Me pasa el programa. Digo que voy con ellos, si entro en mi cuarto corro el riesgo de no poder salir. El programa termina a las veinte. Son las dos de la tarde.

Los astros han girado una vez más en el cielo, la Osa Mayor estará más cerca o más lejos del horizonte, no lo sé. Faltan unos veinte minutos para el fin de la fiesta y otra vez, en el espejo del salón, los grandes sillones de cuero rodeando la mesa en la que estamos sentados después del almuerzo, que ha sucedido hace horas. Cada tanto alguien, hombre o mujer, pasa a comentarme algo o a despedirse y sigue. Más allá de la enorme arcada, el comedor ha quedado vacío, con ese aire de abandono de los salones en los que hasta hace un momento hubo mozos con bandejas y personas hablando; las sillas separadas, algún abrigo olvidado en un respaldo. Hace unas horas, una mujer se levantó de su silla, fue al micrófono, leyó las palabras que le habían pedido para la ocasión y volvió a su mesa. (... *Finally I'm moved because of something touching and meaningful: the name of this ship. Through the magic of words her name links two hemispheres and binds the two constellations that led North and Southern sailors from the beginning of times, Great Bear and Southern Cross, and we hope they lead this vessel forever*). Ya sucedió. Ya culminó. Otra vez en la mesa, irradio benevolencia, lo que causa una simpatía exagerada en mis anfitriones; mi perspectiva está distorsionada, lo sé, pero me dejo llevar por la

corriente de la noche que sigue su curso y me impide caer en la sigilosa grieta de Munch que arde en mi alma. El capitán argentino se levanta de su mesa, cruza el salón, llega, se inclina y me da un beso. Las circunstancias lo llevan a él también un poco en el aire o quizás es el toque local de aquavit y resplandece. No obstante, conserva la dignidad del puesto de mando. Tenemos un pequeño conciliábulo de compatriotas en el exilio; reímos, cruzamos datos, brumosamente entiendo que es de Cañuelas. ¿Cañuelas?, exclamo, tan sorprendida como si hubiera dicho Zimbabwe. Se despide y rápidamente vuelve a sus asuntos. Voy al *toilette* de damas a recobrar la cordura. Cuando vuelvo, la gente está buscando sus abrigo; se cerró el círculo sobre los discursos, los regalos y las arpas, que inesperadamente hicieron su aparición. Un concierto perfecto que se esparció sobre nosotros como el rocío de una mañana de verano. ¿Les gustaría a los bobmarlyanos? Los gorros y los auriculares me arrancan del trance sin piedad, hacen jueguito al lado de la mesa, uno, dos, tres... Animales jóvenes ávidos de tragar todo lo que el mundo tiene reservado para ellos. Luego, nos trasladamos al salón, donde estamos ahora. Desconfío de la inocente transparencia del aquavit. Søren pasa por detrás de mi sillón, me aprieta suavemente el hombro y sigue. Algunos invitados me desean buenos augurios y me dicen que la fiesta ha estado maravillosa, como si hubiera sido yo la que la preparó y los invitó. La noche gira un poco más. En el espejo en el que nos reflejamos veo a Hans frente a mí, una rodilla en tierra y el torso levemente inclinado, extendiendo su mano pidiendo la mía, como un caballero medieval mientras los demás ríen de la ocurrencia y yo también. La imagen me gusta, hace reaparecer a la mujer de rojo que todavía no se ha eclipsado por completo, no se ha borrado del todo su sonrisa que, sin duda, desaparecerá. Le tiendo la mano y digo:

—Marlboro light.

Hace un momento dije que me había quedado sin cigarrillos y el abogado naval, en un raptó que estas gentes nórdicas deben permitirse sólo con grandes dosis de aquavit bajo el cinto, saltó de la silla y rodilla en tierra me dice que él irá a buscármelos. Risas de simpatía rodean su gesto porque para todos ha sido evidente y para mí también que la madrina del barco ha ejercido cierta impresión en Hans. Y es lo mejor que nos puede pasar esta complicidad que compartimos al abrigo de los cortinados, la música y las atenciones del hotel, porque desde la fría quietud del espejo nos acecha como un relámpago el gesto momificado y mudo de *El grito*, que desaparece no sin antes lanzarnos su advertencia. Aplaudimos el regreso de Hans, paquete de cigarrillos en alto, como si volviera de las Cruzadas. La fiesta termina, algunos caminan por el salón compartiendo los últimos comentarios. Otros conversan en los sofás, como si levantarse, buscar los abrigo y empezar a despedirse fuera un trabajo excesivo. Alguien llama al otro lado del salón a un hombre delgado, de aspecto retraído o más bien de gesto antipático, que había perdido de vista —Erik—; se ha mantenido desde el principio en la periferia de los círculos áureos. En la reunión de ayer me preguntó

sobre el tango y como si con esa pregunta hubiera cumplido con su deber social de participación, tras hacerla se esfumó. Y aquí estaba. Es en todo distinto de sus compatriotas (en caso de que lo sea): menudo, delgado y de pelo oscuro, no ha hecho nada por parecer a tono con la fiesta. Se acerca; le hablan en noruego, le piden algo y me señalan. Sin ningún preámbulo, se acomoda en el sillón grande donde le hacen espacio y deja el cigarrillo en el cenicero. Me informan rápidamente que es experto en historias de mar y canciones antiguas. Antes de que pueda enterarme del todo, su voz, una voz nasal, pura, se eleva por encima de las conversaciones. Se hace silencio. Él no mira a nadie o mira por encima de nuestras cabezas al balcón y, más allá, al fiordo. Es una canción monótona, primitiva, que repite hipnóticamente un estribillo, y no sé si es la noche, el cansancio, el vino, pero siento en el aire la suspensión, el magnetismo que provoca esa voz masculina sobre todos y sobre mí, una voz que se eleva y baja, como si él mismo se hubiera perdido en el canto o en la historia. Gretta acompaña suavemente el ritmo con la cabeza; todos la conocen, viene de la tradición antigua, de la infancia, y los reúne en el sentimiento de pertenecer a algo mayor, que los contiene. Abruptamente la canción termina. Exclamaciones y aplausos aislados que él no agradece, mira su cigarrillo a ver si vale la pena retomarlos; lo apaga y enciende otro. La canción pertenece a la saga de Yngling, de Snorre, me explican, y cuenta la historia de la reina Asa, miembro de la dinastía que reinó en Vestfold, y de sus amores contrariados.

Con la canción de Erik termina la fiesta, y es lo que quiero llevarme a mi cuarto antes de que se desvanezca. Adiós. Buenas noches. Mañana vuelo de regreso a Oslo y después a París y de ahí a Buenos Aires. Con palabras cálidas, llenas de simpatía, me invitan a seguir con ellos la noche en algún lugar de Bergen. Digo que no, que muchas gracias. Les agradezco en general, a todos con una emoción difícil de explicar. Se despiden, me despido. Entro en el ascensor y mientras las puertas se cierran, veo sus caras por última vez. Ya no tengo nada más para decir y, desde ahora, el silencio es mi reino. En el espejo, el rostro pálido de una mujer asoma detrás de los enormes ramos de flores. Me mira fijo a los ojos con sus ojos como agrandados y brillantes: hace mucho que no nos encontrábamos. Entro en la penumbra benéfica de mi cuarto. Mi cuello se distiende, mi espalda se afloja y voy a tientas al baño, abro la canilla de la bañera y deposito allí los nuevos ramos de hoy. Me quedo inmóvil, respirando, sentada en el borde de la bañera. Hay algo extravagante, bello, en el asomar desordenado de esas flores blancas, azules y rojas, un hermosísimo despilfarro. Cierro la canilla. Me enfundo en mi pijama, me quito el maquillaje, me cepillo los dientes. Con un impulso inexplicable, algo de algún modo automático, me pongo a anotar lo que sucedió hoy, desde el desayuno con Søren y Gretta hasta este momento.

Al rato, me arrastro a la cama inmensa y amarilla como un campo de trigo. Me

duermo sin saber cuándo, creo que antes de tocar la almohada.

Abro los ojos y las ventanas están negras. Me siento completamente despierta. Voy descalza a la ventana y miro el puerto; esto de ir a la ventana se ha convertido en un hábito o una fatalidad desde que llegué a Noruega, ¿hace cuantos días? Las luces brillan en una quietud inmaterial. No hay autos que recorran el camino costero. Sólo los barcos tienen unas pocas mamparas encendidas y alguna de ellas puede ser del *Boreas-Austral*. Voy al baño y tomo un vaso de agua. Cuando vuelvo, sobre la mesa mi libreta y mi lapicera están como esperándome. Enciendo una lámpara baja. Vuelvo a la ventana. Las luces que se reflejan en el agua negra siguen allí: rectas, largas líneas brillantes e inmóviles, como el reflejo de la luna en los cuadros de Munch; entre ellas y yo, de repente, una pelusa cae, atraviesa verticalmente la inmensidad de la ventana. Otra. Y otra más balanceándose en el aire quieto y helado. Pasan los segundos y ahora son muchos, una danza grácil de copos, apenas más grandes que gotas, pero copos. Cae la nieve frente a mí, como para mí sola. Nadie en las calles, nadie en las ventanas que alcanzo a ver, nadie que comparta la nieve. Tal vez la primera nieve del invierno noruego. ¿Cómo puedo ser solitaria testigo de tanta belleza? Las luces permanecen con fulgor de diamante tras la nieve y los copos, tan livianos que van cada uno a su manera, flotando en el aire sin que ninguna fuerza los atraiga, desordenados y continuos, cada vez más continuos, reflejando suavemente las luces cercanas, cayendo sobre Bergen y más allá, sobre las montañas. Pasa un momento y toman cierto orden desordenado, cada vez más grandes y copiosos, con el débil destello que recogen de mi ventana. Como un eco de la nieve, palabras no formuladas se estremecen en el hueco interior. Una disposición vacilante, el anuncio apenas esbozado de un develamiento, algo que quiere ser dicho, pero no se formula; traspasar un límite, los años, el tiempo barriendo lo vivido con melancólica ferocidad: pasos, gestos, palabras, para llegar aquí y ahora a experimentar una conciencia aguda de lo fútil y de lo transitorio. Y esta belleza pálida, inaudita, que el pintor debe de haber contemplado tantas veces. ¿Era posible decir esas cosas? Munch era como los bosques del sur, los sombríos bosques del invierno en la Tierra del Fuego: la tierra cuarteada de nieve, la niebla ligera entre los troncos, que no se disipa con el día, el musgo de un verde tan intenso que parece sobrenatural, los sonidos fantasmales de los hilos de agua; un bosque hecho de soledad, de caminos aislados y de algunas iluminaciones. Un sendero que se abre por primera vez a nuestros pasos trazados por el hombre catalizador de una época, el hombre-signo. Una impresión honda permanece sin formularse, más abajo todavía, en un lugar inaccesible a las palabras.

Sin dejar de mirar la nieve que cae me siento a la mesa, cerca de la ventana. Abro la libreta, tomo mi lapicera.

El temor a saltar hacia la próxima palabra; no sé bien si el temor o la incertidumbre del salto al negro vacío o al vacío blanco. Elijo el vacío blanco, como una luz llena

de sí misma en la que me hundo, sin preguntas. El contorno de la mano tiembla con una energía suave, línea trémula de casi imperceptible fulgor: es la circulación del lenguaje. Que me lleve, que pueda seguir sin intentar otra cosa que seguir, que dibujar estos trazos aprendidos que fluyen de la punta de la pluma, facilitados por la tinta benigna, que hace deleitable el dibujo, lo desliza, va hacia delante, se arriesga y que tal vez, si lo sigo, alcance la zona desconocida que quiere expresarse; el impulso es de la mano, de ella y de la pluma. Desconocida significa inaccesible; algo incomunicable que late sumergido o enterrado y que trata de aproximarse a la superficie, salir de su encierro y mostrarse. Toque que perturbó las aguas profundas. En algún lugar difuso, lo presiento; es algo ambiguo que intenta encontrar la forma; la forma quiere decir: las palabras. El hálito, el aliento, hay que tomar el aliento y conciliarlo con una forma aún indefinida, que todavía no se manifiesta; el hálito necesita la forma, la necesita para poder mostrarse, requiere los sonidos en el pensamiento y su dibujo en el papel. Late, débil, entre líneas o entre las palabras que dibujo, tal vez debajo de estas palabras que dibujo, pero existe, tiene una preexistencia errática pero cierta, está ahí, late. Si consigo continuar es posible que se presente, que adquiera un peso y una proporción entre las frases. Un impulso ignorado; no sé de qué se trata. Una idea, una sensación olvidada en la superficie, una vibración de la luz, como una onda apenas insinuada por un movimiento en lo profundo, anclada en lo hondo, no dicha, nunca tomando lugar en el molde de lo dicho. Pero ¿qué?, ¿coartadas?, ¿no permitido?; considero, lo voy a considerar. Considero que tal vez yo contenga algo que no he dicho o que no he intentado decir hasta ahora y que, agazapado, o simplemente en espera, tranquilo y paciente o inquieto y feroz, ha esperado este raro momento de suspensión para insinuarse y que, tal vez yo misma mediante algún mecanismo que se me escapa, no haya permitido esa floración, no sé si la palabra es lícita, pero las palabras van una detrás de la otra sin mi incumbencia; aunque floración remite a algo benévolo y tal vez no lo sea, no sé. No es fácil que me disponga así como así; es este filo, esta duermevela; ha sido el influjo de la nieve y la esperanza puesta en la pluma, en su fluir, en su deslizamiento tan fácil de manejar, casi sin mi voluntad que tal vez traiga consigo una revelación. Contradictorio, este deslizarse fácil de la mano es engañoso, en él no encuentra lugar aquello que está buscando desplegarse, encontrar su lugar en las palabras; cosas ya dichas, cientos, miles de veces, cómodas, acomodadas, moldes en lucha tiránica con otros matices, rasgos nuevos que pugnan por ingresar, que se han agregado como espinas a lo ya sabido y lo ya sabido no puede o no quiere aceptarlos; lo que intenta ser dicho es ahogado por las connotaciones debidas a la costumbre, a los sucesos, historias que cargan a las palabras con un fardo pesado hasta hacerlas arrastrar una existencia obesa, justamente a causa de ese volumen repleto que no les deja espacio aireado para incorporar significados de los nuevos tiempos o de las nuevas experiencias, simplemente el matiz que tanto necesitan y, a causa de esto, es posible que ahora, en este momento, lo que quiere ser dicho no

encuentra su lugar precisamente por ese motivo aunque ha cobrado una entidad casi corpórea y lo-que-quiere-ser-dicho está en la instancia previa a manifestarse, está en seleccionar, en ser selectivo de las formas, ser lo menos errático posible en el instante de elegir las palabras. Demasiada exigencia; las pequeñas antenas sensibles de lo todavía amorfo, lo-que-quiere-ser-dicho-y-no-puede-expresarse tocan un punto por debajo de la superficie del lago en calma, casi se perfila su difuso contorno en la transparencia, ya, a punto de mostrarse, pero la epifanía no se produce; ese acercarse a la línea no conduce a nada, no dice lo que pugna, lo que presiona desde abajo buscando la forma que le permita emerger, nacer, darse a luz. Ser dicho. Amoldarse a las palabras sin perder identidad; es difícil. Un suspiro de descanso, un respiro. Parece demasiada exigencia, pero si no encuentra las palabras exactas, aquellas que necesita para decir lo que no encuentra forma de ser dicho, perdería identidad y lo-que-quiere-ser-dicho sería otra cosa, expresada ya con su forma-otra, no con la inminencia primigenia que se insinuó, se intuyó, cuando las palabras iban a ser dibujadas una detrás de la otra, anulando por un momento el temor del salto hacia la nada, hacia el vacío blanco, de la próxima palabra; había elegido el vacío blanco, cegador como la nieve, y ahí, en lo profundo, en el magma blanco cegador, en esa nada flotante e insípida se produjo esa instancia de decisión de que algo deseaba ser dicho, algo todavía sin nombre ni forma, un sentido anclado en lo profundo, y enseguida la intención. Porque cuando aparece o se insinúa la intención de algo de ser dicho, de inmediato, sin que nada pueda impedirlo, por una ley desconocida del espacio blanco cegador, concomitante con ella, se da y nace la búsqueda de la forma. Y previo a esto, en una instancia interna inapelable, los filamentos de sentido se tienden en el espacio negro, uno en busca del otro, uno tratando de asirse al otro, como huellas débiles de luz en la oscuridad que se van juntando, una danza, para formar un haz, un manojo más fuerte en su luminosidad que ahora sí, ya, ahora, significa, y ese significado empieza a rodar silencioso, fluye, como el fluir de un río o de la sangre en las venas, pero impersonal, sin ser nada todavía sólo puro deslizamiento de sentido que busca su forma. Ahora: un sentido de carga oscura. Eso lo sé. Y así tal vez se pueda formular, pero si permanece en estado de preexistencia, puede flotar en la anomia como una galaxia gaseosa, como la lluvia en una pantalla brillante sin imagen, antes de su condensación, cuando es todavía un velo tenue que de golpe se ciñe al núcleo de un sentido, fulgurante, súbito. Son las cinco; entonces, ingresa un sentido. ¿De la madrugada? Así es. Sabemos algo, pero aún nada del sentido que se insinuaba (¿oscuro?), porque el sentido que se insinuaba ha retrocedido ante la brutalidad de la pregunta y la brutalidad de la respuesta, como un cardumen plateado que se espanta y, con un giro instantáneo, huye; demasiado ruido hizo la pregunta, irrumpió como un disparo. Y la fragilidad de lo-que-buscaba-ser-dicho hizo que se retraiga, se retrae, como el giro brusco de un pecesito plateado, alarmado tal vez por la cercanía posible de un molde concreto que se presentó sin permiso, obligándolo a mirarlo de frente, el molde; que lo

atrapará, tal vez, en un masculino singular (¿tiempo?), o en un femenino plural (¿muertes?) o en una interjección, o en una forma verbal. Me inclino por lo último, lo intuyo. Busca una forma verbal. Es sólo un presupuesto, algo tranquilizador; no sé en realidad qué ha pasado con lo que quería ser dicho, ¿se retiró? Es comprensible. Si adquiriera una forma, ¿verbo?, esa forma ya estaría obligándolo, ciñéndolo a una función y a una convivencia necesariamente pacífica ya que los significados no pueden darse de patadas, existe lo que se llama lógica cosa a la cual lo que quiere ser dicho le escapa, quiere salirse de su norma, la norma rígida de la lógica. Lo que quiere ser dicho acá y ahora busca un canal pleno, de intuición directa, centelleante, que le permita expandirse sin ser deformado en extrañas bifurcaciones. Empiezo a creer que lo que quiere ser dicho no puede ser dicho; es, por ahora, una sospecha. Ingresó una indeseable explicación lógica. Me aflojo, ninguna prevención, sólo la pluma de deslizamiento dulce, suave como una caricia en su fluir. Le allano el camino; sé que sería casi un milagro que lo logre, aunque más no sea una primera percepción. Es deseo puro. Hay formas por llenar y funciones que cumplir; la lógica es severa, pero el deseo no claudica, el deseo es la llama de luz que no se apaga, el hilo que conduce en el bosque encantado, el pájaro que canta en la oscuridad. Debo mirar para otro lado, distraerme, tomar un atajo, y ahí, tal vez, lo-que-quiere-ser-dicho me tomará por asalto. Confiará en esa fresca corriente que le ofrezco para que se arroje y salga; es muy poco, es estrecho el curso. Pero lo-que-quiere-ser-dicho, ahora lo sé, está inmóvil en lo profundo; quién sabe desde cuándo espera: necesita hondo sosiego no este fluir de la sangre, bam, bam, bam y este bla, bla de la mente insomne que intenta atrapar lo que quién sabe qué anclas han mantenido sujeto al fondo. Anclas del desencanto por la pobreza de las posibilidades que se le ofrecían lo han mantenido ahogado, fuera del foco del logos, en una pura latencia de dolor, o miedo o ¿por qué no?, alegría o libido. No confía en las condiciones presentes, no ha llegado todavía el momento de confiar. El universo es rígido y permanece concreto, demasiados ángulos, tal vez, o demasiado mapa ordenado, y el sentido necesita una fuga, un escape a presión, una suelta de palomas. La lógica no quiere dejar el campo, lo consideraría una derrota, una vergonzosa derrota en manos de la flojera, del abandono, de la pasión. La lógica no renuncia a su presa; exige un argumento, una línea, una trama, mientras que la naturaleza de lo-que-quiere-ser-dicho en concordancia con algo que puso alguien (¿un hombre en un cuadro?) es otra, contradictoria con ella; lo-que-quiere-ser-dicho busca secretos, busca internarse en la oscuridad y volver con la flor, o con algo más inesperado, algo definitivo; brutal, realmente. Se ha dado, sin duda, esta lucha, la confrontación de lo no-dicho con la lógica, de otro modo ya se habría avenido a emerger, a mostrarse, a encadenarse a otros enunciados que sí han admitido su formulación y se van alineando uno tras otro, de manera no del todo dócil, pero sí bastante dócil o lo suficientemente ordenada como para que el sentido, algún sentido, no se vaya escurriendo del todo y continúe a flote, a ras de superficie, y prosiga, acomodándose allá y ciñéndose acá y

estableciendo nexos con lo que quedó atrás y con lo que se va a decir en un futuro inmediato. Lo que ha aceptado ser dicho ha aceptado, al mismo tiempo, ceder, sacrificar una parte, una rebarba, una luminosidad que debe ser recortada, segada, despilfarrada, en aras de la comprensión. Pero lo no-dicho no quiere ser recortado en aras de la comprensión, se niega a entrar en el juego de lo que ha aceptado ser dicho, se lo reprocha y entra en colisión con lo dicho, se le opone: lo acusa de doblegarse. Entonces, silencio; se sumerge y elige existir en un estado tenue de energía que permanecerá innostrado, pero cuya fuerza es imposible desconocer, creando impulsos desconcertantes, atisbos de angustia, de ceguera, de optimismo loco, de espanto, todo lo cual es falso, es una trampa. Es derrota.

Lo inexpresable no se aviene bajo la helada noche boreal, bajo la Osa Mayor, invisible tras la caída de la nieve, pero presente en el supremo cielo. Sólo nos queda resignar, acatar el dibujo que trazan la mano y la pluma, su deslizarse de apariencia fácil y engañosa, en el vacío cegador del papel...

Søren y Greta me llevan al aeropuerto. Bergen, blanco, resplandece. Por virtud de la nieve en los tejados, donde hilos de humo se elevan de algunas chimeneas, ha regresado a un estadio anterior, antiguo y alegre, de trineos y mitones rojos. Su primitiva naturaleza de cuento folclórico. Comentamos esta primera nevada de un invierno que se ha adelantado. Greta me dice que ha sido en mi homenaje, por haber venido de tan lejos. Es el mejor regalo de despedida que puedo tener, contesto. Antes de salir, en el *hall* del hotel, le legué todos los ramos y cajas de bombones que he recibido; ella me entregó un álbum de fotos que contiene los momentos principales del festejo que compartimos. En el trayecto al aeropuerto, intercambiamos comentarios, recomendaciones para el día que me queda en Oslo, para el día en que decidan visitar Buenos Aires, palabras envueltas en el sentimiento artificial de la despedida. La salida se demora unos veinte minutos: están quitando la nieve de la pista. Tomamos un café en una cafetería al lado de la puerta de embarque. Me entrego al último tramo de mi estadía en Bergen con una sonrisa espontánea.

Media hora después, nos despedimos. A pesar de las palabras que decimos, sabemos que no vamos a volver a vernos. O quién sabe; los caminos del azar son inescrutables. El abrazo sincero de tres personas en un punto cualquiera del planeta. Quisiera decirles algo que dure en sus memorias. No lo consigo; pronunciamos los lugares comunes de toda despedida.

Desde la ventanilla del avión los veo —el abrigo azul de Greta, la gabardina beige de Søren—, en la terraza del aeropuerto de Bergen donde brilla la nieve, levantar la mano cuando el avión despegue.

Otra vez Oslo

MI hotel de Oslo me abre las puertas como un querido amigo que me ha estado esperando. Recibimiento del conserje con gran sonrisa. Hay un papelito para mí: un mensaje de A. que ha llamado hace unos cuarenta minutos, siguiendo un itinerario puntual, que no contaba con la demora de la nieve. Subo a mi cuarto floreado, mi valija grande, mis cosas. Aunque es de día, enciendo todas las luces, me saco el abrigo y los guantes, dejo el bolso junto al placar. A la noche arreglaré mi equipaje. Me siento en el borde de la cama y llamo a A. Quiere saber cómo estoy, cómo fue todo; yo le hablo de la nieve.

Sobre la mesa de luz, el libro con la cita de Walter Scott, el *best seller* telúrico, el libro de las pampas y de la niña casadera. Se ha quedado como esperándome. Después de tanto fiordo, lo miro con súbito cariño. Lo abro en cualquier parte, me recuesto sobre la almohada y leo: noche de tormenta sobre los ombúes. La pampa, con cerrazón: truenos y relámpagos. La estancia, a unas pocas leguas. La protagonista, sola, llorosa, pañuelo sobre la boca (amores contrariados), se bambolea en la diligencia que avanza a los tumbos por esos caminos de Dios. El mayoral, junto al postillón, da vuelta el caballo, se acerca, golpea y asoma la cara por la ventanilla:

—¡Va a haber que hacer noche en la posta, niña! ¡Se viene la sudestada, nomás! No se me aflija que estamos cerca.

Un relámpago ilumina los rostros de la patroncita y del morocho de bigote cerdoso. Con el rebenque, el mayoral se toca el ala del sombrero y vuelve a hundirse en la noche.

¡La estancia y el mayoral! ¡La sudestada! La lluvia torrencial y mi patio inundado. En el viaje de vuelta me voy a leer este libro; de pe a pa. Nunca digas de esta agua no he de beber. De algún modo, empiezo a volver a casa. Respiro hondo. Hondamente.

Tengo lo que resta del día y de la noche para despedirme de Oslo. Doy una o dos vueltas por el cuarto, mirando mis cosas, sin decidirme a hacer nada. Me tiro en la cama y dejo que los pensamientos se acomoden de a poco, que se aquiete lo vertiginoso de estos días. En el silencio se apodera de mí un vacío hipnótico, una abulia creciente, benéfica. Lo sucedido en Bergen empieza a tomar la forma curiosa de algo inventado, soñado. Ahí están los hechos, me digo, las caras, las voces, la canción antigua de Erik; la caída de la nieve en Bergen, ahí está el barco, el *Boreas-Austral* navegando ahora mismo hacia el sur, grabados, marcados con la intensidad de un punzón en mi mente. Pero ahora no quiero verlos.

Con mi misión cumplida, sin ningún peso, experimento una estimulante liviandad que

me lleva, que me impulsa a salir. Bajo y camino hasta Karl Johan's Gate con un excitante contento, deseando perderme en las calles laterales e inexploradas al doblar cualquier esquina. ¡Ah, Corina, si vieras a tu amiga tan cerca de tu casa y con esta ligereza en el cuerpo, después de haber sorteado los peligros! En otras latitudes — Grecia, Buenos Aires— el tiempo seguirá su curso ordenado y si bien voy hacia allá no quiero entrar todavía en el curso ordenado. En Oslo no nevó y una luz gris se filtra constante entre las nubes espesas; cuesta imaginar que arriba brilla el sol. Me tiemblan un poco las manos, algo raro en mí. Me he exigido mucho y me lo he dado. Camino deshaciendo el primer trayecto que tracé en Oslo, hasta la plaza donde me despido de Ibsen y de Bjørnson; inmutables en su enfrentamiento parecen decir: «Somos Noruega». Falta alguien, desde ya, falta alguien. Deambulo tranquila por la avenida y entro en un negocio gratificante, esos donde hay un poco de todo, mitad *drugstore* mitad kiosco, con variedad infinita de revistas, chocolates, recuerdos y libros para viajes. Compró una hermosa pipa de madera noruega y una hermosa lata de tabaco noruego y lo hago envolver para regalo. Salgo, sigo y entro en una galería; en un recodo, frente a un inesperado espejo, le digo a la mujer de anteojos oscuros: «Yo vi a Edvard Munch», y es como si el corazón me diera un vuelco.

Las luces de las calles se han encendido y tras las vidrieras todo es brillo y color. Entro en un café y busco una mesa. Como un hábito irreprimible, saco del bolso la lapicera y la libreta, pero no voy a escribir. Esto lo anoto después, en el avión. Pido un té y miro pasar la vida noruega de la que me llevo su mayor secreto. Contemplo el discreto ajeteo de Oslo desplegarse por la avenida que fue la segunda casa de Edvard Munch, recorrida ahora por ejecutivos en monopatines.

París, domingo, noche

Querido A. hoy tengo el pulso mejor. Ayer, en Oslo, me temblaba tanto la mano que apenas me reconocí la letra. La tensión de estos días, de la que no me di cuenta completa hasta hoy, hasta ahora, se desplomó sobre mí. Quiero escribirte aunque esta carta llegará conmigo a Buenos Aires, ¡mañana! O tal vez, pasado; el tiempo sigue siendo una incógnita. Lo seguro es que mañana a la tarde, ya casi noche acá, voy a estar tomando el vuelo a Buenos Aires en el Charles De Gaulle. Hoy fue un domingo inesperadamente soleado. Muy frío y soleado. Día global que nos empareja a todos en el combate contra el tedio. Hasta en el aséptico Aeropuerto de Oslo, temprano, a la mañana, se notaba que era domingo. Aproximarme a París me iba tranquilizando, como quien sale de un peligro y ve cerca la tierra que lo refugiará. Era una intranquilidad del cuerpo, no de la cabeza. Le había exigido demasiado y me había acompañado bastante bien. Después fue el derrumbe. Desde el cansancio alcancé a pensar algo que voy a dejar para cuando llegue a casa: cómo decirle a Corina que estuve en Oslo; que emprendí este viaje sin avisarle.

Ahora, en mi modesto hotel de la rue de Seine, no puedo dormir, mil ideas que dan vueltas en la cabeza, imágenes de todo lo vivido, Munch, el barco, las personas que conocí; gestos, detalles que habían quedado atrás, esperando este momento de relativa calma para presentarse, para pedir su lugar. Más que cualquier otra cosa, necesito compartir con vos algunas explicaciones sobre Munch, sacármelas de la cabeza, como quien alivia el equipaje antes de partir. Debo decantar de algún modo parte de todo esto. Mi empatía natural por las biografías, en este caso por su biografía, se transfirió e hizo una sola con la empatía por su obra; conocidas así, simultáneamente, hechas una sola, poseyeron la fuerza de una experiencia límite. Puede ser una explicación, no obstante, ya en el avión, dejando atrás Oslo, me pregunté otra vez: ¿Qué era lo que me había conmocionado de Munch? ¿Qué había sido? ¿Esa fuerza sombría en lo profundo de su obra que nos complica a todos? Esto lo sé, pero está fuera de mi alcance. ¿Su aura romántica?, ¿sus borracheras, sus amores nefastos, su alcoholismo, su desprestigio burgués? No era eso, porque ése es un Munch evidente, accesible al primer contacto, aunque también era eso. Munch no tenía nada de romántico; era pragmático y sabía muy bien vender sus pinturas, y lo que le convenía o no a su arte; conoció de cerca la pobreza, casi la miseria, y eso no le parecía honorable, no le gustaba para nada y huía de los grupos que se regodeaban en la bohemia negra. Sabía también lo que le convenía o no de las mujeres. Un egoísta feroz, que estaba enfermo y sabía el escaso límite que tenía para pintar. Sin duda, su obra me trastornó, me sacudió. Soy la que va dejando atrás la mujer de rojo mientras voy hacia la mujer de negro. Así era la danza de la vida, ese pasar de un lado al otro, de una edad a otra, en medio de un baile sonámbulo con un fondo de desvarío. Pero esa verdad, aunque clara, es individual y, si se quiere, trivial, mientras que la pintura de Munch llega a una verdad más honda. A otra dimensión. El miedo a la muerte, la certeza del fin, la degradación de la enfermedad no son cosas individuales. Él había cruzado esa frontera, había alcanzado otro tipo de verdad, una verdad *humana*, algo que yo intenté decir al papel, pasar a mi libreta. Más allá de sus cuadros que me habían dejado hipnotizada y sin aliento, había otra cosa, algo que ahora empiezo a comprender con mucha claridad. Sólo que mientras sucedía no me daba cuenta porque recibía todo de golpe, pendiente de las telas, de los sucesos de su biografía. Es una simple frase de su primera juventud, que volvía una y otra vez: *He decidido convertirme en pintor*. Ahí estaba lo que me había admirado, lo que me había exaltado, ahí estaba la potencia, la energía, que recorría su obra: la ineludible perseverancia en su ser, en *ser lo que era* hasta el final, la integridad en aceptar ese centro, ese eje, costara lo que costara. Su obra estaba hecha de esa determinación de hierro: ser lo que era hasta el final. A pesar de la infancia sofocada y triste, a pesar de la enfermedad que lo acompañó siempre, a pesar de la religión para la que seguramente hubiera estado dotado, a pesar de los compañeros de ruta circunstanciales, de la extrema pobreza del comienzo, de las mujeres buenas y malas de su vida, Munch había persistido en su ser sin flaquear ni torcerse, y, como una

flecha, se había disparado hacia el futuro.

Hace rato dejé de escribir, interrumpí la carta y todo lo que tenía en la cabeza para seguir; lo corté. Me quedé mirando mi lapicera plateada donde se refleja la luz de la lámpara. Qué estupidez, cuántas palabras. No tienen ningún sentido las explicaciones, no sobre Munch luego de haberlo visto. Tan claro como el agua. Sólo debe quedar lo esencial: *la obra vista*. Y su indomable: *He decidido convertirme en pintor*. Doblé las hojas sueltas de la carta a A. y las puse entre las páginas de la libreta. Ya no llevo la libreta conmigo todo el tiempo; anoto, como lo estoy haciendo ahora, cuando vuelvo al hotel.

Llegué antes de mediodía a esta ciudad que ya conozco y sobre la cual no es posible agregar nada. Paseé por el costado del río, compré dos libros y unas láminas. Respiré hondo y me estiré bajo el sol pálido. Tuve que volver al hotel por más abrigo. A eso de las cuatro de la tarde, volví a dejar mi cuarto de la rue de Seine, doblé a la derecha rumbo al Pont des Arts, y desde allí a la Ópera, donde estaba al *Café de la Régence*. Era el café donde se recibían los diarios de Oslo y donde se reunían los noruegos en París. El café donde una tarde de 1889 Munch leyó en una página del diario el obituario de su padre. El *Café de la Régence* ya no existe, existió hasta los años veinte, y tiene una larga y noble historia. De él también era habitué César Vallejo. Mucho antes de que lo frecuentara Munch, a mediados de siglo, fue lugar de encuentro de ajedrecistas famosos, como Anderssen, y de escritores e intelectuales, como Marx y Engels, quienes se conocieron alguna noche, en alguna de sus mesas. En el lugar del Café, el 161, rue Saint-Honoré, se levanta, desde hace años, la casa de turismo de Marruecos. Me entretuve en sus vidrieras, rodeadas de mármol blanco estilo árabe, viendo las artesanías marroquíes. En los cruces de calles, el panorama era el mismo que Munch debió haber visto tantas veces. Al fondo, la Comedia Francesa. Caminé por la calle y la plaza buscando algún café lo suficientemente antiguo como para que haya podido reemplazar al *Régence*. El París de 1889 no existe más en esa esquina, pero la Comedia Francesa, enfrente, los adoquines y las farolas altas, de tres luces, son los mismos. No hay, creo, nada más que agregar y, sin embargo, sigo su ruta en esta ciudad que no le fue grata sólo porque sí. Un acto de alguna índole, antes de despedirme y cerrar la puerta. Entré en un café con toldo verde, a mitad de cuadra. Eran algo pasadas las cinco de la tarde y se estaba haciendo de noche. Un domingo y a esa hora cenicienta, el lugar estaba casi desierto. Pedí un café doble cortado.

Desde mi mesa, lo vi. Me daba la espalda; el pelo muy corto hacía resaltar las orejas algo separadas, suéter grueso, bufanda negra. Parecido. El abrigo sobre una silla. Sin duda, muy parecido. Cuando el mozo me trajo el café, lo señalé y le pregunté si lo conocía, si era un cliente habitual. «Viene siempre. Es un muchacho noruego», me

informó. Como estaba cerca de la caja, en un acto de insólita amabilidad francesa, el patrón, que había oído mi pregunta, me explica que, tradicionalmente, los noruegos se han dado cita en esta zona, donde estaba un antiguo café de la *Régence*. Dejé que me explicara. «Les ha quedado la costumbre de seguir viniendo por acá». Agradecí la información mientras miraba al muchacho que, con la cabeza gacha, dibujaba en un block sobre la mesa. El corazón se me aceleró a un ritmo alocado sobre el fondo en sordina de la turbina del avión. Llamé al mozo y pagué. Afuera ya era noche completa y en la plaza se habían encendido las farolas antiguas, las mismas que alumbraban la calle cuando el *Régence* estaba lleno de habitués de Oslo y de escritores y París tenía ese aspecto lluvioso y chispeante de la ciudad de fin de siglo, del Moulin Rouge, del *Cabaret*, tantas veces vista en pinturas de ocasión y postales. Me levanté y me puse el abrigo. Caminé despacio hacia la mesa del noruego. ¿Un encuentro en el tiempo? Absurdo, ya sabía, pero seguí. Cuando estaba a dos pasos pude verle el pelo de un castaño claro cortado a cepillo, el costado de una cara de mandíbulas fuertes y pómulos marcados. La mano trazaba líneas rápidas sobre el papel, estaba dibujando, pero tenía los auriculares puestos y no advirtió que alguien se había detenido junto a su mesa, un poco detrás de él. Al pie de la silla, la infaltable mochila.

Me acerqué otro paso; los ojos claros se levantan hasta mí, sorprendidos. Por supuesto, no es Munch.

—Perdón que me acerque así, de improviso, ¿sos noruego?

Le hablé en inglés, pero él, automáticamente, bajando los auriculares, me responde que no habla muy bien francés, que lo siente; enseguida, se aclara el tema idioma.

—Yo acabo de llegar de Oslo. Hoy.

—Ah... —Y no sabe qué agregar.

No entiende qué me propongo con esta conversación. Yo tampoco; lo único que quiero disipar es lo que sería un grotesco malentendido.

—Me acerqué porque te vi, de espaldas, parecido a alguien que conocí en Noruega.

Se ha puesto de pie y me invita a sentarme. Es un chico educado, bien vestido. Acepto, pero lo tranquilizo; le digo que en cinco minutos me voy. Tengo que tomar un avión a Sudamérica. Miro el papel sobre la mesa.

—¿Pintás?

No, para nada, dice serio. Ésos son diseños. Un proyecto que tiene que presentar. Estudia diseño industrial. En los auriculares, música que no reconozco. Tapa con la mano los dibujos, como si le diera pudor que los vea. Aparto la vista. Fue el block el que me hizo equivocar, la loca idea de una coincidencia, pero ¿con qué o con quién?

Al mismo tiempo que apaga el *walkman* me repite que estudia diseño. Y dice: ¿Sudamérica? Tiene un estupendo gamulán colgando en la otra silla. Creo que Munch hubiera dado cualquier cosa por un abrigo así en la época en que tenía la misma edad que este chico. El chico se da cuenta al fin de que la mujer que soy yo no quiere nada raro, y se suelta. Llegó hace un mes, de Oslo.

—¿Vivís en alguna pensión?

No, vive en la ciudad universitaria. Munch, sí. Lo ha estudiado en el colegio y en el Bellas Artes. Tuvo que hacer dos cursos obligatorios de arte y pintura. Me pregunta si lo vi, en Oslo.

—Sí, lo vi —digo, y sueno tremendamente inexpresiva.

—Bueno, era... —el chico titubea.

Lo miro.

—... un poco —sonríe; hace un gesto con el dedo girando el aire cerca de la oreja. No sea cosa que yo, extranjera, haya visto sólo esa parte oscura de Noruega, sin atenuantes, a pesar del rubro turismo. Enseguida agrega:

—Pero me gusta. ¡Es el orgullo nacional! Igual que Ibsen. Si no te gustan, te echan.

Sonríe ampliamente. Yo también.

—Qué cuadro te gusta más.

El chico hace como que piensa, pero estoy segura de que se está preguntando por qué me invitó a sentarme.

—Me gusta *Noche en St. Cloud*. Fui a St. Cloud a los pocos días de llegar a París, a conocer el lugar. Estuve donde él vivió.

Me equivoqué. ¿Es un pintor frustrado, un hijo obediente que debe estudiar diseño, un admirador sincero, o un embaucador que representa el noruego básico? ¿Por qué pongo al chico bajo la lupa si soy yo la que se acercó a su mesa?

—Creo que Munch es demasiado... —espera unos segundos y no encuentra la palabra—. Hay otras formas de pintar, ahora. A mí me gusta lo abstracto.

Rápidamente despacha dos o tres conceptos sobre lo que cree lo mejor del arte contemporáneo, que pasa, en buena medida, por el diseño.

Su soltura me pasma. Pasarán los años sobre él, inevitablemente, pasarán los años entonces podrá alcanzar a... mientras tanto, siento una súbita simpatía por este joven noruego del siglo XXI.

—Tal vez tengas razón. No, seguramente tenés razón —digo y subo la correa del bolso sobre el hombro mientras me levanto—. Oslo es una ciudad muy hermosa.

Suerte con tu entrega.

Se queda un poco cortado; ya le gustaba conversar. Cuando dejo la mesa, me dice:
—¡Buen viaje!

Salgo del café. Afuera la noche de París es fría y hermosa.

Caminé de una farola a la otra, pasando de una isla de luz a la siguiente.

Aeropuerto Charles De Gaulle. Mi vuelo parte en cuarenta minutos. Llamada a Buenos Aires. La impaciente alegría. Me acerco a un kiosco a comprar *Newsweek*. Recorro los estantes atiborrados, pero la tapa que veo es la que ya conozco, la que compré de ida a Oslo y quedó en el hotel. Le pido al kiosquero la nueva. Con asombro, más que eso, con un sobresalto, escucho lo que me dice: ésta es la nueva; la próxima sale mañana. ¿Todavía no pasó una semana de mi trasbordo a Noruega? El viaje ha quedado sujeto a un tiempo inmedible y aunque sigo con mi propósito de viajar fuera de los relojes, no sé por qué, se me hace difícil de aceptar. Compro un diario y lo guardo. Cuando paso por delante de una línea de butacas de espera, los veo. ¡Los bobmarlyanos! Ellos también me ven. No me sorprende; el lugar es el apropiado, hace casi inevitable cualquier cruce, cualquier encuentro. O el azar. Me detengo. Se paran, mochilas, auriculares, pulgares para arriba. Me hacen señas con grandes sonrisas: ¿Una foto? Digo que sí con la cabeza. Se acercan, con su conocido ritmo desgarrado. Como si se tratara de una contraseña, el pakistaní, sacándose los auriculares, a modo de saludo me dice: «¡Maradona jaúcho!». El otro prepara la cámara y mira buscando a alguien. Una chica que pasa la toma. El abrazo leve. El *flash*, y, por las dudas, otra. Me gano la inesperada inmortalidad de unos días en la memoria de la cámara del chico de Nepal. Tal vez, si no los distrae algo en el camino, en algún momento de la noche o del día, entre otras caras igualmente recientes, igualmente ávidas de música, de viajes, de ruido, de amor, de amistad, de lo que sea, por apenas unos segundos, voy a ser la mujer argentina que conoce y vio a uno de sus ídolos. Pienso ahora que, dentro de muchos años, mi cara en esa foto va a ser el testimonio más verdadero de este viaje. Nos separamos; ellos, otra vez pulgares para arriba, y en los auriculares la voz de Bob Marley, decreciente y como despidiéndose.

Entrego mi carta de embarque, y ocupo nuevamente mi lugar privilegiado en primera clase por las próximas trece horas. La mesita rebatible sobre la que anoté lo anterior y las pocas líneas que seguirán, sostiene mi libreta y mi lapicera, mis testigos y más fieles compañeros de viaje, antes de ser guardados en el bolso. Despegamos. Al rato me reincorporo; creo que dormí un momento sin darme cuenta. Siento una tremenda pereza, que me impide siquiera encender la pantalla. Me dejo estar. En el vuelo nocturno, en la duermevela, Noruega empieza a tomar la dimensión ambigua de un mundo que se abandona; un lugar que a fuerza de distancia terminará siendo

abstracto. O terminará ciñéndose al recuerdo fiel de un encuentro; a la persistencia firme, salvadora, del arte. Once mil metros abajo, en algún punto del océano, tal vez debajo de donde volamos en este momento, el *Boreas-Austral* sigue su curso rumbo al sur. Miro mi reloj que en unas horas se acoplará, silencioso y exacto, a la hora de Buenos Aires. ¿Qué era el tiempo? Imposible explicarlo, sólo vivirlo; ya había sido dicho. Yo había vivido un tiempo mío, intransferible, y a la vez, abierto. A todos nos sucede alguna vez en la vida algo extraordinario; en una casa en medio del campo, a solas con un libro, abrazando a alguien que amamos, mirando la cara de un chico. O en largas distancias y diferentes mundos. La azafata se acerca, solícita, pero no se me ofrece nada. Sólo quiero dormir, dejar que las horas pasen mientras el vuelo me acerca más y más a A., a mi ciudad, a mi puerta. A casa.



Sylvia Iparraguirre